

TEXTOS CONTRA EL TRABAJO



COMPILACIÓN DE ESCRITOS PARA UNA
CRÍTICA RADICAL Y REVOLUCIONARIA DEL
TRABAJO ASALARIADO

TEXTOS
CONTRA
EL TRABAJO





*Textos contra el Trabajo
Compilación*

*Tercera edición independiente
Licantropía Ediciones
Julio 2022
Territorio dominado por
el Estado mexicano*

*La reproducción total o parcial de
este libro por cualquier medio
es alentada por los editores
Fuck copyright!*

TEXTOS CONTRA EL TRABAJO

COMPILACIÓN DE ESCRITOS PARA UNA CRÍTICA RADICAL
Y REVOLUCIONARIA DEL
TRABAJO ASALARIADO



Trabajo proviene del latín
“tripalium” (tres palos),
que era un instrumento utilizado
en la antigüedad para
torturar a los esclavos.

EL TRABAJO NO REDIME SINO QUE EMBRUTECE

“No amamos, no, el trabajo;
lo odiamos.
No es nuestra liberación,
¡Es nuestra condena!
No nos eleva y libra de los vicios;
nos abate físicamente
y nos aniquila moralmente
hasta tal extremo que nos
deja incapacitados”¹

Desposeídos de todo lo que nos permite sabernos seres humanos, seguimos caminando el tiempo con las cadenas a cuestras de trabajos aburridos y absurdos ¿Qué es lo que tenemos? ¿Qué es lo que poseemos? Deudas: del alquiler, del móvil, del coche, de los trapos que nos hacen ver en onda... ¿Qué es realmente nuestro? Un futuro burlón y miserable que nos espera en cada segundo con la única afirmación real, con la única certeza de nuestras vidas: el no ser dueños de nada más que de nuestra fuerza de trabajo: mente, brazos, piernas, vaginas y culos que vendemos al mejor postor, el que nos pagará cualquier cantidad de dinero, quien será el dueño de nuestro cuerpo y mente, de nuestros sueños y anhelos.

Trabajar es esclavitud, somos los trabajadores de alguien que nos compra para su tienda, fabrica, oficina, campo; estudiamos para servirles algún día, así que nuestros intelectuales estudios en las mejores escuelas o en las peores, también les pertenecen, vender en la calle, ser nuestros propios patrones no

¹ Severino Di Giovanni, El derecho al ocio y a la expropiación individual...

es sinónimo de libertad, vendemos lo que otros producen, solo somos nuestros propios capataces; todas estas formas de existencia solo demuestran que todos somos parte de relaciones de producción impuestas sobre nuestros hombros a través de la historia, somos producto de derrotas pasadas, somos una clase de humanos que actualmente solo está unida para servir, producir y consumir.

Trabajamos para sobrevivir y para perpetuar el sistema capitalista, trabajamos para obtener mercancías que nos aporten un valor determinado que nos permita entrar en competencia para vendernos mejor, nuestro trabajo no es nuestro, somos inútiles y muy fácilmente reemplazables; nuestra necesidad ya no solo es sobrevivir de las inclemencias de la naturaleza, nuestras necesidades las hemos extendido a la manera de como sobrevivimos, nos obligamos a andar sobre el reino de la cosa, en donde somos una mercancía más que se intercambia infinitamente por otras mercancías; cada día creamos una nueva necesidad para extender e inventar la nueva fila de producción y en este devenir pasamos de la vida: Somos extraños a nosotros mismos y a quienes nos rodean, nuestra única verdad: trabajar, generar dinero, incentivar el intercambio de nosotros mismos y de cosas al estilo capitalista, el producto final es la felicidad o lo que nos dicen que esta es o debe de ser.

Nuestro tiempo libre, tampoco es nuestro es la extensión del trabajo sobre nuestros hombros, es el tiempo donde recuperamos fuerzas, para volver a trabajar en unas horas, en unos días... nadie escapa al organismo que mantiene viva la máquina.

Todo está premeditado, calculado, listo para nosotros, listo para que se inicie y nunca acabe el ciclo de la producción; por medio de la ideología nos inculcan el respeto por la autoridad, nos mandan a las escuelas para calificarnos como trabajadores en alguna rama -la que elijamos no importa, ¡somos libres de elegir quien nos explotara como mejor nos convenga!

-

Repiten que el trabajo dignifica, inyectan el discurso de la honradez de producir algo que sirva a los demás, alientan para no quitar un solo engrane de la maquinaria social que es el soporte de un sistema necrófilo.

Tenemos derecho a trabajar... a trabajar para no morir.

Tenemos derecho a engendrar riquezas a producir-las, a arrancarlas y extraerlas de la tierra, pero la gran mayoría de los que trabajamos no podemos acceder a ellas... ¿has sentido que absurdo es trabajar maquilando abrigos mientras tus hijos tienen apenas unos trapos que cubren su miseria? ¿Han tenido hambre estando frente a los más exquisitos manjares? Hemos pasado hambre, hemos pasado frío pero nos hemos conformado con la rebaja, nos hemos conformado con las sobras... lo peor es que esa sencillez tan absurda y desesperante tampoco es resultado de nuestra mente sino de la ideología que nos dice que nos conformemos con lo podrido mientras reserva la riquezas para quienes sostienen este sistema, el sistema que engendra en sí mismo la mentira que lo mantiene vivo y que nosotros reproducimos y si no nos queremos conformar con poco pues a ¡chingarle! Trabaja duro y serás alguien, trabaja duro y tendrás lo que tú quieras... nos dicen.

Este sistema de producción, de trabajo asalariado, esta forma de relacionarnos como mercancías es el capitalismo y su estructura ha dividido a la humanidad creando dos clases antagónicas, ambas trabajan de un modo u otro para sostenerlo, sin embargo una es la que se deleita plenamente de los beneficios de defender por sobre todo y a expensas de la sangre y el dolor de millones en la historia este modo de producción; estas dos humanidades están continuamente en guerra, una de ellas no claudicara nunca en su misión, la otra históricamente se ha negado a asumir el papel impuesto del personaje secundario que se

muere de hambre si no trabaja, que pone los muertos en las guerras por el poder, que quiere todo para todos y no tiene ni madres para sí...

La carta de la burguesía y el monstruo capitalista está echada y jugada, sus movimientos en el tablero los juegan sus peones disfrazados y etiquetados como sindicalistas, religiosos, partidos políticos, bufones de las telecomunicaciones que pregonan aquí y allá su ideología de muerte, su misión es que voluntariamente aceptemos, nos resignemos y reproduzcamos esta realidad.

Sentir que todo es una mierda no es lo difícil, ver esta realidad y no querer vomitar cada instante tampoco, nadie más que nosotras mismas puede revelar lo que sentimos frente a la explotación y la insatisfacción de necesidades, lo complicado no es reconocernos como baratijas intercambiables en el mercado; lo verdaderamente difícil es querer dejar de asignarnos un valor como vulgares objetos, ser una relación de producción, un trozo de carne que se vende, lo difícil es entender que trabajando más y más cada día solo beneficiamos al capital y no a los nuestros, lo difícil es vislumbrar que tenemos la capacidad de crear otra forma de vivir y luchar por ello...

Mejorar nuestras condiciones como trabajadores no apunta al verdadero problema, no es un triunfo, ni representa verdadero bienestar, reivindicarnos como trabajadores o tener orgullo obrero, creernos dignos ante una moral impuesta por ser trabajadores no significa nada más que pura basura ideológica, el discurso heroico mediante el cual nos han mantenido sirviendo en su mundo.

“Más trabajamos, menos tiempo nos queda para dedicarlo a actividades intelectuales o ideales; menos podemos gustar de la vida, sus bellezas, las satisfacciones que nos puede ofre-

cer; menos disfrutamos de las alegrías, los placeres, el amor.”²

Nosotros somos los negados, los explotados, los engañados una y otra vez

Somos la parte de la humanidad que lucha cotidianamente por sobrevivir, pero que también hace la guerra contra el capital, no somos trabajadores, somos proletarios explotados y queremos dejar de serlo, queremos otra forma de ser, de vivir, queremos vivir y luchamos como el pasto contra el concreto, como el mar, queremos furiosos trascender la roca; no queremos gestionar los medios de producción, - fabricas, escuelas, cárceles, oficinas, restaurantes, política, estado, policías, predicadores, todo lo destruiremos- no queremos rescatar nada de este mundo, queremos construirnos otro.

No queremos festejar ni conmemorar ni lanzar odas al trabajo sino luchar cada día o momento contra él y contra la totalidad que significa y es el capitalismo; la mejor conmemoración, la mejor evocación a quienes han luchado contra el sistema se materializa en la acción, en la extensión y propagación de la lucha anticapitalista, escapando a los mitos, haciendo rupturas con las supuestas alternativas, clarificando el contenido de nuestras luchas, no tenemos más certezas que la necesidad de la destrucción efectiva del sistema capitalista, queremos crear para satisfacernos, queremos crear para poner/ponernos en común; el proletariado arrasara este sistema cuando lejos de toda ideología y falsificación luche en conjunto por destruirse a sí mismo como proletario/mercancía y se construya como humanidad.

² Ibid.

-Este texto fue repartido el 1 de mayo del 2018 en la CDMX, al final de la procesión acostumbrada por los sindicatos, para celebrar el día del trabajo-



NO DISFRUTAMOS EN EL PARO NI DISFRUTAMOS TRABAJANDO

Dos textos repartidos en la manifestación "Por un trabajo digno" de la asamblea de parados y precarios, marcha blanca del sindicato C.S.I. en Gijón España

El sistema capitalista ha entrado en una crisis de producción y atrás va quedando la siniestra época del "estado del bienestar" en el que vivía una parte del proletariado mundial, en el que nuestra fuerza de trabajo era necesaria para la producción y reproducción de la economía del capital, y nuestra capacidad para el consumo de mercancías alienantes creció de tal manera, que muchas se creyeron el cuento del fin de las clases sociales, del fin de las desigualdades, del fin de la historia.

Se potenció el individualismo en todos los aspectos de la vida y se crearon identidades ficticias basadas en las circunstancias laborales, económicas y sociales - estudiante, funcionaria, fontanera, parada (aunque de aquella las paradas eran "borrachas, drogadictas y vagas, que la que no trabaja es porque no quiere"), etc. - que consiguieron que la mayoría obviase lo que realmente era y es, una misma clase social, explotada y oprimida, que no tiene otra manera de sobrevivir que vendiendo lo único que posee (su fuerza de trabajo) a quien posee todos los medios de vida y de producción.

La miseria en la que estamos condenadas a vivir nos es para nada novedosa. Es la misma que ha movido siempre a rebelarse, a reafirmarse en la lucha por recuperar las riendas de nuestra existencia a nuestra propia clase, el proletariado. Pero aún en el tiempo presente hay gente que todavía ignora, o finge ignorar, lo que significa la miseria de la vida coti-

diana en toda su extensión. En el reino del capital, todo es mercancía, y nosotras somos una mercancía más, parte de la cual ahora ya no es necesaria, lo que está llevando al proletariado de todos los rincones del planeta a una situación cada vez más insostenible. Las condiciones en las que nos encontramos la mayoría no tardarán en ponernos en una situación extrema, eso quien no ha cruzado ya esa línea. Una gran parte hemos sido arrojados al paro y la marginación, otras viven aterrorizadas por la posibilidad de que en cualquier momento les llegue el despido. El capitalismo se reestructura, lo que lleva a que el proletariado hoy este trabajando, mañana en el paro, luego vuelva a trabajar en condiciones más penosas, vuelva al paro...el desempleo no es lo contrario al trabajo, es un momento mismo del trabajo dentro de la lógica de la oferta y la demanda que se reestructura por la lógica del capital, una dinámica que debería llevarnos a romper con todas esas identidades laborales que nos separan y a tomar conciencia de que somos una misma clase por encima de las cada día más absurdas sectorizaciones laborales.

Pero no es así, debido a la falta de referentes que luchan realmente contra el capital, y a la delegación de nuestras vidas en estructuras ajenas a ellas, que se generalizó durante todos estos años a través del sindicalismo, tanto por parte de los sindicatos “mayoritarios”, como los “minoritarios”, “de clase” o como se quieran llamar, que al igual que la izquierda de capital siguen haciendo de dique de contención para mantener a raya las luchas del proletariado. Pero ya no nos dejamos engañar: son productos del mismo capitalismo que nos explota y nos reprime, ni pueden ni quieren salirse de los límites que el sistema les marca. Es necesario que superemos su tramposa metodología, que cojamos las riendas de nuestras luchas para organizar nuestras propias vidas y nos enfrentemos ante quienes quieren separarnos, debilitarnos, volvernos sumisas y complacientes ante el discurso del capital. Toda claudicación, toda resignación a ser gobernadas, a ser esclavas de las necesi-

dades del capitalismo, a esperar de su indulgencia para nuestra supervivencia (si es que se puede llamar vida a esta miseria de mierda a la que nos condenan) no son más que certificaciones absolutas de nuestra derrota.

En el caso concreto de Asturias, desde algunos sectores parece que nos intentan convencer de que nuestra miseria es una cuestión endémica, potenciando así el aislamiento con el resto del proletariado y el localismo, algo nefasto en la situación en que se haya el proletariado de todo el planeta. En base a una falsa imagen de radicalidad basada en el discurso de la performance inflamable (que hace años que ya nada inflama, ni cierra calles, ni abre caminos) que atrae a algunas de las proletarias más combativas, que honestamente y con las mejores intenciones, caen en esa espiral en la que se potencia la ideología del amor al trabajo por encima de todas las cosas, la exaltación del obrero nacional (nacional asturiano en este caso), y la desaparición de toda crítica que cuestione realmente el sistema capitalista, potenciando a la par la separación y sectorización hasta extremos inimaginables : secciones laborales, mujeres, jóvenes, viejos, parados, madres y mujeres de parados...mientras se hacen llamamientos a la sacrosanta "unidad".

La creación de asambleas de parados y precarias (proletarias en ambos casos) era algo de esperar, y viendo las condiciones en que algunas estamos y la nula solidaridad de clase, se ven necesarias. Pero cuando son potenciadas por un sindicato, estas adoptan la ideología , el discurso, las prácticas y las reivindicaciones de este, las mismas reivindicaciones y prácticas de siempre, que como podemos comprobar a día de hoy, y esto es un hecho innegable, no han llevado a nada más que a una derrota , a un queme y a una desmoralización total.

Parece que la única alternativa de lucha para la parada es pedir trabajo, o en todo caso, autogestionárselo, volver a ser productiva y contribuir con el bien de la economía, mendigar por sus migajas, re-

forzando sus capacidades para esclavizarnos. No pretendemos desmerecer ninguna iniciativa individual o colectiva de aquellas que, como nosotras, han de buscarse la vida para sobrevivir de la manera menos dolorosa posible, lo que queremos apuntar es que estas salidas no son realmente tales, sino maneras de existir dentro de nuestra miseria. Buscar soluciones a nuestra miseria en el mismo sistema que la provoca es un paso en falso brutal, y ya son muchos las que hemos dado.

Nosotras, paradas, precarias, estudiantes (proletarias al fin y al cabo) no vamos a sumarnos a consignas del tipo “queremos trabajar”, repetida durante todos estos años, porque **NO QUEREMOS TRABAYAR, NOS OBLIGAN A TRABAYAR SI QUEREMOS SOBREVIVIR.**

La única alternativa al paro y a la explotación a día de hoy es pasar por encima de todos estos encuadramientos e ideologías que no hacen sino perpetuar nuestra miseria y organizarnos para empezar una lucha que cuestione todos los fundamentos de la sociedad capitalista. Organicemos asambleas, reuniones...en las que luchar por ser dueñas de nuestras vidas, que el capital y su sostén, el estado, nos niegan, pelear por salir del vertedero en el que el capitalismo nos confina, sea en los campos del trabajo asalariado o en los basureros del paro y la miseria precaria, y dejar de ser mercancías desechables que se compran y se venden.

**HAGAMOS DE CADA
DRAMA INDIVIDUAL
UN PROBLEMA DE ORDEN PÚBLICO
Y DE CADA DRAMA COLECTIVO
UN ENFRENTAMIENTO ABIERTO**

**PARA ACABAR CON EL PARO
SUPRIMAMOS EL TRABAJO**

**NINGÚN SACRIFICIO POR EL BIEN
DE LA ECONOMÍA, NI ASTURIANA,
NI NACIONAL, NI MUNDIAL.**

**SI ESTÁ EN CRISIS ¡¡QUE REVIENTE!!
CONTRA EL ESTADO Y EL CAPITAL**





**LE TRAVAIL
C'EST
LA MERDE**

ABAJO EL TRABAJO

La crítica al trabajo no es una crítica entre otras, es la crítica fundamental de este mundo tal como lo sufrimos. Es nuestra actividad humana fragmentada, limitada y enajenada.

En el capitalismo el trabajo toma la forma de asalariado, algo que sin duda generará maravillas para la burguesía, mas no para quienes lo realizan. Este no es otra cosa que la actividad humana hecha prisionera de las sociedades de clases y, concretamente, de la necesidad de las clases dominantes de apropiarse de gran parte de nuestra actividad en base a la explotación y al sometimiento.

Pero la actividad que realizamos no debe ser necesariamente asalariada ni tampoco trabajo. A lo largo de la historia, se han sucedido diferentes maneras de relacionarse entre personas y de satisfacer sus necesidades y deseos.

La actividad como cazadores, pescadores y recolectores pudo haberse desarrollado en algunos sitios no como forma separada del resto del tiempo, sino como actividad vital de subsistencia. Otros son los casos de la esclavitud, la servidumbre, que no pueden ser considerados “trabajo asalariado”. Aquí nuevamente el lenguaje dominante, que no es otro que el de la clase dominante, no nos permite expresarnos como quisiéramos: al referirnos a “trabajo” pareciera que lo hacemos siempre haciendo referencia al trabajo asalariado, ya que bajo el sol negro del capitalismo la mayoría del trabajo es asalariado.

La palabra trabajo no debería designar más que una forma muy particular de actividad humana, parte de una vida fragmentada, experimentada enajenadamente, porque ¿qué es la vida sino actividad?

“Trabajo” suena hoy a los oídos de todo el mundo como el perfecto sinónimo de “actividad”, puesto que para la mayoría de los seres humanos el trabajo ha llegado a ser, lamentablemente, la totalidad de su

vida. Y no hablamos solo de la forma de conseguir dinero para subsistir, todo es vivido como trabajo: los quehaceres domésticos, la creatividad artística, tener relaciones sexuales, la militancia política, criar un hijo o salir con amigas.

De este modo, la realización de una comunidad humana tendiente a anular todas las separaciones de nuestra propia vida, sería casi imposible de describir con el lenguaje actual. No podríamos referirnos con los mismos términos, indistintamente, a diferentes actividades y realizaciones: alimentarse, hacer el amor, creatividad, corporalidad o expresión, llamándolas a todas “actividad” (incluso todas esas son categorías que pertenecen al mundo de hoy).

Por ello, cuando hablamos de “trabajo”, vale comprender que la utilización de ese término determina una categoría, una forma muy precisa de reproducción de la actividad humana en la actualidad, ligada intrínsecamente al sistema mercantil, en tanto que actividad extraña al ser humano, reducido a trabajador.

Por otra parte, no está de más aclarar que, cuando afirmamos que el trabajo asalariado es explotación, no nos referimos al trabajo mal pago o en un ambiente poco digno.

Como decíamos también en el Cuadernos nro. 2: «Por “explotación”, se entiende casi siempre un trabajo precario y mal pagado, lo que efectivamente es el caso de la inmensa mayoría de los asalariados del planeta. Pero esta definición restrictiva implica que crear durante seis horas diarias softwares educativo a cambio de un buen salario y en un ambiente que respete el entorno, sin ninguna discriminación étnica, sexual o de género, en conexión con los habitantes del barrio y las asociaciones de consumidores, ya no sería explotación. En una palabra, una sociedad en la que cada uno se lo pasa bien yendo al mercado el domingo por la mañana, pero sin que nadie sufra la ley de los mercados financieros. En suma, el sueño de las clases medias asalariadas occidentales extendido a seis mil millones de seres humanos...» (Gilles

Dauvé, *Declive y Resurgimiento de la perspectiva comunista*)

Y de ello hablamos cuando hablamos de trabajo asalariado, no solamente de sueldos bajos e inseguridad laboral, sino del robo violento a todos los proletarios, quienes, privados de los medios de reproducir nuestra vida, somos obligados a transformarnos en esclavos asalariados.

La *división del trabajo*, impuesta por el método de producción capitalista, se nos presenta como una cosa sumamente extraña. Siempre estamos realizando solo una parte de un proceso que sabemos mayor, pero del cual jamás vemos su inicio ni su final. Esto generalmente nos genera curiosidad, por lo que preguntamos a nuestros compañeros de trabajo (si es que los tenemos y no estamos aislados físicamente para que eso ocurra) cómo se hace su parte, al menos para conocer el trabajo anterior y posterior más inmediato al nuestro.

Una buena jornada laboral puede llegar a depender de factores tales como que la automatización de las tareas que realizamos acelere el paso de las horas hacia el final de la jornada. Pero al volver a casa, el día fue algo ajeno a nosotros. Y al acostarnos programamos el reloj despertador —que nos condiciona tanto el sueño como la vigilia— y sabemos que hay muchas posibilidades de seguir soñando con el trabajo, con sus dificultades o simplemente con su rutina, la que forma parte de la mayoría de nuestras horas despiertos. Al otro día volvemos a derrochar nuestro sudor, nuestra sangre, nuestra salud, nuestra vida, en una actividad en la que lo absurdo compite con el embrutecimiento. Somos separados de toda relación noalienada con otros proletarios extendiendo nuestra existencia como seres atomizados, individualizados, alienados.³

³ La situación de *alienación del trabajo*, que viene apareciendo a lo largo de los textos es una noción histórica transitoria, a diferencia del planteamiento que sostiene que toda actividad humana realizada para satisfacer sus necesidades es “alienación”. Es en

El capitalismo pregona, en cuanto al trabajo, los preceptos de racionalidad, rapidez y eficacia; pero debajo de ese manto frío y sobrio esconde la más inhumana de las irracionalidades. Una secretaria, que un viernes por la mañana corre entre bancos pagando impuestos de servicios que no consumió y haciendo depósitos de dinero que no le es propio para personas que no conoce, se encuentra contemplando el ventanal que exhibe las mercancías de un comercio de prendas de vestir mientras espera el colectivo que la lleve al próximo banco: a pesar de estar haciendo aparentemente nada, esos minutos forman parte de su trabajo. Ese mismo día, pero por la noche, se detiene a contemplar la misma vidriera mientras pasea en un momento de ocio, pero esos minutos son estériles para el valor a pesar de estar llevándose a cabo la misma acción. A eso el Capital le llama racionalidad.

Ante esta situación que describimos, el progresista democratizado teme que seamos reemplazados por robots. Pero no comprende que valemos menos que un robot. Al robot hay que arreglarlo si se rompe, comprar otro... pero si nosotros —trabajadores— nos quebramos o morimos, hay una gratuita fila interminable de desocupados detrás nuestro. Además de que los robots no consumirían luego las mercancías que producen.

El empleador tampoco compra las máquinas o herramientas para hacer nuestro trabajo más fácil y/o menos pesado, no nos engañemos: compra una máquina o herramientas para obtener ventajas en la competencia con otros burgueses del mismo sector de producción. Nosotros no dejamos de trabajar, o de hacer el trabajo pesado, sino que reducimos nuestra actividad a una menor cantidad de pasos, lo que hace

estas relaciones capitalistas de producción que nos negamos en vez de afirmarnos como seres humanos. Nos vendemos a otro, quien se apropia no solo del producto realizado (material o inmaterial) sino también de nuestra actividad.

la jornada laboral aún más repetitiva e insoportable.⁴ Y, acostumbrados a relacionarnos con otros trabajadores en tanto que objetos, si la máquina o la herramienta se descompone, deja de funcionar o no lo hace como deseáramos, terminamos por insultarla... Descargando nuestra ira, canalizándola para no atacar las verdaderas causas de nuestro enojo, o al menos las más inmediatas. Como cuando peleamos entre trabajadores de un mismo establecimiento, cuando explota el cansancio, la rabia, en vez de enojarnos con quien deberíamos.

Mientras tanto, los liquidadores de nuestra clase argumentan que solo son proletarios quienes son obreros, y —peor aún— reducen la categoría de obrero a quienes solo desarrollan ciertos trabajos: un empleado de limpieza o la cajera de un supermercado no serían proletarios. El obrerismo es obsoleto no simplemente por razones teóricas sino porque la misma producción capitalista lo ha superado.

...Y abajo el ocio

Destinamos cierta cantidad de horas a lo que definimos como esparcimiento, para recuperarnos del stress generalizado en que vivimos diariamente. Pausamos nuestro rol de productores de objetos y servicios, para darle paso a nuestro rol de consumidores

⁴ Por esto mismo es que afirmamos que cualquier máquina o instrumento no es neutro y que está social e históricamente concebido. Esto o no se comprende o se oculta concienzudamente. Entonces no concebimos el comunismo anárquico como “la toma de los medios de producción”, porque aunque hoy éstos constituyan las bases para la acción revolucionaria, ya que son las bases del presente, no significa que vayan a ser de nuestra utilidad para siempre (¡y menos aún en la realidad que deseamos!). Si verdaderamente tuviésemos capacidad de decisión sobre nuestra actividad humana, estos instrumentos deberían ser concebidos en función de las necesidades humanas y no del desarrollo capitalista. Es probable que una grandísima cantidad de esos aparatos y máquinas no tengan un uso o solo tengan uno perjudicial para el mundo que deseamos.

de productos y servicios (al margen de los proletarios que trabajan en estas fábricas de ocio y diversión mercantil, porque —como para todo en este mundo del Capital— alguien está allí trabajando).

Realizar nuestros momentos de ocio y diversión en la sociedad mercantil generalizada tiene similitudes con el trabajo asalariado: hay que hacerlo rápido y bien, se vuelve repetitivo y obligatorio, no hay tiempo para descansar, se rechazan las pasiones, se cumple con la norma de la ideología dominante.

Divertirse parece ser directamente proporcional al dinero gastado, por eso se pasea por shoppings y centros comerciales, por eso se paga para hacer deportes, música o tener sexo, o se paga para ver a otros hacer deportes, música o tener sexo.

Las ciudades se van organizando ya no solo de acuerdo a los centros de producción, sino también a los centros de consumo. Es que el mundo mercantil gira en torno a ello: producción y consumo... de mercancías.

La liberación del ocio solo es posible si nos liberamos de la esclavitud asalariada. Si el “*tiempo de ocio*” existe, es porque existe un “*tiempo de trabajo*” que lo define, ambos son fruto de esa división.

Ya no somos esclavos... ¿viva la libertad?

«La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza.»

(George Orwell, 1984)

La sociedad del Capital nos hace libres: libres de elegir entre morir de necesidades insatisfechas o trabajar. Esa es la libertad burguesa. Somos libres de poder vender nuestra fuerza de trabajo y el burgués es libre de comprarla. Podemos ilustrar esto con un fragmento del film *Queimada* (Gillo Pontecorvo, 1969) donde un agente comercial británico intenta convencer a un grupo de notables portugueses de una pequeña colonia latinoamericana de los benefi-

cios del libre cambio internacional y del asalariado con respecto al esclavo:

«Caballeros, permítanme ponerles un ejemplo, un ejemplo que podrá parecer un poco impertinente... pero que según creo es bastante adecuado: ¿qué prefieren ustedes? O mejor dicho, ¿qué creen que les conviene más, una esposa o una de esas mulatas? No, no por favor, no me entiendan mal, estoy hablando estrictamente en términos económicos. O sea del costo del producto... del rendimiento de ese producto. El producto en este caso es el amor, amor físico naturalmente, ya que los sentimientos, obviamente, no forman parte de la economía. Pues bien, a una esposa hay que darle una casa, comida, vestidos, medicinas cuando se pone enferma, etc, etc. A una mujer hay que mantenerla toda una vida, incluso cuando envejece y resulta improductiva. Y si uno la sobrevive, encima tiene que pagarle el funeral. No, no se ríen, señores. No es una broma. Es exactamente así. En cambio, con una prostituta es mucho mejor, los costes disminuyen, porque no hay necesidad de hospedarla, curarla, vestirla, alimentarla... ni mucho menos enterrarla. Una prostituta se tiene solo cuando se la necesita y se le paga solo por su servicio, y se le paga por lo que hace por horas. Entonces, señores, ¿qué es más conveniente: un esclavo o un trabajador asalariado?»

Esta libertad no nos satisface. Las cadenas del esclavo, y los *hilos invisibles* que retienen al actual trabajador asalariado, no nos permiten avanzar.

Es este chantaje llamado libertad el que alberga la libre competencia, la libertad de votar, la libertad de culto, la libertad de prensa, la libertad de los derechos y los deberes, las libertades de seguir siendo dominados... Pero tampoco queremos menos que eso. En realidad ¡queremos más! queremos *otra* libertad, superando aquella ambigüedad terminológica con la realidad revolucionaria...

Queremos liberar a la actividad humana del trabajo asalariado, a las necesidades humanas del Capital, a la decisión de la política, a la comunidad del Esta-

do, a nuestros sentimientos de toda variedad de religión, a la creatividad del arte, al amor de las imposiciones culturales, a la diversión del ocio capitalista: esa es la libertad que queremos.

Ideología del sacrificio

«¡Qué locura es el amor al trabajo! Qué gran habilidad escénica la del capital, que ha sabido hacer que el explotado ame la explotación, el ahorcado la cuerda y el esclavo las cadenas.»

(Alfredo María Bonanno, *El placer armado*)

El capitalismo, al separar a los explotados de sus medios de vida y de producción, impuso el asalariado y generalizó el trabajo “libre” al conjunto del planeta, reduciendo así al ser humano, en todas los continentes, al rol de trabajador, en definitiva: de torturado.

El Capital ha hecho del trabajo la actividad más importante a la cual todo se subordina. Normal y normalizadamente nuestra actividad es «qué haces en la vida», lo que en esta sociedad quiere decir “profesión”, “trabajo”, “oficio”. Nada es más coherente con ello que todas las ideologías burguesas hagan del trabajo la esencia del ser humano, ideología que es reproducida y soportada por las centenas de millones de ciudadanos (o ciudadanizados, mejor dicho) que pierden cotidianamente su vida para “ganarse la vida”. Y cuando hablamos de perder cotidianamente la vida, lo decimos en serio. Uno se levanta temprano, para cuando ha llegado la noche está cocinando para comer y, a veces, se va dormir pensando: «¿Qué he hecho hoy en todo el día para realizarme como ser humano?» Y las respuestas son tristes: «nada» o «casi nada», pero no hay mucho tiempo para seguir preguntándose, mañana hay que comenzar otra vez.

La ideología burguesa de que el trabajo dignifica, que nos hace seres humanos y nos separa de las bes-

tias es, junto con la idea de dios, de las mentiras que parecieran ser más insostenibles pero que más beneficiaban a nuestros amos. No es casualidad, que las clases dominantes a lo largo del planeta y en diferentes momentos históricos, presenten como héroe a imitar al trabajador modelo, aquel que no se queja, que se esfuerza hasta los límites de su agotamiento por “la patria” o “la empresa” (en épocas de crisis) o hasta por “la revolución” (como llegan a llamar algunos capitalistas, en el máximo de su asquerosa hipocresía, a la reactivación de una economía antiproletaria). Desde el «Arbeit macht frei» de los nacional-socialistas hasta el «ganarás el pan con el sudor de tu frente» de la biblia cristiana, desde Henry Ford a Fidel Castro, desde el stalinismo a los sindicalistas, desde Mao Tse-tung a Obama, la ideología dominante rinde culto a los trabajadores, mientras éstos sean solamente eso: trabajadores; una pieza más en el engranaje capitalista. Pero en cuanto comiencen a rebelarse, justamente contra su condición, habrá, como expresaba hace más de un siglo Louis Auguste Blanqui, «de primera agua bendita, luego injurias, al fin la metralla, la miseria siempre.»

Nos dicen que una persona es “digna” porque es trabajadora. Casualmente, esa es la ideología de aquellos que hacen trabajar a otros para ellos, y la de curas y políticos: esos parásitos que jamás han producido algo útil para el resto de los mortales.

Así, somos empujados a esta lógica que es la única que nos permite mañana volver a soportar el trabajo. Nos convencen —y luego nos convencemos— de que el trabajo hace bien, que de alguna manera es bueno para nosotros, con tal de poder tolerar esa humillación diaria que padeceremos la mayor parte de nuestra vida.

«En coherencia con esto, todas las ideologías se basan en el sacrificio, en la renunciación, en la interiorización de las emociones, sentimientos, sensaciones... Al trabajo corresponde el sacrificio y a este la religión (¡incluida la marxista leninista de Estado!) como justificación de la represión de toda manifesta-

ción de las pasiones y los placeres humanos, físicos, corporales.» (Grupo Comunista Internacionalista, Tesis de orientación programática)

Pero si alguna “enseñanza” debería darnos el trabajo, es la de comprender las relaciones sociales mercantilizadas más brutales que padecemos, porque allí se encuentran al desnudo: cuando experimentamos en carne propia la extracción de plusvalor, cuando somos despedidos de forma inesperada (para nosotros claro), cuando nos hacen —en definitiva— lo que quieren, de manera más brutal o solapada, seamos hombres o mujeres, blancos o negros, inmigrantes o nativos, homosexuales o heterosexuales. Esas “enseñanzas” deberían darnos lecciones importantes acerca de nuestra condición como clase, acerca de qué es lo que nos une a los demás proletarios más de lo que nos separa.

Y a partidos, sindicatos y quienes aspiran a representarnos... dicha ideología del sacrificio les viene como anillo al dedo. Defienden nuestra condición de asalariados para tener a quien “defender”; es decir, a quien representar; es decir: de quien vivir. Su función es mantenernos a raya, lograr la sumisión y la disciplina que ni el ejército y la religión pueden a veces lograr; en definitiva: canalizar y destruir nuestras luchas...

Una lucha por un aumento de salario, por ejemplo, no es en sí reformista; se transforma en reformista cuando esa lucha es codificada en términos burgueses por el sindicalismo, transformando la reivindicación en reforma. Sin esta transformación, que en plena paz social siempre domina las reivindicaciones salariales, lo que plantea la lucha es un ataque a la tasa de ganancia, a la parte del producto social apropiado por la burguesía, y en ese punto se mueve en el terreno de clases de la reapropiación de la producción, independientemente de lo que piensen los protagonistas y aunque sea bajo una determinación primaria. Lo mismo con lo demás: tiempo, condiciones...

Es doloroso, y a la vez de alguna manera comprensible, ver que en épocas de crisis los trabajadores

defienden su fuente de trabajo... en vez de defender su fuerza de trabajo. Defendemos la fuerza de trabajo para que no nos revienten, para que no nos vuelvan locos, para que no nos humillen, para que no nos maten en “accidentes laborales”, para arrancarles las mejores condiciones posibles en lo inmediato y como clase.

La respuesta por lo tanto no es complicada. Al contrario, la contrarrevolución es la que complica todo, llegando a presentarnos hasta lo que necesitamos y sentimos en las tripas como algo ilógico o absurdo, y como lo más humano y natural nuestro sacrificio en el altar de la economía nacional, dando a entender que las necesidades de la burguesía son las necesidades de todos.

«Los sindicatos son órganos vitales del Estado burgués para desempeñar tal función. En efecto, ellos representan el “mundo del trabajo” al interior del Capital, es decir, al proletariado liquidado como clase, sectorializado; negociando, como cualquier otro individuo de la sociedad mercantil, el precio de venta de su mercancía (fuerza de trabajo), que asegure a su vez una “razonable” tasa de ganancia y que garantice la paz social. Frente a ese tipo de órganos, el proletariado lucha por organizarse fuera y contra los sindicatos que, en tanto que obstáculos en la vía de la revolución comunista, deberán ser destruidos por completo.» (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programática*)

Un sindicato se convierte en una herramienta de lucha cuando sus miembros justamente lo superan, y utilizan solo el nombre más no la organización sindical como debe ser. Por lo tanto, se mantiene la “etiqueta” pero es objetivamente un núcleo proletario de lucha que ha prescindido de las herramientas sindicales concebidas.

Para que se comprenda: no nos asusta la palabra “sindicato”, estamos contra su estructura, fines y medios. A lo largo de los años se ha usado el término *sindicato* como sinónimo de asociacionismo proletario o particularmente de asociacionismo entre trabaja-

dores, ocultando así que estos puedan juntarse y luchar por sus reivindicaciones fuera (¡y hasta contra!) de la *forma sindicato*.

Ideología del antisacrificio

Al sacrificio militantista se le opone una ideología no menos peligrosa que el resto de las ideologías: el mito de “la liberación individual”, el mito de pensar que se puede elegir no ser un explotado y un oprimido en esta sociedad. Como quien adquiere identidades en el mercado de las apariencias del Capital, algunos creen elegir la de “ser libre”, ya que suponen que no sacrificarse es de por sí rebelde, y este suele ser el refugio de la pasividad. Así como es el refugio de la atomización individualista el asumir que el trabajo condiciona y empeora nuestra actividad humana, resolviendo aquello de la peor manera: «yo no trabajo, yo me autogestiono o sobrevivo como puedo, que los demás se jodan por no seguir mi camino».

Ni el sacrificio redentor de la tradición judeocristiana, y posteriormente del obrerismo, ni el delirio del individuo-ciudadano opuesto a su propia clase son posiciones emancipadoras.

Nuestra vida está y estará llena de alegrías, de tristezas, de relajaciones, de tensiones y de todos sus matices...

¿Liberar el trabajo? ¡Liberarnos del trabajo!

Por lo expuesto a lo largo de este Cuaderno, está claro que no proponemos nacionalizar las fábricas, ni nos conformamos solo con luchar por mejorar las condiciones de trabajo. Asimismo, tampoco queremos autogestionar las fábricas, ni abolir la moneda para suplantarla por bonos o algo que se le parezca.

Afirmamos del mismo modo, que no queremos llevar adelante una crítica “moral” del trabajo, ni nos oponemos a este porque nos da la gana, “nos parece aburrido” o tenemos mejores propuestas para hacerlo más “justo”. Mucho menos igualamos la revolución a contentarse con tomar los medios de producción... ¡como si eso fuese suficiente! Queremos reapropiarnos de nuestra actividad humana, y queremos someter a crítica los medios de producción antes de tomarlos ciegamente: nuestra lucha no es por producir y reproducir este mundo tal como está pero sin dinero, patronos, ni Estado.

Nuestro posicionamiento no es una reivindicación acrítica de las masas trabajadoras por su condición justamente de trabajadoras, tolerando así toda la carga de enajenación. Afirmamos la posibilidad que ellas encarnan en su propio seno, más precisamente su posibilidad de autosupresión revolucionaria. Por ello, no hay contradicción entre nuestras posiciones de “abajo el trabajo” y el apoyo a ciertas luchas de los trabajadores o cualquier grupo social que se planteen en conflicto con la sociedad en tanto lucha por una reivindicación y no una reforma. No circunscribimos la idea de lucha en torno al trabajador, sino al proletario que puede luchar tanto en su barrio contra los desalojos como en la oficina, la fábrica, etc.

Si sostenemos que la lucha contra la explotación es llevada a cabo por la humanidad dominada, no es porque ésta posea alguna superioridad extendible a la totalidad de la población, y existen porque existe el modo de producción capitalista. Tal como los trabajadores existen porque existe el modo de producción capitalista y no al revés.



CONTRA LAS NECESIDADES DEL CAPITAL

POR LAS NECESIDADES HUMANAS

amigosdeoctubre@yahoo.es

REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO Y LA EXPLOTACIÓN HUMANA

Es de suma importancia para un cambio revolucionario comprender la naturaleza de la explotación ejercida por el Estado/Capital en tiempos donde el antagonismo social parece estar latente pero falto de lucidez teórica para esbozar rotundamente una crítica radical de lo existente.

El concepto de trabajo es usualmente entendido como sinónimo de «actividad humana» y no es de extrañar que esto ocurra, puesto que vivimos un mundo donde prácticamente la totalidad de la vida cuesta «trabajo», pues todo el tiempo que transcurre en nuestras vidas está cuantificado por el capital y es «descontado» de nuestros salarios.

El trabajo ha sido históricamente reivindicado por una vasta gama de izquierdistas de toda índole, estos últimos dirán «el trabajo dignifica», asumiendo que trabajar es un hecho positivo para la integridad humana. Pero no fue hasta comienzos del siglo XX y fines del XIX, que el concepto de trabajo se «volvió» positivo para un sector de los explotados, hasta antes de ello, como veremos más adelante, siempre fue sinónimo de explotación y usura. Fue precisamente gracias a la Social Democracia⁵ que se instauro esta

⁵ Personajes de la socialdemocracia como Lasalle, Kautsky, o Bernstein, influidos por la ideología marxista de la II internacional (que no es lo mismo que el pensamiento de Marx) defendían la tesis de que impulsando una serie de reformas que disimularan las contradicciones de clase creadas por el trabajo, y gracias al progreso tecnológico derivado de la economía, gradualmente se llegaría al socialismo. Este pensamiento fue severamente cuestionado por el mismo Karl Marx, tanto en los escritos de «18 brumario de Luis Bonaparte» como en la «crítica al programa de Gotha». «A las reivindicaciones sociales del proletariado se les limó la punta revolucionaria y se les dio un giro democrático; a las exigencias democráticas de la pequeña burguesía se las despojó de la forma

creencia política, pues en términos sintéticos esta tendencia progresista interpretó el cambio social a través del desarrollo mecanicista de la historia; una mezcla entre reformas sociales y una ingenua credulidad en la tecnología donde el progreso económico terminaría por producir el socialismo, debido a ello es que pusieron un fuerte énfasis en el importante rol de los trabajadores y su función en la economía para el posterior desarrollo de la sociedad. Gracias a este «acercamiento» de la política burguesa hacia la clase trabajadora, los trabajadores comenzaron a sentirse partícipes de la sociedad (¡y vaya que lo eran!) y no como meros parias desplazados, enviados a producir riquezas y morir en la marginalidad, sino como productores materiales de la sociedad y futuros herederos del mundo socialista.

Pero el socialismo nunca llegó, con el desmentido del «progreso» tras la debacle ecológica y la pauperización del trabajo generada por el desarrollo tecno industrial, se viene vislumbrando ya desde hace más de 40 años las primeras luces de una crisis económica que pone a los explotados en pie para volver a constituir una crítica radical del trabajo que se abstenga de luces reformistas y edulcoraciones varias. Es por ello que quisiéramos aportar algunas reflexiones acerca de su contenido y función, si lo que queremos es poner en la palestra la necesidad de un cambio revolucionario llevado a cabo por la comunidad humana en lucha, es de vital importancia poner en entre dicho la fuente de nuestra sumisión histórica.

El trabajo asalariado como relación social fundada en la compra-venta de tiempo humano, es el núcleo económico que sostiene el desarrollo del capitalismo, pues encuentra su sentido ideológico en la economía

meramente política y se afiló su punta socialista. Así nació la socialdemocracia» Marx «18 Brumario de Luis Bonaparte».

política como principio vertebral que rige incuestionablemente la sociedad moderna.

La historia del trabajo es la historia de la apropiación privada de la tierra y de los medios de producción. Históricamente, ya sea bajo la lógica violenta de la esclavitud, en la jerarquía de castas de la servidumbre, o en la lógica racionalista del salariado, los seres humanos que han estado atrapados bajo estas condiciones históricas siempre han estado forzados a tener que trabajar para sobrevivir, aunque se presente como una relación contractual «libre» de «iguales».

El trabajo «asalariado» que conocemos hoy en día, se constituye a partir del saqueo de los territorios comunes donde la producción social era proporcional al fruto de la actividad de sus habitantes. Despojando a los antiguos «propietarios» de su forma comunitaria de vida para imponer estrictas jornadas de trabajo a cambio de sobrevivencia.

A pesar de lo comúnmente aceptado, «trabajar» no obedece a una lógica natural o inmanente de la especie humana, sino que es el reflejo de unas condiciones históricas determinadas, (el monopolio de la violencia, la institución de la sociedad de clases y la independización económica), pues el trabajo no siempre ha estado tan naturalizado por todos como hoy en día. Ha sido necesaria siglos de violencia para que la gente, literalmente bajo tortura, acepte ponerse al servicio incondicional de la economía.

Después de millones de años viviendo a merced de la naturaleza y su poder, la especie humana comienza a desarrollar ciertos niveles de técnica que le permiten comenzar a delimitar y controlar su supervivencia a través de la incipiente división de tareas y roles, lo cual, progresiva y azarosamente permite el surgimiento de las primeras sociedades de clase donde aparece la esclavitud, y con ello las primeras nociones de lo que es el trabajo.

En Grecia, como toda cultura basada en clases y por ende en la extracción de energía ajena, las castas dominantes de la sociedad veían en el trabajo- o en

las actividades dedicadas a la producción- un esencia indigna, una actividad dedicada a los esclavos, a seres no merecedores de la libertad divina. Con la filosofía clásica de Platón y Aristóteles, se da un sustento filosófico a la separación de las actividades humanas para constituir una sociedad de clases, la división del trabajo y la estratificación entre oprimidos y opresores aparece como fenómeno naturalizado e ideal en textos como «El banquete» de Platón.

*«El concepto de trabajo es pues, en adelante, algo que separa una parte de las actividades humanas respecto de su conjunto, por ejemplo frente al juego, a los rituales, a los intercambios directamente sociales, asimismo como a toda la reproducción privada o doméstica.»*⁶ Si revisamos los orígenes etimológicos de la palabra Trabajo viene del latín *tripalium*, que significaba literalmente ‘tres palos’ y era un instrumento de tortura formado por tres estacas a las que se amarraba al reo en la Edad Media. Con el tiempo se asocio el término al efecto que este provocaba y se comenzó a relacionar la palabra trabajo al sufrimiento, tortura y castigo. Nada distinto de lo que los esclavos modernos llaman «Pega».

El proceso de transformación del trabajo esclavizado comenzó a mutar con el paso de los siglos, las castas aristocráticas (reyes, emperadores, etc.) fueron perdiendo influencia y poder sobre la sociedad, lo cual produjo inevitablemente un reordenamiento del orden existente. A mediados del siglo XIII, en todo el globo, gracias a la sociedades de clases pre-existentes, se vino gestando un movimiento de acumulación de riquezas (tierras, minerales, cosechas, y bienes materiales) que fue constituyéndose en una independización del mercado mundial. Su lógica consistía en poner bajo su escrutinio todo lo vivo⁷, todo

⁶ Anselm Jappe «Algunas buenas razones para librarse del trabajo»

⁷ Al decir todo lo «vivo», nos referimos a aquella tendencia del movimiento de acumulación capitalista de convertir todo lo exis-

aquello que pudiera constituir un valor de uso para para convertirlo en un numero que pueda generar riqueza. Al apropiarse (en la mayoría de los casos a través de la invasión y la masacre) de dichos bienes, estos se convierten en mercancías y son intercambiables en el mercado bajo un «precio» (unidad que homogeniza las mercancías del mercado). El poder de la acumulación mercantil, produjo que los siervos y campesinos -hasta ese momento anclados al sistema tributario feudal-, fueran expropiados doblemente, pues se les expropiaron sus derechos a los territorios comunales y se les despojó de su capacidad de auto sustento colectivo, obligándolos a convertirse en trabajadores «libres», esto quiere decir; hombres y mujeres desheredados y arrojados al mercado como mano de obra para la producción de mercancías a cambio de un salario para sustentar sus vidas⁸.

Este nuevo orden fue proclamado por la revolución francesa⁹, que de la mano con la revolución indus-

tente en «cosa» o en «dinero», en apropiarse de todo para cuantificarlo y ponerle precio, para hacer ganancias de ello.

⁸ «El preludio de la transformación que había de echar los cimientos para el régimen de producción capitalista, coincide con el último tercio del siglo XV y los primeros decenios del XVI. El licenciamiento de las huestes feudales —que, como dice acertadamente Sir James Steuart, «llenaban inútilmente en todas partes casas y patios»— lanzó al mercado de trabajo a una masa de proletarios libres y desheredados. El poder real, producto también del desarrollo burgués, en su deseo de conquistar la soberanía absoluta aceleró violentamente la disolución de estas huestes feudales, pero no fue ésa, ni mucho menos, la única causa que la produjo. Los grandes señores feudales, levantándose tenazmente contra la monarquía y el parlamento, crearon un proletariado incomparablemente mayor, al arrojar violentamente a los campesinos de las tierras que cultivaban y sobre las que tenían los mismos títulos jurídicos feudales que ellos, y al usurparles sus bienes comunales.» Karl. Marx «El capital, La acumulación originaria»

⁹ Este hecho marca un hito en la hegemonía política en vías a la institución del capitalismo, pues aplana el camino para la instauración de una nueva ideología para gobernar a las masas; la democracia.

trial, otorgó a la burguesía (clase históricamente comerciante y usurera) el poder de estructurar la sociedad a su modo. La propiedad privada se instituyó en forma de apariencia jurídica lo cual garantizó la compra y venta de trabajo humano como forma legal de explotación, de este modo el trabajo se erigió como garantía del porvenir social en forma de «contrato» entre individuos «libres» e «iguales» que «optan» por vender su fuerza de trabajo a otros¹⁰, disfrazando la infamia de la apropiación privada bajo las leyes de la sociedad civil. Así la economía (estudio de la explotación y administración de los «recursos¹¹» humanos y naturales) y el trabajo (forma de explotación de los «recursos» humanos y naturales) pasaron a estar profundamente imbricados en la reproducción de las relaciones sociales y se transformaron en

¹⁰ “La órbita de la circulación o del intercambio de mercancías, en cuyo marco se desenvuelve la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, un verdadero edén de los derechos innatos del hombre. Dentro de sus límites imperan exclusivamente la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham. ¡La libertad! Pues el comprador y el vendedor de una mercancía, por ejemplo de la fuerza de trabajo, se someten sólo a su libre voluntad. Contratan como hombres libres e iguales jurídicamente. El contrato es el resultado final en que sus voluntades cobran una expresión jurídica común. ¡La igualdad! Pues compradores y vendedores se refieren recíprocamente solo como poseedores de mercancías, cambiando equivalente por equivalente. ¡La propiedad! Pues cada uno dispone únicamente de lo que es suyo. ¡Y Bentham! Pues cada uno se preocupa únicamente de sí mismo. El único poder que los une y los pone en relación es el de su propia utilidad, de su provecho particular, de su interés privado” Karl Marx «El Capital» Tomo I 183-184

¹¹ Usamos las comillas, para aclarar que ocupamos este término utilitario y económico a falta de otro concepto que nos hable de la naturaleza no vista como una cosa sino como parte de un todo material del que somos parte como género humano, evidentemente producto de la cultura de la separación nos es imposible concebir dicho concepto, el lenguaje es reflejo y condición de nuestra realidad.

fin y medio del cuerpo social, controlados y regulados por el Estado y el poder jurídico.

Con la industrialización y el trabajo asalariado instituido jurídicamente como motor de la economía bajo el alero del Estado, se comienza a estructurar toda una clase social a partir de ello: el proletariado. Seres humanos completamente desposeídos de su capacidad autónoma para definir como vivir, confinados a sobrevivir en las ciudades teniendo que vender su tiempo a cambio de dinero (trabajar), y obligados a competir entre sí para mejores condiciones de vida. Los proletarios, poseedores solo de su fuerza de trabajo, se ven forzados a tranzarla como mercancía dentro de la maquinaria económica. Esta mercancía posee un precio que se calcula a través del mercado en forma de salario, que es la cantidad de dinero obtenido a cambio de un trabajo particular. La fuerza de trabajo se equipara a cualquier otra mercancía, el trabajo se mide con el reloj, la azúcar se pesa con una balanza.

Todo lo producido por el trabajador no pertenece ya a él sino a quien le vendió su fuerza de trabajo. Toda mercancía producida por el trabajador es ya propiedad del capitalista. Pero para producir eficazmente y nutrir la economía hace falta un poco más que simplemente trabajadores haciendo funcionar las maquinas, hace falta trabajadores generando plus valor, y para ello es necesario estrujar su tiempo de trabajo y exigir al máximo sus capacidades. Pues la apropiación del capitalista es la apropiación del producto de la fuerza de trabajo, su excedente, y para que ese excedente produzca ganancias debe ser cuantitativamente superior al coste de la fuerza de trabajo (necesidades básicas para que el trabajador este en pie) lo que significa que el trabajador debe dar más de lo que estrictamente necesita para vivir, debe necesariamente generar una ganancia para el capitalista que no le es remunerada al trabajador, haciendo de la fuerza de trabajo una mercancía única en el mercado; pues al mismo tiempo que se consume se genera valor añadido con ella.

En este sentido, podemos decir que el trabajo es un vampiro¹² hecho de tiempo muerto, tiempo que no es vida y al que estamos obligados a someternos para sobrevivir, pues no se «trabaja» directamente para vivir, sino que se trabaja para hacer funcionar la economía (generando plus valor) y como apéndice de ello sobrevivir dentro de los márgenes posibles. El trabajo es explotación.

En primera instancia el trabajo no modifica sustancialmente los modos de producción que va usurpando de las comunidades que coloniza¹³, solo se ocupa de operar en el modo de producción existente; o sea extraer el plus valor y usurpar su producto a cambio de sobrevivencia objetivada en dinero (Subsunción formal del trabajo). Debido a esto, por mucho tiempo subsistieron en el capitalismo oficios artesanales de larga tradición, pero con el tiempo y debido a la incesante tendencia de generar mas y mas ganancias, estos oficios y el trabajo en general, tuvieron que integrarse a la forma de producción explícitamente capitalista, esto quiere decir, ajustarse a una extracción de plus valor cada vez mas racionalizada¹⁴, con mayor control de la producción, y ma-

¹² Marx dirá que «El capital es trabajo muerto que sólo se reanima, a la manera de un vampiro, al chupar trabajo vivo, y que vive tanto más cuanto más trabajo vivo chupa. » Con esto se refiere a la capacidad de la fuerza de trabajo(=trabajo vivo) de otorgar valor a su producción de mercancías (=trabajo muerto) tras una jornada de trabajo determinada temporalmente.

¹³ Nos referimos a la subsunción de actividades productivas como la extracción de mineral, el campesinado, o la artesanía, que no constituyen una forma de producción capitalista en sí mismas pero que son puestas al servicio de la producción de valor.

¹⁴ En este sentido, vemos que la aplicación racionalizada de la lógica de valorización capitalista se ve representada históricamente con la aparición del taylorismo como sistema de organización del trabajo en pos de la extracción cada vez mayor de plus valor. Esta tendencia se fue refinando con el pasar de las décadas y el desarrollo paralelo de la tecnología, dando paso al fordismo, posfordismo, y otras como el neoshumpeterianismo.

yor especialización del trabajo. O sea, la aplicación consciente de la necesidad de extraer plus valor, empleando la ciencia y la tecnología para producir a gran escala. (Subsunción real del trabajo) Estos dos procesos del trabajo pueden coexistir aun en la actualidad, pero la Subsunción real del trabajo en el capital, como proceso hegemónico en la esfera laboral, es quien impone los tiempos de producción económica, pues el productor se encuentra completamente despojado de su actividad y producto. La figura «invisible» del mercado es quien controla los tiempos de producción y por ende se encarga de asegurar la valorización de las mercancías, todos; burguesía y proletariado reproducen el tétrico compás de la economía autonomizada. Así también, cualquier desarrollo tecnológico estará siempre en pos de esta misma tendencia, desde el cronometro a la computadora, toda innovación tecnológica tiene como fin ultimo su incorporación al mercado para garantizar una extracción de capital cada vez mayor con su aplicación.

Lo fantasmagórico de todo esto, es que el trabajo se ha instituido de hecho como jurídicamente libre, garantizando la explotación como forma natural del quehacer social, haciendo de la reproducción económica una precondition para la vida humana en términos ideológicos. La imposición violenta de esta ideología, se funde en la enajenación generalizada del fetichismo de la mercancía, donde se asume la naturaleza mercantil del trabajo; el humano se vuelve mercancía y la mercancías adquieren características humanas, pues dominan a sus creadores.¹⁵

¹⁵ La sociedad capitalista y en particular los proletarios, se encuentran alienados a tal punto por la mercancía y su fetiche, que incluso en la marginalidad del tiempo «libre», los explotados «disfrutan» idolatrando a las vedettes del consumo; celulares, televisión, o alguna mercancía que esté de moda. Lo evidentemente religioso de todo esto es que sus productores (los proletarios) se ven completamente eclipsados por sus productos (las mercancías) viviendo al son del dictado publicitario y las nuevas necesidades

Esta enajenación de la vida transformada en cosa, es proyectada como un monologo universal y objetivo por todos los defensores de esta sociedad. De izquierdas o derechas los proletarios conformes con la miseria existencial que padecen exhiben orgullosamente su amor al trabajo como si fuera algo de lo que enorgullecerse, su adhesión casi patológica a la explotación cual síndrome de Estocolmo¹⁶, muestra la adaptación a la competencia entre esclavos salariales que sirven voluntariamente a la sociedad mercantil, sin ningún tipo de cuestionamiento a ESTA vida pobre, repetitiva y vacía, donde nuestras energías no están puestas en realizar nuestros deseos y motivaciones, sino en tener dinero para comprar supervivencia y el sobrante gastarlo en alguna mercancía que aparente nuestra felicidad y plenitud. Pero en el fondo sabemos que nuestra existencia es aburridísima y miserable.

Queremos la vida de vuelta, para poder vivir como se nos antoje sin depender del dinero; de tasas de cesantía, de créditos, o crisis bursátiles. Queremos la tierra para los comunes, para todos todo.

¡Hasta evidenciar la miseria de nuestra vida cotidiana, por la revolución social!

¡ABAJO EL TRABAJO ASALARIADO!

que arroja. La miseria de los trabajadores se ve reflejada en el empobrecimiento sistemático de su vida cotidiana; la introducción masiva de mercancías tecnológicas ha generado una fuerte tendencia al aislamiento social que se traduce en un progresivo debilitamiento de los vínculos sociales de toda índole, ocupando cada vez más tiempo a la necesidad de producir (dinero) o de reproducir (consumir mercancía) dos aspectos fundamentales para perpetuar la dominación económica del capitalismo.

¹⁶ Trastorno psicológico temporal que aparece en la persona que ha sido secuestrada y que consiste en mostrarse comprensivo y benevolente con la conducta de los secuestradores e identificarse progresivamente con sus ideas, ya sea durante el secuestro o tras ser liberada.

CONTRA EL TRABAJO

De la alienación del hombre a la comunidad humana

I. Alienación y comunismo primitivo

Contrariamente al puritanismo estrecho de los científicos burgueses pagados desde hace siglos para que describan las sociedades primitivas como monstruosidades atroces, como sociedades bestiales aún no humanas, usando para ello la imagen del bárbaro arrastrando a «su mujer» por los cabellos, el amor no cristiano de la «guerra del fuego»..., el marxismo revolucionario analiza las sociedades primitivas viéndolas como comunidades naturales, como comunismo primitivo. Allí donde los plumíferos de servicio tan sólo ven barbarie, nosotros vemos la expresión «de lo que de humano hay en el hombre» (Marx), de sociedades que no conocían la separación entre el trabajo y el juego, entre la educación y el placer, entre el hombre y la naturaleza, entre la vida y la muerte...; la expresión de comunidades reales en las que no existían ni clases ni Estado, ni apropiación privativa ni familia, en las que el ser colectivo del hombre no era otra cosa que el hombre mismo, en las que no existía el individuo atomizado tan alabado hoy, en las que la comunidad correspondía a los intereses de la especie.¹⁷

«En el comunismo natural y primitivo, incluso si la humanidad era entendida reducida a los límites de la

¹⁷ El marco general de este estudio –la cuestión general del método, marxista o como el marxismo destruye la filosofía (así como la economía, la ciencia, el arte...) realizándola– se encuentra en nuestro trabajo: *Notas críticas sobre el materialismo dialéctico*, aparecido en *Comunismo*, número 11. Hemos mantenido el término alineación y trabajo alienado en todo este texto tal como es utilizado en el original en francés pero evidentemente en castellano debe entenderse enajenación y trabajo enajenado.

horda, el individuo no buscaba sustraer el bien a su hermano, sino que estaba dispuesto a inmolarse sin miedo alguno por la supervivencia de la gran fratría (hermandad).» Bordiga, En Janitzo no se teme a la muerte.

Y chocando siempre con las imbecilidades vehiculizadas por «nuestros catedráticos», se demuestra cada vez más claramente que estas sociedades primitivas, este comunismo natural, eran sociedades de abundancia en las que, además reinaban ritos de redistribución de las riquezas, de destrucción de los excedentes (ejemplos del *potlach* en los iroqueses)...

18

Si bien vemos en el comunismo primitivo una prefiguración embrionaria de la futura comunidad humana, también es cierto –no pretendemos retomar el mito del «paraíso perdido»– que dicho comunismo era imperfecto, limitado. Y ello porque estaba estrictamente determinado por las condiciones naturales exteriores, las tempestades, los deshielos, los terremotos..., que producían ciertos momentos de penuria y, en consecuencia, la necesidad de producir reservas, de acumular. La disolución de la comunidad natural por el cambio –determinada, por un lado, por la acumulación de excedentes para el cambio y, por otro lado, por la existencia de penuria, de la que, históricamente, la primera y esencial es la de mujeres tiene lugar primero en la periferia de la comunidad y va luego determinando poco a poco el paso de la sociedad de recolección-caza a la sociedad

¹⁸ Remitimos al lector interesado en estas cuestiones al clásico texto de Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, así como el texto *Abondance et dénuement dans les sociétés primitives*, publicado en *La guerre sociale*, número 1, que, a pesar de que en ciertos momentos roza la apología de la comunidad natural, es una excelente demostración del carácter esencialmente humano de las sociedades primitivas, y ello desde un punto de vista comunista. Este artículo fue publicado en castellano en *Comunismo* número 45, con el título *Abundancia y escasez en las sociedades primitivas*.

de agricultura-ganadería, es decir, a la producción para cambiar, a la aparición del valor y, a continuación, de la moneda como intermediaria del cambio, a la expropiación de los hombres, la destrucción del comunismo primitivo y a la aparición de las sociedades clasistas y del Estado –órgano de defensa de los intereses de la clase dominante –, proceso que, condensado aquí en unas líneas, toma en realidad miles de años.

La alineación, enajenación o, más correctamente, la extrañización ¹⁹, en su sentido marxista de desposesión o sin-nada-ni-nadie-en-que-o-quien-asirse, aparece con la disolución de la comunidad primitiva; pero en las sociedades primitivas preexistía una alienación anterior a dicha extrañización: la alienación natural. Claro es, que esta alienación natural era cualitativamente diferente de la alienación-extrañización cada vez más desarrollada en las sociedades de clase y llevada a su apogeo –dominación total– en el modo de producción capitalista. En efecto, la alienación natural es ocasionada por la necesidad de explicar, comprender, los fenó-

¹⁹ Retomamos este concepto esencial de Marx, restaurado por Camatte, porque permite expresar con mayor grado de adecuación la desposesión total del obrero, la completa exterioridad del hombre con relación a su producción. «Por lo tanto hemos traducido *entfremdung* por extrañización, modificando solamente la palabra creada, con toda razón, por Hipólito. En efecto, es imposible traducir aquí por «alienación», puesto que ello significaría disimular la realidad; más exactamente, sería ocultar el grado a que ha llegado la alienación. Y el término implica que el hombre se ha convertido en un extraño para sí mismo, alejándose cada vez más de su realidad humana.

Se trata de una fase extremadamente importante del desarrollo de la sociedad capitalista. La última, cuando las relaciones sociales atomizadas, que han llegado a ser independientes en el capital, dominan al ser humano que fue, con su actividad, su generador original. Se tiene entonces la reificación, la cual tiene como consecuencia inevitable la completa mistificación de la realidad.» Invariance.

menos naturales incomprensibles y aparentemente supraterrrestres que determinan el conjunto de la vida comunitaria. Por esto, todos los cultos, mitos, divinidades... de estas comunidades retoman los elementos esenciales de la vida humana y de la reproducción de la especie: fecundidad, vida, Sol, Luna, fuego...

«La religión, como la propia palabra indica, religa (une de nuevo) a los seres. Sólo aparece cuando la actividad de los hombres ha sido fragmentada, de igual forma que también ha sido fragmentada su comunidad. Retoma los ritos, la magia, los mitos de las sociedades precedentes. Antes no había religión.» Camatte, *A propos de l'alienation*, en *Capital et Gemeinwesen*.

Ésta también es la razón por la que estos mitos, ritos..., expresiones de la vida comunitaria primitiva, son en mucho mayor grado el esbozo de la conciencia humana que el de la falsa, mistificada conciencia: la religión.

«El mito, en sus innumerables formas, no fue un delirio de espíritus que tenían sus ojos físicos cerrados a la realidad –natural y humana de manera inseparable, como para Marx–, sino que es una etapa imprescindible en el camino único de la conquista real de la conciencia, que en las formas de clase construye a través de grandes y espaciados trastocamientos revolucionarios y que tan sólo en una sociedad sin clases tendrá un desarrollo libre. [...] Pues bien, aquellos mitos y aquellas místicas eran revolución; el respeto y la admiración que por ellos tenemos en tanto que luchas que constituían los escasos y lejanos movimientos hacia adelante por los que la sociedad humana progresó, no disminuye en nosotros por el hecho de que sus formulaciones sean caducas y que las de nuestra doctrina tengan una textura muy diferente.» Bordiga, *Comentarios de los Manuscritos de 1844*.

Sin que estos fenómenos sean, en absoluto, comprendidos, el hombre primitivo les encuentra una solución, una razón mística; pero lo importante es que esta mistificación no es exterior a su vida, no es inhumana: la realidad es deformada, mistificada tan

sólo por los propios límites del hombre primitivo. Esta alienación aún tiene carácter humano. Las representaciones de la vida primitiva –convertidas con el valor en esto que se llama «el arte»–, incluso si deformadas por la mística no están aún totalmente separadas de la vida misma; «el arte» aún no es la representación muerta de algo que sobrevive, y ello porque aún existe un arte de vivir.

La disolución de la comunidad genera, al mismo tiempo que la separación entre los hombres, todas las separaciones; la alienación se convierte en totalmente inhumana. A medida que se desarrollan los diferentes tipos de sociedades de clases, se intensifica en mayor grado la desappropriación del hombre, su desposesión material y, en consecuencia, la de su conciencia.

«En la forma del cambio, del dinero y de las clases, desaparece el sentido de la perennidad de la especie, mientras que surge el innoble sentido de la perennidad del peculio, expresada en la inmortalidad del alma que contrata su felicidad al margen de la naturaleza de un dios usurero que detenta dicha banca odiosa. En las sociedades que pretenden haber ascendido desde la barbarie a la civilización, se teme la muerte individual y el hombre se postra ante las momias, incluso en los mausoleos de Moscú, de infame historia.» Bordiga, *En Janitzio no se teme a la muerte*.

II. Reificación y capitalismo

La dominación mundial del capitalismo se diferencia radicalmente de todos los modos de producción que lo han precedido por su esencia universal, condición de unificación de la historia de la humanidad. El capitalismo no es el resultado de la simple sucesión lineal de los modos de producción que lo han precedido en cada zona geográfica, sino que tiene como presupuesto el mercado mundial. Por esto, el modo de producción capitalista es el primer modo de producción mundial. Es el único que destruye y unifica

todos los modos de producción que anteriormente coexistían (feudalismo, esclavismo, modo de producción asiático...), al mismo tiempo que hace posible y necesario el comunismo. Así, el capitalismo resume y simplifica los antagonismos de clase que han hecho toda la prehistoria humana: ahora la contradicción fundamental es entre capitalismo y comunismo, entre burguesía y proletariado.

En esta contradicción, el proletariado es el polo negador, es el partido de la destrucción. Y así como el capitalismo resume la historia de las clases dominantes, así el proletariado resume y hace posible el combate que siempre han llevado adelante las clases explotadas (por ejemplo: Espartaco, T. Münzer, los anabaptistas, los *enragés*, los *levellers*, los *diggers*...) ²⁰. Ésta es la razón de que, como decía Marx, si bien «la clase poseedora y la clase proletaria representan el mismo estado de alienación del hombre», sólo es el proletariado quien encarna, personifica, en la miseria la revuelta contra esta miseria, «la revuelta a la que es empujado necesariamente por la contradicción entre su naturaleza humana y su vida real, que es la negación manifiesta y decisiva de dicha naturaleza». *La Sagrada Familia*, 1845.

El capitalismo, que cierra el ciclo del valor (al generalizar al mundo entero la producción mercantil, expresada en la fórmula D-M-D'), libera al siervo de su última atadura, la adscripción a la gleba; pero al mismo tiempo que lo libera de esta adscripción a la tierra, rompe el último lazo que aún unía al hombre con la naturaleza, lazo que, además, permitía que el hombre subsistiese ya que, en las relaciones sociales feudales, una parte del fruto del trabajo del siervo le

²⁰ Quede claro que sólo el proletariado puede realizar este antiguo proyecto de la humanidad. Los comunistas del pasado se volvían hacia los tiempos anteriores, hacia el redescubrimiento de la comunidad desaparecida (por ejemplo: la ciudad del Sol de Espartaco), y aún no tenían las posibilidades materiales de imponer una nueva comunidad humana, el comunismo integral.

pertenecía, mientras que la otra pertenecía al señor. Al siervo liberado –es decir, al proletario moderno– no le queda otra propiedad suya que su fuerza de trabajo y sus hijos.²¹

«Luz, aire..., la limpieza animal más elemental deja de ser para el hombre una necesidad. La suciedad, ese empantanamiento y descomposición del hombre se convierte en su elemento; el hombre vive en esa cloaca –en el sentido literal de la civilización. Un completo abandono contra natura, una naturaleza pútrida, se convierten en el elemento en el que vive.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

En y por esta miseria total encuentra el proletariado su fuerza destructiva; no teniendo nada que perder, lo puede ganar todo. Como decía Lenin: «Lo que queremos: todo». Y también encontramos ahí, en la extrema atomización del «ciudadano proletario», en su «liberación», la base de la comunidad del capital, la negación de las clases: la democracia.²²

«La sociedad feudal se encontró descompuesta en sus cimientos, el hombre, pero el hombre tal como realmente era su cimiento: el hombre egoísta. Pues bien, este hombre, miembro de la sociedad burguesa, es la base, la condición del Estado político. El Estado lo ha reconocido a dicho título en los derechos del hombre. Pero la libertad del hombre egoísta y el reconocimiento de dicha libertad es, antes que nada, el reconocimiento del movimiento desenfrenado de los elementos espirituales y materiales que constituyen su vida. Así, pues, el hombre no fue emancipado de la religión, sino que recibió la libertad de religión, no fue emancipado de la propiedad sino que recibió la libertad de propiedad; no fue emancipado del egoísmo de la industria, sino que recibió la libertad de industria.» Marx, *La cuestión judía*.

²¹ De esta constatación proviene etimológicamente la palabra «proletario», siendo «prole» igual a «niño», significa que no posee en propiedad otra cosa que sus hijos.

²² Remitimos a los lectores a los textos contra la democracia aparecidos en *Comunismo* números 1, 7 y 8.

La emancipación, la liberación, realizada por la sociedad burguesa es, en consecuencia, la libertad de hacerse explotar plenamente; la completa desposesión del proletariado es su libertad de –para no morir de hambre– tener que vender su fuerza de trabajo. En este acto obligado y forzado de compraventa de la fuerza de trabajo humana se encuentra culminado el proceso histórico de deshumanización. La alienación-extrañización es total: el hombre es tan sólo una simple mercancía, una cosa muerta. La alienación del hombre es el trabajo asalariado, el trabajo alienado, la alienación del trabajo. Este acto de venta –cambio mercantil– separa totalmente al obrero, al productor, de los medios de producción. Está obligado a venderse para poder valorarse con relación a los medios de producción que le son extraños y exteriores a pesar de que, de hecho, no son otra cosa que trabajo humano cristalizado.

«Su vida propia, que es lo que el trabajador pone en el objeto deja entonces de pertenecerle a él para pertenecer al objeto. Por tanto cuanto mayor es esa actividad, tanto más irreal se hace el trabajador. Lo que es producto de su trabajo no es él. Por tanto, cuanto mayor es este producto, tanto menos es él mismo. La extrañación del obrero en el producto significa no sólo que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia externa, sino que su trabajo se convierte en una existencia extraña, independiente, ajena, en un poder autónomo frente a él; que la vida que el trabajador ha transmitido al objeto se le enfrenta hostil y extraña.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

El producto del trabajo es, pues, un objeto extraño al obrero y que le domina. No es el obrero quien domina la máquina, es el capital, es la relación social, la esclavitud asalariada, quien domina totalitariamente la vida del obrero. De este modo, también la relación social capitalista aparece como una potencia exterior, extraña, en cierta forma «natural», que domina al proletario, y que, además, se presenta como eterna. La alienación del trabajo se pone de manifiesto, además, en que el trabajo no es para el

obrero una necesidad natural a la que se somete voluntariamente, sino que, por el contrario, es el único medio que se le deja para poder satisfacer sus necesidades vitales. La lucha histórica del proletariado contra la alienación capitalista es la lucha de los proletarios contra el trabajo:

«El carácter exterior al obrero del trabajo aparece en el hecho de que no es su bien propio, sino el de otro, de que no le pertenece, de que en el trabajo el obrero no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro. Es la pérdida de sí mismo.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

Pero esta «pérdida de sí mismo» es lo que al mismo tiempo da al obrero la posibilidad material de tomar conciencia de dicha pérdida, de luchar, de destruir este sistema de esclavitud asalariada.

«O sea: la transformación del trabajador en un mero objeto del proceso de producción es sin duda objetivamente producida por el tipo de producción capitalista (a diferencia de lo que ocurría durante la esclavitud y la servidumbre), por el hecho de que el trabajador se ve obligado a objetivar su fuerza de trabajo, separándola de su personalidad total y venderla como mercancía que le pertenece. Pero, precisamente por la escisión que se produce así entre objetividad y subjetividad en el hombre que se objetiva como mercancía, la situación resulta susceptible de conciencia. En formas sociales anteriores, más espontáneas, el trabajo está determinado ‘inmediatamente como función de un miembro del organismo de la sociedad’ (Marx, Contribución a la crítica de la economía política), en la esclavitud y en la servidumbre, las formas de dominación se presentan como ‘muelles inmediatos del proceso de producción’; con lo que se hace imposible a los trabajadores, sumidos en esa conexión con toda su personalidad indivisa, llegar a tener conciencia de su situación social. En cambio, ‘el trabajo que se representa a sí mismo en el valor de cambio’, está ‘presupuesto como trabajo del individuo aislado’. Y se hace trabajo social por el hecho de que toma la forma de su contrario inmediato, la forma de la generalidad abstracta. [...] Ante todo, el trabajador no puede llegar a ser consciente de su ser social más que si es consciente de

*sí mismo como mercancía. Su ser inmediato le inserta – como se ha mostrado– en el proceso de producción como puro y mero objeto. Al revelarse esa inmediatez como consecuencia de múltiples mediaciones, al empezar a quedar claro todo lo que presupone esa inmediatez, empiezan a descomponerse las formas fetichistas de la estructura de la mercancía: el trabajador se reconoce a sí mismo y reconoce sus relaciones con el capital en la mercancía. Mientras siga siendo prácticamente incapaz de levantarse por encima de esa función de objeto, su conciencia será la autoconciencia de la mercancía, o dicho de otra manera, el autoconocimiento, el autodescubrimiento de la sociedad capitalista, fundada en la producción y el tráfico de mercancías.» G. Luckacs, *La reificación y la conciencia del proletariado*.*

Esta larga cita explica el proceso permanente y tendencial que va de la «conciencia de sí de la mercancía» en el proletariado atomizado, de la «no-clase», a la constitución de la clase en sí, en clase consciente y organizada en partido.²³

Hemos visto, pues, que lo que caracteriza esencialmente al modo de producción capitalista es que:

«Ante todo, produce mercancías. Pero lo que lo distingue de los demás modos de producción no es el producir

²³ La situación extrema del proletariado en tanto que «no-clase» es aquella en que existe únicamente «para el capital», totalmente atomizado y disuelto en el pueblo. El dominio integral de la contrarrevolución con la democracia purificada –fascista o antifascista– casi logró, en el período previo a la segunda guerra mundial, realizar completamente esta negación de las clases (ver los trabajos de *Bilan*). Por nuestra parte, preferimos usar la expresión «no-clase», que aquella «más clásica» de «clase en sí», precisamente con el fin de subrayar que la diferencia entre «clase en sí» y «clase para sí» es decisiva; la primera expresa la inexistencia del proletariado en tanto que clase revolucionaria, mientras que la segunda la afirma como tal clase revolucionaria –clase en el pleno sentido del término, y, por lo tanto, organizada en partido–. Próximamente desarrollaremos estos problemas en la cuestión llamada «del partido».

*mercancías, sino más exactamente esto: que el carácter dominante y decisivo de dicha producción es ser una producción de mercancías. Esto implica, en primer lugar, que el obrero mismo aparece únicamente como vendedor de mercancías y, por lo tanto, como obrero asalariado libre, por lo que el trabajo aparece esencialmente en tanto que trabajo asalariado... Los agentes principales de este modo de producción, el capitalista y el obrero asalariado, como tales son únicamente encarnaciones, personificaciones, del capital y del trabajo asalariado.» Marx, *El capital*.*

Así pues, es la mercancía lo que determina la vida. Para existir bajo el capitalismo, todo debe tomar la característica de mercancía, es decir, la cualidad de ser cambiante: tener un valor de cambio ²⁴ además de su soporte, que es el valor de uso. La fuerza de trabajo humana se convierte, pues, en algo extraño al hombre, se convierte en una mercancía, se convierte simplemente en una cosa muerta, inhumana: esto es la objetivación. De ello resulta que para los proletarios:

*«Las relaciones sociales entre sus trabajos privados aparecen como lo que son, es decir, no como relaciones inmediatamente sociales entre personas en sus propios trabajos, sino, por el contrario, como relaciones propias de cosas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas.» Marx, *El capital*.*

Bajo el capitalismo, el hombre no es sino lo que aporta, lo que posee como valor para cambiar. El dinero es lo que ocupa por entero el lugar de la comunidad, pues la única cosa común entre los hombres es el poseer dinero en mayor o menor cantidad. El dinero es quien religa a los seres humanos separados, extrañados; su relación es totalmente inhumana: es monetaria. El capital ha aparecido históricamente bajo la forma de dinero. El dinero es la mediación

²⁴ Evidentemente distinguimos aquí entre la forma que toma el valor –el valor de cambio–, de la sustancia del valor –el trabajo abstracto–.

universal: todo debe pasar a ser, convertirse, en dinero (ver el capítulo sobre el dinero en *Grundrisse*, de Marx). Un ejemplo de esta comunidad del dinero es el matrimonio, donde –más allá de los discursos sobre el amor loco o el flechazo– la realidad no es otra que la puesta en común (y bajo contrato dinerario) de la miseria. «El dinero mismo es la comunidad y no puede tolerar ninguna otra comunidad por encima de él.» Marx, *Grundrisse*.

El obrero se presenta, pues, como propietario de la mercancía fuerza de trabajo, y se vende con ella a sí mismo como cosa. Por consiguiente, el proceso de extrañación es doble: primero se manifiesta en la separación de las fuerzas humanas y de los productos del trabajo respecto de sus creadores, y a continuación en su autonomización; consecuencia de esto es la dominación del hombre por la forma material, objetiva, de su propio trabajo²⁵. El carácter fetichista de la mercancía queda así al descubierto: bajo el capitalismo, todas las relaciones sociales, humanas, tienen que tomar el carácter de mercancía²⁶ y de este modo aparecen como una relación entre cosas muertas, no humanas.

«Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas y por ende en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global como una relación social entre los objetos, existentes al margen de los productores. [...] Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es

²⁵ Sobre el conjunto de estas cuestiones, remitimos al libro no exento de críticas *Las superestructuras ideológicas en la concepción materialista de la historia*, de F. Jakubowski.

²⁶ Ya la primera frase de *El capital* sintetiza esta realidad: «La riqueza de las sociedades en las que reina el modo de producción capitalista se anuncia como una inmensa acumulación de mercancías». Marx

sólo la relación social determinada existente entre aquellos. [...] A esto llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías y que es inseparable de la producción mercantil.» Marx, El capital.

La característica general del modo de producción capitalista (producción mercantil generalizada) reside, pues, en el hecho de que las relaciones de producción entre los hombres se establece no solamente para las cosas, sino, también y sobre todo, por medio de las cosas, Siendo la mercancía (y su carácter fetichista) la mediación obligada de toda producción, todas las relaciones entre personas –y, en particular, las relaciones entre proletarios y burgueses– se encuentran por ello veladas, mistificadas, cosificadas. La forma general de este fenómeno es la reificación. Y la relación entre hombres reificados es a su vez representada como una relación personificada – personificación de las relaciones de producción capitalistas– entre el capitalista por un lado y el proletario por el otro, expresiones ambos de la relación social burguesa.

«La economía no trata de cosas, sino de relaciones entre personas y, en última instancia, entre clases; ahora bien, estas relaciones siempre están ligadas a cosas y aparecen como cosas.» Engels, A propósito de la crítica de la economía política por Marx.

Vamos a descomponer artificialmente en dos tiempos el proceso global de reificación, a fin de comprender mejor los elementos diferentes, pero indisociables, que la componen:

a) La reificación es el proceso por el que las relaciones de producción capitalistas –que determinan las relaciones entre los hombres, esencialmente entre capitalistas y proletarios– confieren una forma social determinada, o características sociales determinadas, a las cosas por el intermedio de las cuales

los hombres establecen relaciones mutuas. Esto es la cosificación.²⁷

b) Ello permite al propietario de las cosas que tienen una forma social determinada el aparecer bajo la forma personificada de capitalista y establecer relaciones de producción concretas con otros hombres. Esto es la personificación.

En otros términos: en el modo de producción capitalista, las relaciones entre los hombres tienen que tomar el carácter general de mercancía –valor de cambio, cambiabilidad– y en consecuencia se convierten en relaciones reificadas, relaciones entre cosas –venta de la fuerza de trabajo a cambio de un salario–. Pero estas mismas relaciones reificadas convertidas en cosas exteriores, dominadoras (por el simple hecho de que estas cosas parecen tener propiedades «en sí»), se encuentran a su vez personificadas por los capitalistas, representantes «vivos» de la dominación de las cosas muertas. «El capitalista es capital personificado», Marx, *El capital*. El «colmo» del carácter fetichista de la mercancía se encuentra, evidentemente, en el valor que parece engendrarse a sí mismo, en el dinero que aparece como si diese a luz dinero. El dinero toma la cualidad inhumana de engendrar «en sí» más dinero, así como el manzano engendra manzanas. El conjunto del proceso queda concluido, la reificación es perfecta: ya no queda nada del hombre. Es el reino de las cosas: dinero, máquinas, trabajo, ocio... capital. Es el reino de la muerte.

Así, la reificación de las relaciones de producción reencuentran el lugar central que ya Marx le daba en su teoría del valor, en su necrología del modo de producción capitalista.

²⁷ Etimológicamente, los términos «cosificación» y «reificación» serían un sólo término (*reis*, «cosa» en latín). Sin embargo, aquí, por carecer de otro término más adecuado, utilizamos «reificación» en el sentido global indicado de «cosificación-personificación».

«La naturaleza de la mercancía implica [...] la cosificación (*verdinglichung*) de condiciones sociales de producción, y la personificación (*versubjektivierung*) de las bases materiales de la producción; he aquí lo que caracteriza al modo de producción capitalista en su conjunto.» Marx, *El capital*.

Evidentemente, toda la «obra» de los economistas «marxistas» va a consistir en separar «el análisis objetivo y científico del capital» de los «restos de la filosofía hegeliana» –la decisiva cuestión de la reificación– que «aún oscurecían» el análisis. Esta falsificación tiene como única función intentar mostrar que la gigantesca obra de Marx es tan sólo un simple análisis –biología– del capital, y no la implacable demostración («el terrible misil») del inevitable hundimiento catastrófico del capitalismo, de su violenta destrucción por la personificación de toda la miseria humana, el proletariado, quien por este hecho liberará a la humanidad del reino de la necesidad y al hombre de la alienación.

«Los economistas vulgares, que no comprenden que el proceso de ‘personificación de las cosas’ sólo puede ser entendido como resultado del proceso de ‘reificación de las relaciones de producción’ entre los hombres, considerarán las características sociales de las cosas (el valor, el dinero, el capital...) como características naturales que pertenecen a las cosas mismas. El valor, el dinero... no son considerados como expresiones de las relaciones humanas ‘ligadas’ a las cosas, sino como características directas de las cosas mismas, características que estarían ‘directamente entremezcladas’ con sus características naturales, técnicas. Ésta es la causa del fetichismo de la mercancía que es característico de la economía vulgar y de la concepción corriente entre los agentes de la producción, limitados por el horizonte de la economía capitalista. Ésta es la causa de la ‘reificación de las relaciones sociales, de la imbricación inmediata de las relaciones de producción materiales con su determinación histórico-social’». *El capital*, citado por Isaak Rubin en sus *Ensayos sobre la teoría del valor de Marx*.

Nos era, pues, necesario situar de nuevo la teoría de la reificación en el mismo centro de la totalidad que constituye el marxismo, que constituye la «teoría de las condiciones de liberación del proletariado» (Engels). Reintroducir la concepción fundamental de que el motor mismo de la liberación humana es el hecho de que el proletariado está completamente extrañizado, completamente dominado y sometido por un monstruoso amasamiento de objetos sin vida – expresión del hecho de que su vida es sin objeto– es lo que nos permite comprender y describir lo que será el comunismo integral.

III. El comunismo integral: la comunidad humana mundial

La comprensión vulgar siempre desprecia al comunismo en beneficio de la inmediatez, es decir, en beneficio de la dominación del capital. Las revisiones se hacen, se justifican siempre por «las nuevas condiciones», por «los casos particulares», por «los cambios en la evolución del capital», sin comprender nunca que lo que define nuestro movimiento, lo que define la lucha obrera, no es tal o cual cambio, sino, directamente y de manera invariante, el comunismo. Sólo situándose en el punto de vista del comunismo pueden los revolucionarios transformar la realidad hacia él. Lo que determina el programa que la clase obrera aplicará es la totalidad del ciclo histórico, desde la comunidad natural al comunismo integral. Por eso, toda la obra de Marx, como la de todos los revolucionarios, es también la descripción del comunismo. Esta descripción del comunismo es a la vez descripción de lo que la humanidad estará históricamente obligada a realizar –la comunidad humana mundial– y descripción de la acción concreta del proletariado, del movimiento comunista que impondrá el comunismo. Por lo tanto, también es descripción de la nueva comunidad en su actual prefiguración: el partido. Marx describía clásicamente el comunismo como:

«La esencia del hombre no es otra que la verdadera comunidad; los hombres, afirmando su ser, crean y producen la comunidad humana, social, la cual no es una potencia abstractamente universal opuesta a los individuos particulares, sino su propio ser, su propia actividad, su propia vida, su propio espíritu, su propia riqueza.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

Definida así la comunidad humana, la «verdadera comunidad», podemos comprender mejor el carácter ficticio ²⁸ de la comunidad del capital, de una falsa comunidad de hombres, de una real comunidad de hombres extraños a sí mismos.

«Decir que el hombre es extraño a sí mismo es decir que la sociedad de dicho hombre extrañizado es una caricatura de la verdadera comunidad, una caricatura de su verdadera vida genérica; es decir, que su actividad se le ha convertido en un tormento, que lo que produce se le aparece como un poder ajeno, su riqueza como pobreza, la ligazón esencial que lo sujeta a otro como in-esencial, que su vida es el sacrificio de su vida, que su producción es la producción de su nada, que su poder sobre el objeto es el dominio del objeto sobre él. Es decir, que el hombre, maestro de su creación, aparece como su esclavo.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

Y, como hemos visto, de la negación del capitalismo por el proletariado negándose a sí mismo, saca Marx la descripción positiva del comunismo:

«El comunismo como superación positiva de la propiedad privada en cuanto autoextrañización humana y, por consiguiente, apropiación efectiva de la esencia humana por el hombre y para el hombre; por tanto, el hombre se reencuentra completa y conscientemente consigo como un hombre social, es decir, humano, que condensa en sí toda la riqueza del desarrollo precedente.»

²⁸ Cuando definimos la comunidad del capital como comunidad ficticia, ello significa para nosotros que es ficticia en tanto que comunidad, en tanto que «esencia del hombre», pero que es totalmente real en tanto que «comunidad» de ciudadanos atomizados, en tanto que no-comunidad humana. La comunidad ficticia del capital existe, por ello es necesario destruirla.

Este comunismo es humanismo por ser naturalismo consumado y naturalismo por ser humanismo consumado. Él es la verdadera solución en la pugna entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre, la verdadera solución de la lucha entre existencia y esencia, entre objetivación y afirmación de sí, entre libertad y necesidad, entre individuo y especie. Es el enigma resuelto de la historia y se reconoce como dicha solución.» Marx, Manuscritos de 1844.

El comunismo significa la realización de la especie humana, significa la destrucción del infame y mezquino individuo burgués: «El comunismo suprime al individuo a fin de realizar el ser humano.» *Le Communiste*, número 9.²⁹

«A causa de este hecho, la necesidad o el disfrute han perdido su naturaleza egoísta, y la naturaleza ha perdido su simple utilidad, puesto que la utilidad se ha convertido en utilidad humana.» Marx, Manuscritos de 1844.

Todas las separaciones desaparecen con la desaparición de la propiedad privada y privativa, de las clases, del dinero, del trabajo, del Estado (y de todos sus aparatos: justicia, escuelas, ejércitos, iglesias...),

²⁹ Cuando afirmamos esta posición central del comunismo revolucionario en directa filiación con los trabajos de Bordiga y Marx –«El ser humano es la verdadera *gemeinwesen* del hombre»–, consideramos, como Bordiga, que «en esta grandiosa construcción es eliminado el individualismo económico y aparece el hombre social, cuyos límites son los mismos que los de la sociedad humana o, mejor aún, de la especie humana». Pero esta concepción esencial, impersonal y antiindividualista –el hombre sólo existe en tanto que hombre social, en tanto que especie humana–, también significa la realización total del hombre «particular», de aquello que hay de humano en cada hombre. La supresión del individuo –en el sentido limitado, estúpido y egoísta– significa la realización de cada hombre «particular». «El peligro de Bordiga es que mantiene su tesis de la negación del individuo hasta en el comunismo, negando finalmente al hombre en tanto que unidad, entonces el comunismo aparece únicamente como el triunfo de la especie.» J. Camatte, *Bordiga y la pasión del comunismo*.

pero también desaparece la estructura básica de la sociedad burguesa: la familia (con su hipócrita corte de cornudos, prostitutas y otros amantes), para dejar paso a la comunidad humana, asumiendo colectivamente el conjunto de la vida y de la reproducción de la especie.

«Tenemos el derecho de prolongar las tesis económicas seculares (ningún salario, ni dinero, ni cambio, ni valor) con las tesis igualmente seculares y originales: ningún Dios, ningún Estado, ninguna familia.» Bordiga, *Las tablas inmutables de la teoría comunista*.

En este sentido, el amor no será como lo conocemos hoy –fusión de dos seres atomizados (fusión significa «su no-existencia») que ponen en común su miseria y su angustia–, sino satisfacción y desarrollo de todos los deseos, las pulsiones, las necesidades..., del hombre social.

«En el comunismo no monetario, el amor tendrá, en tanto que necesidad, el mismo peso y el mismo sentido para los dos sexos, y el acto que lo consagra realizará la fórmula social de que la necesidad de la otra persona es mi necesidad de persona, en la medida en que la necesidad de un sexo se realiza como necesidad del otro sexo.» Bordiga, *Comentarios a los Manuscritos de 1844*.

«Tendré la alegría de haber sido para ti el mediador entre tú y el género humano, y en consecuencia de ser conocido y sentido por ti como un complemento de tu ser y una parte necesaria de ti, y, por lo tanto, de saberme afirmado tanto en tu pensamiento como en tu amor.

Tendré la alegría de haber creado, con mi manifestación vital individual, tu propia manifestación vital, y de haber así afirmado y realizado directamente, en mi actividad individual, mi verdadera esencia, mi ser humano, mi ser social.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

De igual forma, bajo el capitalismo, el tiempo es uno de los monstruos que nos devoran diariamente, y ello por el hecho de que el tiempo es la medida del valor, porque el tiempo es lo que cuantifica el valor. Bajo el capitalismo, el tiempo es la única medida social, es el patrón por medio del cual se mide nuestra no-vida. Todo está determinado por el tiempo de

trabajo, como lo refleja el célebre dicho: «El tiempo es oro». Marx ya ponía esto de manifiesto cuando escribía:

«El tiempo lo es todo, el hombre ya no es nada; como máximo, es la envoltura del tiempo. El oscilar del péndulo se ha convertido en la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros como lo es de la velocidad de dos locomotoras.»

Bajo el capitalismo, el tiempo es la medida de nuestra pérdida; perdemos nuestro tiempo para ganar nuestra supervivencia. Por el contrario, el comunismo suprimirá toda medida por medio del tiempo, puesto que suprimirá lo que el tiempo mide: la producción de valor. Las decisiones que van en el sentido del comunismo son aquellas que se oponen a la ley del valor, destruyendo, por lo tanto, la base de relación de producción capitalista ³⁰.

³⁰ En el marco de este artículo no abordamos la problemática de los «bonos de trabajo» en el período de transición, proposición eminentemente circunstancial, hecha por Marx en su *Crítica del programa de Gotha*. No obstante, podemos afirmar muy someramente la necesidad de superar la problemática misma de los bonos de trabajo, que sigue siendo una forma de medida, por medio del tiempo, del trabajo extrañizado. Por el contrario, el comunismo integral se define por la supresión del trabajo, y, en consecuencia, de su medida por el tiempo. Las medidas inmediatas que tome la dictadura mundial del proletariado deberán ser precisamente medidas que vayan en el sentido del comunismo, que enfrente la ley del valor, y, por lo tanto, en el sentido de la supresión del trabajo (de lo que es un ejemplo la radical disminución del tiempo de trabajo).

Porque deben oponerse a la lógica del capital, las medidas que se adopten deberán corresponder mucho más a la reapropiación por el proletariado del conjunto del producto social (por ejemplo: con medidas tales como la gratuidad de los transportes, la vivienda, los cuidados sanitarios, la distribución de los alimentos...), que a introducir un nuevo sistema de medida del trabajo por el tiempo, tal como serían los bonos de trabajo. Esta proposición de Marx, hoy anacrónica teniendo en cuenta el desarrollo tecnológico habiendo, cuanto menos tenía el enorme mérito de situarse en una perspectiva comunista, antagónica al desarrollo del capital, cosa que

«En una sociedad futura en la que el antagonismo de clases haya desaparecido, el uso ya no vendrá determinado por el mínimo de tiempo de producción, sino que el tiempo de producción que se consagrará a un objeto estará determinado por su grado de utilidad.»
Marx, *Miseria de la filosofía*.

El comunismo tomará como base no el tiempo de trabajo (=capital), sino el tiempo disponible, la libre disposición de su vida, y, por lo tanto, del tiempo. Ya no será necesario luchar por «tomarse tiempo para vivir», sino que nuestra vida se realizará todo el tiempo.

Queda aún la cuestión de saber si para nosotros, comunistas, el comunismo significa «el fin de la historia», significa la consecución sobre la tierra del paraíso celeste que nos prometen todos los curas. En esto, como en todo, recurrimos a los clásicos:

«El comunismo pone lo positivo como negación de la negación, por tanto, es el momento real de la emancipación y de la reconquista del hombre, un momento necesario para el futuro desarrollo de la historia. El comunismo es la forma necesaria y el principio dinámico del futuro inmediato, pero el comunismo, en tanto que tal, no es ni finalidad del desarrollo humano ni la forma de la sociedad humana.»

Haciendo rugir de nuevo tanto a los idealistas como a los materialistas vulgares, Marx afirma aquí que el comunismo es tan sólo una sociedad transitoria, que no es el fin de la historia, sino, por el contrario, el inicio de la historia humana; no es sino el fin de la prehistoria. El comunismo es la supresión de los antagonismos de clase y de todas sus consecuencias.

en absoluto puede afirmarse de todos esos «continuadores» e «intérpretes» para quienes el comunismo no es otra cosa que el capitalismo adornado con algunas reformas democráticas. Sobre esta cuestión, remitimos al lector interesado al debate entre *Bilan* y el Grupo de los Comunistas Internacionalistas de Holanda (GIK), que se encuentra en los números 19 y 20 de *Bilan*, así como el texto *Comunismo y medida por medio del tiempo de trabajo* aparecido en *La guerre sociale*, número 1.

No es la supresión de toda contradicción, es decir, de todo movimiento³¹. La humanidad social estará aún en movimiento, producido ya no por las contradicciones de clase, sino, por primera vez, por contradicciones por fin humanas. El comunismo es la apertura de una nueva era, es la reapropiación por la humanidad de su historia, de su conciencia, al mismo tiempo que del conjunto de sus riquezas.

Desde la alienación natural del hombre primitivo a la extrañización del ciudadano bajo el capitalismo, se cierra el ciclo de las sociedades de clase, el ciclo de la conquista cada vez más alienada de la abundancia. El comunismo, porque es la «*supremacía del hombre sobre sus condiciones de vida*» (Marx, *La ideología alemana*), abolirá la alienación.

«*La supresión de la alienación tan sólo puede ser llevada a cabo por el comunismo puesto en práctica.*» Marx, *Manuscritos de 1844*.

³¹ Al contrario que Hegel –quien, como perfecto idealista, pone término a su dialéctica, y, por lo tanto, a la historia (la finalidad de la historia humana sería alcanzado por el ideal representado por el Estado alemán)–, Marx mantiene en todo momento la dialéctica y la historia como principio director, y no hace del comunismo el final del movimiento, el final de todo desarrollo humano.

Actividad humana contra trabajo

*“No se trata de hacer
libre al trabajo, sino de abolirlo”*

Karl Marx

La palabra «trabajo» es la denominación burguesa de «actividad humana»

El lenguaje, como toda esfera de la sociedad burguesa, es determinado por el capital. Es, fundamentalmente, el lenguaje de la clase dominante, el lenguaje burgués. Se le puede definir como la supremacía de la ideología burguesa, ejerciéndose en el mismo acto de la comunicación. El lenguaje burgués es el intercambio verbal que se efectúa con la ayuda de signos que ofrecen las máximas garantías para la perpetuación de la dominación de clase de la burguesía. De esta manera, el modo de comunicación reinante logra en gran medida imponernos sus límites. Como no se trata ahora de crear un nuevo lenguaje –que no podría basarse más que sobre una nueva comprensión de las relaciones humanas– nos vemos por lo tanto continuamente obligados a desenmascarar la perfidia de las palabras y a redefinirlas, de igual forma que lo hacemos con los conceptos.

La palabra «trabajo» es el ejemplo perfecto, total, de la falsificación de las conciencias humanas. Aun cuando el hombre siempre se ha definido, expresado y realizado a través de su actividad vital –qué es la vida, sino actividad–, aun cuando la realización del hombre no puede pasar más que por la materialización de esta actividad vital –creación de objetos, de ideas...–, el sistema mercantil encerró esa actividad en la forma de «trabajo». El capital universalizó esta forma, haciéndola, bajo su aspecto salarial, la relación humana dominante en el planeta. De este modo, la forma trabajo que hoy en día es la única posibilidad de sobrevivir para la inmensa mayoría de las

personas, y la única manera de existir para el proletariado, se convierte también en la actividad vital, central, del hombre; la actividad universal, alrededor de la cual gira todo. Habiéndose convertido en la actividad esencial del hombre, en su más importante actividad, la burguesía nos presenta la esencia del hombre como sinónimo de su trabajo.

¡He aquí como la palabra «trabajo», que no designaba de hecho más que una forma muy particular de la actividad humana, suena hoy a los oídos de todo el mundo un poco como el perfecto sinónimo de «actividad», puesto que para la mayoría de los hombres, el trabajo ha llegado a ser en realidad... ¡la totalidad de su actividad! Desde entonces, actuar significa «trabajar», y ser activo se entiende como «ser trabajador», es decir «con buen rendimiento». La hipocresía y el cinismo del lenguaje burgués culminan en expresiones tales como «hacer trabajar el dinero», imagen de una riqueza hermafrodita reproduciéndose por sí misma, como si detrás del dinero no se encontraran el brazo, el sudor y la sangre de aquéllos a quienes se le ha extorcado la plusvalía, única fuente del enriquecimiento de los capitalistas.

Hace falta por consiguiente, cuando se habla de «trabajo», comprender que la utilización de ese término determina una categoría, una forma muy precisa de producción de la actividad humana, intrínsecamente ligada al sistema mercantil; hay que entender el trabajo como la producción de la actividad humana en tanto que actividad extraña al hombre, a la manifestación de su vida y a la conciencia que tiene de su vida; es el hombre reducido al estado de trabajador.

El trabajo es el acto de enajenación de la actividad humana práctica. Marx, «Manuscritos de 1844»

El trabajo no es otra cosa que la expresión de la actividad humana en el marco de la enajenación, la

expresión de la manifestación de la vida como extrañación³² de la vida. El carácter enajenado del trabajo aparece bajo diferentes formas y, en primer lugar, a través del objeto creado; éste, en efecto, no pertenece al obrero. Cuando el resultado de la producción humana debería definirse como la más alta manifestación del ser humano, como afirmación del hombre, como medio de conocimiento por el otro de su propia persona humana, el trabajo hace al hombre extraño a su producto, y éste se le enfrenta y opone. El obrero es desposeído del objeto que ha creado. Obligado a vender su fuerza de trabajo, pone su vida en el objeto y dicha vida no le pertenecerá más. La extrañación del trabajo se basa en la necesidad del trabajador de vender su fuerza de trabajo, empleada en producir una mercancía que le es totalmente extraña. El obrero no puede sacar ninguna satisfacción del resultado de su trabajo. Aun suponiendo que el objeto creado tuviese para él un interés inmediato, no podrá disfrutarlo; su uso le será vedado, al estar sometido a las leyes de la economía mercantil. Lo absurdo de tal estado de cosas aparece a veces en toda su cruel dimensión, cuando, por ejemplo, obreros trabajando en locales a 35°C sin acondicionamiento de aire, ni ventilación, se enteran de que la fábrica para la que trabajan produce aparatos de aire acondicionado, vendidos con el eslogan: ¡¡¡«Las temperaturas estivales no afectarán vuestra energía, si posee un climatizador X»!!!

Pero el proletario no sólo ha llegado a ser extraño al objeto de su actividad, sino también de su misma actividad. La actividad productiva no le pertenece más en tanto que actividad libre; en efecto, el trabajo es exterior al obrero, pero como es la única actividad que le permite el procurarse los medios de subsistencia en el sistema capitalista, está del todo obligado, para sobrevivir, a someterse. El trabajo es, por

³² En lo concerniente a la definición de extrañación, ver el artículo: *De la alienación del hombre a la comunidad humana*, en este mismo ejemplar.

tanto, la actividad no-libre por excelencia, y solo la realiza porque está obligado y forzado.

«El carácter extraño del trabajo aparece netamente en el hecho de que en cuanto no existe coacción física o de otra clase, el trabajo es evitado como la peste.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

El obrero no se afirma, por lo tanto, trabajando, sino que se niega. Del mismo modo que pone su vida en el objeto del que es desposeído, deja su existencia en la actividad de producción de ese objeto.

«Por lo tanto, si el producto del trabajo es la enajenación, la misma producción debe de ser enajenación en acto, desposeimiento de la actividad, la actividad del desposeimiento. La enajenación del objeto del trabajo no es más que el resumen de la enajenación, de la extrañación, en la misma actividad del trabajo.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

El trabajo, acto de producción en el sistema capitalista, llega a ser, por lo tanto, para el obrero la actividad en tanto que pasividad, la fuerza en tanto que impotencia; cada día, ocho horas de actividad absurda, contraria a la esencia y la razón humanas; la enajenación de sí mismo, como antes enajenación de la cosa.

Pérdida de sí, pérdida del objeto, queda todavía la pérdida del otro. El trabajo enajenado hace extraño al hombre del género humano³³. Separa la vida individual de la vida genérica. Lo que distingue al hombre del animal es que este último se identifica directamente con su actividad vital, *«él es esta actividad. El hombre hace de su actividad vital, el objeto de su voluntad y su conciencia. Hay una actividad vital consciente.»* Marx, *Manuscritos de 1844*.

Al convertir la actividad vital del hombre en trabajo enajenado, en el sistema mercantil, la relación se transforma en la medida en que el obrero es obligado a hacer de su actividad vital consciente un sim-

³³ Hay que entender el género como al hombre comprendiéndose en tanto que hombre, como la conciencia que el individuo puede tener de la especie humana.

ple medio de subsistencia, un medio de existir. Aun cuando esta actividad vital consciente debería ser la expresión del hombre en tanto que elaboración de un mundo objetivo en el que pudiera contemplarse, reconocerse, siendo esa producción su vida genérica activa, reconocimiento de los hombres entre ellos, el trabajo enajenado reduce la actividad del hombre a la simple producción de riqueza; hace de la actividad humana un simple medio de subsistir.

«La conciencia que el hombre tiene de su género se transforma por lo tanto por el hecho de su extrañamiento, de tal manera que la vida genérica se convierte para él en un medio». Marx, *Manuscritos de 1844*.

El trabajo hace al hombre extraño consigo mismo, con su ser genérico y por lo tanto con el otro, con el hombre enfrentado a él.

«Esto que es verdad respecto de la relación del hombre con su trabajo, al producto de su trabajo y a sí mismo, es verdad respecto de la relación del hombre con el otro, así como con el trabajo y el objeto del trabajo del otro. De una manera general, la proposición de que su ser genérico llega a ser extraño al hombre significa que el hombre se convierte en extraño al otro, así como cada uno de ellos llega a ser extraño a la esencia humana». Marx, *Manuscritos de 1844*.

Esta conciencia del género humano, de la especie, del otro, no queda ni un átomo bajo el capital. Por el contrario, las manifestaciones de solidaridad proletarias son la señal y el esbozo de lo que es esta conciencia genérica del hombre, de hombre que comprende que sus propios intereses pasan por los de la comunidad; el ser humano que entiende la satisfacción de sus necesidades y de sus deseos a través del disfrute colectivo.

La abolición del trabajo se expresa bajo la forma política de la emancipación del proletariado

Acabamos de ver que el ser humano enajenado por el trabajo no se pertenece más. Pero si él no se per-

tenece más, debe entonces pertenecer a algún otro. Si la actividad humana resulta tormento para el obrero, es porque ella es necesariamente goce para otro. A través del trabajo enajenado, el hombre no crea solamente una relación extraña a su producto y a su producción; engendra igualmente la dominación del que no produce, dominación que se ejerce sobre su producto, sobre su actividad productiva y sobre él mismo.

Lo único que justifica hoy que la actividad humana siga encerrada, enajenada, extrañada en la forma de «trabajo», es el interés de la clase dominante. El provecho que saca la burguesía de su dominación le impide ver más allá de sus propios intereses egoístas. La clase social que liberará a la humanidad del trabajo extrañado no puede ser sino aquella que más sufre sus fatales efectos, la emancipación universal del hombre depende de la emancipación del proletariado, porque esta última clase concentra, en su relación con la producción, TODA la esclavitud del hombre.

«[...] De una clase con cadenas radicales, de una clase de la sociedad civil que no sea una clase de la sociedad civil; de un orden que sea la disolución de todos los órdenes, de una esfera que posea, por lo universal de sus sufrimientos, un carácter universal, y que no reclame para sí ningún derecho especial, puesto que no se ha cometido contra ella ninguna injusticia en particular, sino la injusticia pura y simple. Una clase que no puede apelar a ningún título histórico, sino solamente a un título humano. Que no se encuentra en oposición unilateral con las consecuencias, sino en oposición global con las premisas de la forma del Estado; de una esfera, finalmente, que no puede emanciparse sin emanciparse de todas las otras esferas y así emanciparlas a todas; que sea, en una palabra, la pérdida total del hombre y no pueda reconquistarse más que a través de la recuperación completa del hombre. La disolución de la sociedad en tanto que Estado particular, es el proletariado.»
Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel.*

Es por lo tanto al proletariado organizado en clase, y por lo tanto en partido, a quien corresponde la tarea histórica de liberar a la humanidad del trabajo y de resolver, de una vez por todas, los antagonismos entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre, entre su actividad y su disfrute, entre el individuo y la especie.

¡Abajo el trabajo!

Después de este desarrollo, se verá más claramente porqué los eslóganes sindicalistas e izquierdistas de «derecho al trabajo» y de «garantía del empleo» son eminentemente reaccionarios y utópicos. Los proletarios saben que, en el sistema capitalista, el trabajo es la única forma de subvenir a sus necesidades y que, en ese sentido, no tener trabajo significa claramente reventar. Pueden mencionarse como prueba los miles de seres humanos asesinados por hambre cada día. Por lo tanto, hay que comprender la exigencia de un empleo por el obrero como la exigencia de la necesidad de alimentarse, de vestirse y de reproducirse, él y su familia. Pero reivindicar trabajo para todos, en el seno del sistema capitalista burgués, es hacer creer que eso es posible, es ilusionar con un absurdo y es negar el carácter catastrófico del capitalismo, su descontrol sobre el movimiento que él mismo engendra. Los comunistas sabemos que la reivindicación de trabajo para todos es utópica y tomando como prueba evidente que si el capital no ha conseguido realizar el pleno empleo a escala mundial en período de prosperidad, se ve difícil como podía satisfacer esta demanda en pleno período de crisis. La consigna es reaccionaria, porque corresponde a una visión idealizada del sistema en curso, y porque es la negación de la naturaleza contradictoria del capital, que solo puede desarrollar el trabajo desarrollando simultáneamente el paro, es decir, el trabajo al grado cero. La naturaleza de la dictadura del capital es la riqueza engendrando la miseria. Todos los economistas y otros ideólogos del trabajo in-

tentarán explicarnos que el trabajo es necesario, porque confunden producción de mercancías y riqueza social. Es de la más elevada hipocresía el intentar presentarnos al trabajo como si fuera la única fuente de riqueza. Nosotros definimos el trabajo, en tanto que actividad enajenada y extrañada, como la pérdida del hombre.

«El trabajo mismo, no solamente en las presentes condiciones sino en general, en la medida en que su objetivo sea el simple acrecentamiento de la riqueza, es perjudicial y funesto.» Marx, *Manuscritos de 1844*.

En lugar de la reaccionaria consigna: «Un salario equitativo por una jornada equitativa», Marx nos hablaba ya de enarbolar la consigna revolucionaria: ¡«Abolición del asalariado»! De la misma manera, en lugar de las reivindicaciones de «Trabajo para todos», nosotros oponemos la consigna invariante del programa comunista: «Abajo el trabajo».

Trabajo, tiempo libre y comunismo

«En todas las revoluciones anteriores, el modo de actividad permanecía invariable y sólo se trataba de otra distribución de esta actividad, de una nueva repartición de trabajo entre otras personas; la revolución comunista, por el contrario, está dirigida contra el modo de actividad anterior, suprime el trabajo y la dominación de clase, aboliendo las clases mismas.» Marx, *La ideología alemana*.

El comunismo destruye el modo de actividad específico del sistema capitalista: el trabajo, esencia de la propiedad privada. Al mismo tiempo que suprime el trabajo, suprime la organización del tiempo libre en tanto que complemento indispensable del trabajo enajenado. Hay que comprender por tiempo libre, el tiempo concedido al proletariado para rehacer su fuerza de trabajo. Del mismo modo que el salario representa el mantenimiento del obrero y sólo debe ser considerado como el «engrase» necesario para la continuidad del buen funcionamiento de los «pisto-

nes», el tiempo libre no tiene más que una utilidad: el papel de válvula de escape a las tensiones producidas durante la actividad-trabajo. Ocio no corresponde en absoluto a tiempo libre, puesto que no se trata, para el obrero, más que de reparar sus fuerzas, sus energías, para un rendimiento cada vez más eficaz, para una explotación renovada de sus capacidades. Los ocios vienen dictados por la necesidad, para el proletariado, de estar en su puesto y en forma, el lunes por la mañana. Como resultado del trabajo el hombre no conoce más el verdadero sentido de su actividad vital y sólo reproducirá durante sus horas «perdidas» una actividad «espejo» del trabajo enajenado, de forma que ese período de su tiempo, de su actividad llamada «libre», no entra en contradicción con el período «trabajo». La actividad extrañada tiene que tener necesariamente como correspondiente la inactividad extrañada; el trabajo extrañado, los ocios extrañados. El capital opone tiempo de trabajo y tiempo de ocio; separa las dos actividades aun haciéndolas complementarias. La escolarización prepara ya esta separación: «Estáis aquí para trabajar, estáis aquí para divertirlos, ¡pero no hagáis jamás las dos cosas al mismo tiempo!». Pero la actividad humana es una totalidad. En este sentido, la sociedad comunista no tiene nada que ver con una sociedad de ocio, idealización del polo «positivo» del sistema burgués. A la separación trabajo-ocio, el comunismo opone la actividad vital que es disfrute, el disfrute que es actividad.

«La actividad y el goce, tanto por su contenido como por su género de origen, son sociales, son actividad social y disfrute social.» Marx, Manuscritos de 1844.

En el comunismo primitivo, la misma palabra designaba «trabajo» y «juego»³⁴. De la misma manera,

³⁴ ¡Hasta qué punto el lenguaje burgués es totalitario! Aquí para explicar la no separación-oposición debemos emplear necesariamente ese lenguaje. Si dijésemos la misma palabra, designar «actividad» y «actividad», que en el fondo es lo correcto, no seríamos comprendidos.

el comunismo suprime las oposiciones entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio, entre producción y aprendizaje, entre lo que es vivido y experimentado. Esta descripción no resulta en modo alguno de una anticipación idílica, de una visión idealizada del futuro, sino más bien del movimiento mismo de la historia y del mundo. Y este movimiento no es en nada el fruto del azar; es el fantástico desarrollo de las fuerzas productivas lo que hace más actual que nunca la posibilidad, la necesidad, del comunismo.

La abolición del trabajo en tanto que actividad humana extrañada es un punto esencial del programa comunista, y el proletariado cumplirá esta obra humana afirmándose como clase dominante para negar todas las clases. A las cuarenta horas semanales, a las torturas de los madrugones, a la angustiada búsqueda de trabajo, a los escupitajos cortesés de los capitalistas que despiden, a los fines de jornada apresurados y de pie en el metro, al embrutecimiento de las horas vacías, a las cadencias infernales, a los asesinatos por el trabajo, a la propiedad privada, a la explotación del hombre por el hombre, al capital, nosotros contraponemos nuestra fuerza, nuestro conocimiento y nuestra determinación, con vistas a la edificación de una sociedad sin trabajo, una sociedad comunista, asegurando por la comunidad la libre disposición del tiempo como campo de expansión de la actividad humana.

«Otra fuente de la inmoralidad de los trabajadores es el hecho de ser los condenados al trabajo. Si la actividad productiva libre es el mayor placer que conocemos, el trabajo forzado es la más cruel, la más degradante tortura. Nada es más terrible que tener que hacer de la mañana a la noche alguna cosa que nos repugne. Y cuanto más sentimientos humanos tenga el obrero, más debe detestar su trabajo, porque nota la represión que implica y la inutilidad que ese trabajo representa para él mismo». Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1854.

«El Estado moderno, la dominación de la burguesía se basan en la libertad del trabajo. Santo Max [referencia despectiva a Stirner - NDR] mismo no ha ¡cuántas veces!- extraído de los Anales Franco Alemanes esta idea de que con la libertad de la religión, del Estado, del pensamiento..., y por consecuencia «algunas veces», «sin duda también» «puede ser», la del trabajo no soy YO, sino únicamente uno de mis tiranos que se hace libre. La libertad del trabajo es la libertad para los trabajadores de hacerse competencia entre ellos. Santo Max no tiene tampoco suerte en economía política, como no la tiene en ninguno de los otros dominios. El trabajo es libre en todos los países... No se trata de hacer libre al trabajo, sino de abolirlo.

Marx, La ideología alemana.

¡Ah... Las hermosas máquinas! (1)

La evolución actual de la crisis impide que el capital utilice la totalidad del potencial productivo que tiene a su disposición y que creó precedentemente. Miles de fábricas quiebran o funcionan con un débil rendimiento y millones de trabajadores refuerzan el ejército industrial de reserva.

Frente a esto, los partidos, sindicatos y organizaciones de izquierda y de extrema izquierda se escandalizan. La CGT (Central Sindicalista controlada por el PC oficial) llorisquee: «Están destruyendo Francia, están destruyendo nuestras vidas». Mientras tanto, el PCF expone, en la fiesta de «La Humanidad», los últimos milagros de la tecnología moderna, de preferencia francesa, en el ámbito de las máquinas-herramientas.

Nosotros, los comunistas, no sólo vemos en este tipo de propaganda la lucha competitiva entre capitalistas (chovinismo), sino también la defensa del capital.

Todos estos pretendidos marxistas, quieren hacernos creer que las fuerzas productivas son neutrales o, lo que es peor aún, que tienen un carácter proletario («nuestras fuerzas productivas», «defensa de nuestras herramientas de trabajo»). Más aún, ellos se reclaman del viejo ideal capitalista, que la misma realidad desmiente cada día más, según el cual, el desarrollo de las fuerzas productivas y la valorización máxima pueden existir sin su inevitable polo opuesto: la desvalorización y la destrucción periódica de las fuerzas productivas.

En realidad, el carácter de las fuerzas productivas está determinado indefectible y únicamente por las relaciones de producción. Lo que quiere decir que en el sistema capitalista éstas sólo pueden ser fuerzas productivas del capital. Todas las maquinarias y los métodos de organización del trabajo existentes en el capitalismo tienen únicamente como objetivo el aumento de la tasa de explotación, y no es por casualidad que los emuladores de las máquinas, que sirven

para explotar al proletariado, son también fieles adoradores del trabajo asalariado. En efecto, el proceso de producción requiere la asociación del trabajo muerto (las máquinas, las materias primas, es decir, los frutos del trabajo pasado) y del trabajo vivo. Ambos son igualmente necesarios: el trabajo muerto porque permite aumentar la explotación de la fuerza de trabajo, y el trabajo vivo porque es el único creador del valor y por lo tanto del plusvalor y del capital adicional. La defensa del trabajo muerto y del trabajo vivo es la defensa de la producción capitalista, tanto uno como el otro son del capital.

La asociación del trabajo muerto y del trabajo vivo es también una confrontación de clases, puesto que la herramienta del trabajo no le pertenece al obrero, éste no posee ni el fruto de su trabajo, ni su trabajo (solamente posee su fuerza de trabajo que se encuentra obligado a vender para subsistir). *«La máquina no actúa únicamente como un competidor cuya fuerza superior tiende a transformar el asalariado en algo superfluo, es como potencia enemiga del obrero que es empleada por el capital y éste lo proclama a viva voz. Así se transforma en el arma de guerra más irresistible para reprimir las huelgas, las revueltas periódicas del trabajo contra la autocracia del capital.»* K. Marx, *El capital*.

¡NO! Señores defensores del trabajo asalariado, jamás un obrero descalificado amará «su» cadena de montaje, jamás el proletariado defenderá la herramienta de su explotación, jamás un revolucionario luchará por las fuerzas productivas del capital, sino por su destrucción, puesto que la afirmación del proletariado en clase para sí, es su destrucción como clase para el capital.

Los apologistas del progreso técnico, quienes consideran que éste beneficiaría a los obreros, a sus condiciones de trabajo, ven las fábricas como simples visitantes. No hace falta mucha suspicacia para darse cuenta que si bien la jornada de trabajo ha disminuido, ésta ha sido ampliamente compensada por un aumento de la intensidad y de un gran desgaste de nervios y energía. Todo esto gracias a esas hermosas

máquinas que hacen trabajar rápido, y a los nuevos métodos de organización del trabajo que éstas implican (cadenas, equipos, etc.) Y qué decir del aumento en el tiempo de trayecto al trabajo y las migraciones, y la desocupación, y la descalificación del trabajo... ¡¡¡¡¡qué hermosa vida para nuestros obreros!!!!

Evidentemente, nosotros no nos oponemos en general al desarrollo de la productividad del trabajo en sí, sino que, por el contrario, vemos en ello lo que permitiría disminuir el tiempo de trabajo necesario para la producción de cosas (lo cual constituye primordial desde el punto de vista comunista). Pero comprendemos que el desarrollo de las fuerzas productivas, en este sistema, se transforma en productividad del capital, es decir, en explotación acrecentada para el proletariado.

Los proletarios, en su lucha contra las relaciones de producción capitalista, se encuentran obligados a oponerse necesariamente a la naturaleza capitalista de las fuerzas productivas. Éste es el caso de la huelga y el sabotaje (más o menos importante y más o menos voluntario) cotidiano de las máquinas. En ambos casos se oponen directamente al desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas, a pesar de que, en reacción a ello, se empuje a los capitalistas a desarrollarlas aún más para disminuir las consecuencias de las manifestaciones proletarias. Es esto lo que por ejemplo hace decir a la CGT que las luchas obreras tienen como consecuencia positiva y voluntaria el desarrollo del maquinismo.

No se trata de reivindicar la destrucción sistemática de las máquinas, que fue el primer método de lucha obrera y que ha demostrado sus límites, como un medio adecuado de lucha revolucionaria, sino de comprender la relación que existe entre el proletariado y las fuerzas productivas del capital, como una relación antagónica. La característica esencial de estas últimas son las de ser medio de valorización y por lo tanto de explotación: es la dictadura del valor de cambio sobre el valor de uso.

Si el obrero descalificado se encuentra esclavizado de la mañana a la noche (y a menudo de la noche a la mañana) encadenado a «su» máquina no es por amor o placer, sino para poder sobrevivir, y todo esto en interés del capital. La práctica de los partidos y sindicatos es hacer de esta esclavitud una acción voluntaria de los proletarios, sobre todo cuando la crisis destruye parcialmente esta atadura, eliminando el capital excedente y licenciando la fuerza de trabajo sobrante. Así el único objetivo que persiguen es el de perpetuar la explotación, empujar al proletariado a actuar como clase para el capital (es decir, a negarse), impidiéndole que se constituya en clase para sí (es decir, contra el capital).

Nota

1. Este texto fue publicado por primera vez en nuestro periódico *Parti de classe*, n° 3, que fuera órgano territorial de nuestro grupo en Francia. Está claro que los ejemplos regionales (PCF, CGT...) no le quitan al texto su validez.

Acerca de la apología del trabajo Discurso burgués

Cuanto más la sociedad se descompone, más se hace cuestión cotidiana el escuchar alabanzas a «los trabajadores» a «los obreros», a los «productores de toda la riqueza». Es usual en los medios de difusión, en los discursos de los jefes de Estado, en los sindicalistas, el dedicar una parte de sus peroratas a explicarnos que el trabajo es sano y necesario, que hay que hacer patria trabajando, que sin el trabajo no se puede vivir, que hay que reconstituir el país, que hay que aumentar la productividad, que hay que esforzarse más...

En general, este tipo de discursos, como no podía ser de otra forma, los hacen los que no trabajan, no sólo porque las normas sociales proscriban la alabanza de sí mismo o porque ese tipo de discurso en aquellos que trabajan sería algo así como crear, confeccionar, idear, perfeccionar el instrumento de tortura de su propio torturador (¡el trabajo es una tortura!), sino porque dichos discursos corresponden a la necesidad general del capital de mantener a los proletarios como simples trabajadores³⁵, trabajando, subsistiendo para trabajar, escupiendo plusvalía, y dedicando el resto de su «vida» a reconstituir su potencia de trabajo para seguir trabajando.

Más aún, dígalo quien lo diga, el discurso de «viva el trabajo» lo hace el capital, ese monstruo social que es el verdadero y único sujeto de esta sociedad. En efecto, el capital no es sólo valor que se valoriza,

³⁵ «Es evidente que para la economía nacional, el proletariado, es decir, el que no vive del capital o de la renta, sino sólo del trabajo, y de un trabajo unilateral, abstracto, no es más que un trabajador. Por eso, puede sentar la afirmación de que el trabajador, como cualquier caballo, tiene que ganar lo suficiente para poder trabajar. En vez de interesarse por el como hombre, cuando no trabaja, encomienda este punto de vista a los tribunales, los médicos, la religión, los cuadros estadísticos, la política y el alguacil.» Marx, *Manuscritos de París*.

relación social de explotación del trabajo asalariado, sino que precisamente en tanto que valor en proceso ha subsumido al hombre y lo ha hecho ejecutante de sus intereses. El capital se transforma en sujeto supremo de la sociedad, transformando al mismo tiempo a sus ejecutantes en simples marionetas³⁶.

Cuando el discurso lo hace un patrón, un Andropov, un Reagan, un presidente de directorio o un dirigente sindical, corresponde enteramente a sus intereses y el capital habla –por decirlo de alguna manera– por boca propia. «Trabajad», «aumentad vuestro ritmo de trabajo», «el trabajo libera»³⁷, «vivan los héroes del trabajo», no es ni más ni menos que el interés real integral de la clase social que vive de la extorcación de la plusvalía y que se halla organizada en Estado «nacional», «socialista», «popular»... Su participación en la plusvalía está en relación directa a su habilidad en la gestión del capital o, lo que viene a ser lo mismo, su capacidad de control de la clase obrera, pues, en última instancia, los mejores capitalistas son los que mejor aseguran la reproducción del trabajo asalariado, es decir, los propietarios reales de las fuerzas productivas (burguesía) son los que deciden económicamente de su utilización, los más capaces de hacer que el esclavo asalariado se sienta contento con su esclavitud.

El idiota útil

Cuando el discurso lo hace uno de esos esclavos asalariados, un trabajador, se pretenderá que las cosas han cambiado, que la realidad es diferente. En realidad, no hay nada más falso que ello. Cuando los vivos al trabajo los hace un trabajador pobre y miserable, éste no es más que un pobre y miserable trabajador que traiciona a su clase, que renuncia a sus

³⁶ «[...] Por una parte, el capitalista gobierna sobre el trabajo por medio del capital, y, por otra, el poder del capital gobierna al mismo capitalista.» Marx.

³⁷ *Arbeit macht frei*, ver más adelante.

intereses inmediatos e históricos de clase y que, por lo tanto, es incapaz de constituirse en clase proletaria contra el capital. Es, hablando propiamente, un idiota ³⁸ útil que contribuye a mantener y desarrollar el trabajo, y, cualquiera sean sus intenciones, contribuye objetivamente a desarrollar e intensificar la explotación misma de todo el proletariado.

Que sea un trabajador el que alabe el trabajo es importante para el capital, porque aquél es más útil como idiota para convencer a los otros trabajadores a resignarse con el trabajo y la explotación, pero, desde el punto de vista de la lucha de clases, su posición de clase está inequívocamente del lado del capital, pues actúa objetivamente para aumentar la relación de la plusvalía con el capital variable, es decir, la tasa de plusvalía (y se ubica por lo tanto contra los intereses inmediatos de la clase obrera de lucha contra la tasa de explotación), y simultáneamente ³⁹ actúa defendiendo globalmente el trabajo enajenado, verdadero fundamento de esta sociedad de explotación del hombre por el hombre (se coloca contra los intereses históricos del proletariado).

En el fondo, el discurso sigue siendo un discurso esencialmente burgués, pero no sólo porque sirve al capital, sino además porque en el fondo lo hace el capital, y ello aunque lo haga con otra boca. En efecto, es el capital mismo que en su propio proceso de industrialización mundial, de procreación de la riqueza y la miseria que lo caracterizan, ha ido desarrollando cada vez más las técnicas para hacer trabajar a sus esclavos para que éstos aumenten su ren-

³⁸ Es el momento de recordar que «idiota» viene del griego y designaba a aquel que no se ocupaba, que desconocía, que ignoraba los asuntos de la polis, es decir, la política, sirviendo, por esa despreocupación, a los tiranos. Es el mismo caso que el de los obreros que se despreocupan de la política de su clase y se constituyen en los mejores siervos de los tiranos.

³⁹ Otra vez encontramos la unidad indisoluble de los intereses inmediatos e históricos de la clase obrera, que todo revisionismo se ensaña en falsificar separando.

dimiento, para que dejen su vida en las cosas que en última instancia son su no propiedad, un mundo ajeno de cosas que se les opone, los explota y los oprime. Nuevos métodos, nuevas máquinas, música funcional, ascenso en el partido, discursos sindicalistas y políticos, control de tiempos y movimientos, promoción en el sindicato, «viva el trabajo» dicho incluso por los propios trabajadores todo para explotar más y mejor.

Es el propio capital el que se fue perfeccionando y perfeccionó, a su vez, sus métodos de intensificación de la explotación. Para ello no hay nada más útil que la voz de «trabajad» venga de un trabajador mismo, de eso que no es más que un caballo, una bestia de carga que lo único que hace es gastar energía bruta, general, indiferente, abstracta, que se transforma en potencia opresora, es decir, en capital que vuelve a requerir la sangre joven de esa bestia de carga, para ser más capital, y que necesita aún más trabajo, más liquidación de músculo, de brazo, de cuerpo para ser más capital, que requiere seguir chupando vida para ser más capital, que precisa seguir intensificando el esfuerzo de sus propios titeres para ser más capital, que está imposibilitado para actuar de otra manera que seguir matando trabajo para seguir regenerándose y ser más capital, que sólo puede existir transformándose en más capital, como reproducción ampliada de la explotación de trabajo, que es imperioso a su propia esencia de trabajo muerto, el matar al trabajo vivo, que para ser más capital, que es lo que lo sigue moviendo, necesita seguir amontonando cadáveres, montañas de objetos que no tienen ninguna otra utilidad que la destrucción, lo que viene a ser una doble forma de amontonar el trabajo muerto, que no puede hacer otra cosa que ser más capital, sirviéndose del trabajo, acumulándolo como trabajo muerto y sirviéndose de los idiotas útiles que lo adularán gritando «viva el trabajo», que para ser más capital... y ese ciclo infernal sólo puede tener como fin la dictadura contra el capital y contra la sociedad de esclavitud laboral.

Lucha contra el trabajo

Desde tiempos inmemoriales, los explotados, los que fueron sometidos por la violencia al trabajo, se sublevaron contra él y contra todas sus condiciones de realización. Nadie en la historia trabajó porque quiso, sino porque fue obligado a palos, con religión, con sangre y con fuego, o/y fue separado violentamente de la propiedad de los medios de vida, y de los medios de producción de estos medios de vida (lo que en el fondo viene a ser lo mismo). Los esclavos, los siervos, los indígenas sometidos al incanato... o los proletarios modernos han luchado incansablemente contra el trabajo. Rebeliones, escapadas, insurrecciones parciales o generales, tuvieron como causas fundamentales estrechamente ligadas:

- lucha por mejorar la calidad de sus medios de vida, por la apropiación de una parte menos miserable del producto social;
- lucha contra los ritmos de trabajo, contra la intensidad del trabajo;
- lucha contra la extensión de la jornada de trabajo y para su reducción;
- lucha contra la explotación para constituir otro tipo de sociedad.

Todo se puede resumir a una lucha por vivir mejor o, simplemente, a una lucha por la vida humana, lucha contra esas sociedades que habían impuesto la tortura, el trabajo; lucha para trabajar lo menos posible (tanto en su extensión como en su intensidad); lucha por apropiarse de la mayor cantidad posible de producto social.

Con la formación y el desarrollo del proletariado y de su partido histórico⁴⁰, todas estas reivindicaciones

⁴⁰ Formación y desarrollo que comprende evidentemente tanto sus puntos más elevados de constitución en clase, y por lo tanto en partido político (fases revolucionarias), como también los momentos de máxima desorganización, dispersión y atomización (fases contrarrevolucionarias).

no sólo no son abandonadas, sino que se desarrollan y se precisan. El comunismo, en tanto que movimiento del proletariado organizado, lucha por la reducción general del trabajo a su expresión mínima, tanto en intensidad como en extensión, y por la apropiación del producto social por parte del proletariado, pero declara abiertamente que estas reivindicaciones sólo pueden realizarse verdadera e integralmente con la dictadura revolucionaria del proletariado, que dirigirá el mundo contra los actuales criterios (dictadura contra el valor de cambio) y en función de las necesidades de la humanidad en formación. Contra todos los socialismos burgueses, que pretenden que el trabajo es inherente al ser humano y que conciben el socialismo como un simple proceso de distribución de bienes tomándolos de los «ricos» para repartirlos entre los «pobres», el comunismo levanta la necesidad de revolucionar no sólo la distribución (que en última instancia es una consecuencia indisociablemente unida a la producción), sino de destruir los fundamentos mismos del modo de producción, revolucionando fundamentalmente el objetivo de la producción, para que ésta no se decida en función de la tasa de ganancia, sino de hacer mejor la vida, para aliviar el trabajo y para trabajar menos, lo que a la vez implica liquidar el dinero, el mercantilismo, el trabajo asalariado, creando así las bases para que el trabajo deje de serlo, al reintegrarse la actividad productiva en general a la vida misma del hombre.

El desarrollo del capitalismo es el desarrollo simultáneo y contradictorio de la burguesía y la contrarrevolución por un lado, y del proletariado y de su programa por el otro. La lucha contra el trabajo, por la apropiación del producto social, por la revolución, es generada por el capital y genera al mismo tiempo el desarrollo y fortificación de la reacción.

Toda reducción del tiempo de trabajo es compensada con creces por los aumentos de la productividad del trabajo y por su mayor intensidad: de la manufactura a la fábrica y la adaptación de ésta a la producción en cadena... hasta los «nuevos métodos de

administración del trabajo». Paralelamente y en perfecta correspondencia con ese proceso se van desarrollando los partidos socialdemócratas, los partidos del trabajo, del sindicalismo burgués, el laborismo y, más recientemente, el taylorismo, el estalinismo, el nacionalsocialismo, el populismo en todas sus formas y variantes (incluidos claro está, el peronismo, el castrismo...), es decir, el conjunto de fuerzas y partidos burgueses que, para encuadrar a los trabajadores y ponerlos a su servicio, toman como centro ideológico de las campañas la apología del trabajo. A continuación haremos una breve incursión en dicho desarrollo.

El desarrollo de los partidos del trabajo

Ya a mediados del siglo pasado la apología burguesa del trabajo se constituye en partido. Hasta esa fecha, los partidos burgueses para los trabajadores se llamaban sólo populares. A partir de entonces, los partidos burgueses especialmente aptos para el encuadramiento de los trabajadores se llamarán partidos socialistas, partidos de trabajadores, partidos socialdemócratas, partidos obreros, partidos comunistas, partidos del trabajo. El partido de Lasalle, la socialdemocracia alemana y luego la socialdemocracia internacional, serán el ejemplo más importante de partidos burgueses (por su programa, su vida, su acción...) con composición mayoritariamente obrera, que tienen a la apología del trabajo como punto fundamental de su programa. Se puso en el centro de la teoría, la ideología burguesa del trabajo, como fuente de toda la riqueza ⁴¹ y se reivindicó como objetivo

⁴¹ Marx, criticando el programa del partido socialdemócrata alemán, en su punto inicial (1. El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda cultura...) dice: «El trabajo no es la fuente de toda riqueza. La naturaleza es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural de la fuerza de trabajo del hombre. Esa frase se

del partido y del socialismo «la emancipación del trabajo», consigna siempre acompañada de otras como la constitución de un Estado Popular y Libre ⁴². De la misma manera que el Estado cuanto más se libera más oprime a la sociedad civil, la emancipación del trabajo no puede ser otra cosa que la fortificación del capital ⁴³.

encuentra en todos los silabarios y sólo es cierta si se sobreentiende que el trabajo se efectúa con los correspondientes objetos e instrumentos. Pero, un programa socialista no debe permitir que tales tópicos burgueses silencien aquellas condiciones sin las cuales no tienen ningún sentido... Los burgueses tienen razones muy fundadas para atribuir al trabajo una fuerza creadora sobrenatural, pues precisamente del hecho de que el trabajo esté condicionado por la naturaleza se deduce que el hombre que no dispone de más propiedad que su fuerza de trabajo, tiene que ser, necesariamente en todo estado social y de civilización, esclavo de otros hombres, de aquellos que se han adueñado de las condiciones materiales de trabajo. Y no podrá trabajar, ni, por consiguiente, vivir, más que con su permiso.» Marx, *Crítica del programa de Gotha*.

⁴² Ver la crítica al respecto de Marx en *Crítica del programa de Gotha*, así como en la correspondencia de Marx y Engels, en la misma época, con Bebel, Katusky...

⁴³ El capital es precisamente la emancipación del trabajo realizada, la liberación del trabajo de su inseparabilidad con respecto a quien lo ha realizado como actividad. Si el trabajo fuese simplemente actividad productiva estaría indisolublemente ligado a esta actividad; como tal no puede emanciparse y es, por decirlo de alguna manera, «del trabajador», parte y esclavo de su ser. Pero en el capitalismo, esa emancipación se produce, pues, el proceso de trabajo está dominado por el proceso de valorización, porque la realización misma del trabajo es su negación como actividad de la cual lo que le queda es el trabajo cosificado. Más aún, el trabajo se ha emancipado tanto, que oprime a quien lo realizó, y lejos de representar el poder de la clase que durante generaciones y generaciones dejó su vida en él, es hoy, en tanto que trabajo muerto, la potencia emancipada de la que se sirve la clase enemiga para perpetuar la explotación. Lo que hay que reivindicar no es pues la emancipación del trabajo, sino el emanciparse del trabajo. En la primera concepción, el trabajo es el sujeto que se emancipa; en nuestra concepción, es el hombre el que se emancipa del trabajo.

Luego de la muerte de Marx, la socialdemocracia, sin variar fundamentalmente su programa lassallano de apología al trabajo, buscará hacerse marxista. Suprimirá, falsificará todo lo que en la obra de Marx hay de revolucionario y de subversivo, y creará lo que se fue llamando (y se sigue llamando hoy) «marxismo»: la más repugnante apología del trabajo y el trabajador.

Poco a poco, lo que en la obra de Marx es considerado como una desgracia, el ser trabajador, lo que es denunciado como el súmmum de la bestialización, de la inhumanidad de la bajeza, el trabajo... pasa a ser para los marxistas del mundo entero, un mérito, un honor... y, en nombre de los trabajadores, los partidos del trabajo propagandearán el trabajo como sinónimo de la realización del hombre: «el trabajo libera» al hombre. De ahí a los campos de trabajo de Stalin y Hitler no había más que un paso.

Y ese paso fue realizado con la derrota de la revolución internacional de 1917-1923. En la propia Rusia la contrarrevolución se impuso con el mismo ritmo que se liquidó al proletariado revolucionario y a su vanguardia comunista, y se consolidó un verdadero ejército del trabajo. Sobre la base de la teoría socialdemócrata, defendida por Lenin, según la cual el desarrollo del capitalismo era un avance real hacia la revolución, todo se fue supeditando a la producción capitalista, al trabajo asalariado, con los ritmos que le son propios. Pero como Estado Nacional Capitalista requiere ser competitivo, y para ello era necesario aplicar los métodos más modernos de explotación del trabajador. El taylorismo ⁴⁴, que el Lenin de antes de

⁴⁴ Taylor fue un burgués sumamente lúcido de sus intereses de clase, que para comprender todas las triquiñuelas que nuestra clase utiliza para trabajar lo menos posible, se puso a trabajar como obrero durante un buen tiempo, a partir de lo cual elaboró un conjunto de normas para eliminar los «tiempos muertos», su «ciencia» consiste en controlar los tiempos y los movimientos, para hacer científica la administración del trabajo, promover métodos de «retribución» de los trabajadores que lleven a exacerbar al máxi-

la insurrección denunciaba como «la esclavitud del hombre por la máquina», pasó a ser considerado por el Lenin administrador del capital y el Estado como una panacea, pues, prisionero de la ideología socialdemócrata, consideraba el aumento de la intensidad del trabajo, no como el acto más anticomunista que pueda concebirse, como es en realidad, sino ¡como un terreno neutro que según él serviría tanto al socialismo como al capitalismo!⁴⁵

Esa obra de sumisión al trabajo a un ritmo forzado, que en Rusia llegó a niveles paranoicos, fue dirigida por los grandes jefes del bolchevismo que se mostraron a cuál más sanguinario en la aplicación de esos nuevos ritmos y métodos, que el capitalismo necesitaba para su reorganización en Rusia: Zinoviev se convirtió en el perro sanguinario de Petrogrado, organizando la represión abierta de toda lucha contra el trabajo y el Estado; Trotsky fue el abanderado de la militarización del trabajo, de la creación de los campos de trabajo forzado y fue el jefe de los cuer-

mo la competencia entre ellos, para que sólo queden los más trabajadores y que los «haraganes» se vean obligados a buscar trabajo en otro lado...

⁴⁵ «Aprender a trabajar, he aquí la tarea que el poder de los soviets debe plantear al pueblo en toda su amplitud. La última palabra del capitalismo al respecto es el sistema Taylor, que liga todos los progresos del capitalismo, la crueldad refinada de la explotación burguesa con las conquistas científicas más preciosas [para Lenin, como para todo materialista vulgar, la ciencia es neutra, NDR], en lo que respecta el análisis de los movimientos mecánicos en el trabajo, la supresión de los movimientos superfluos e inhábiles, la introducción de los mejores sistemas de contabilización y control... La República de los Soviets debe hacer suyas, cueste lo que cueste, las conquistas más preciosas de la ciencia y de la técnica en ese dominio. Podréis realizar el socialismo justamente en la medida en que hayamos sido capaces de combinar el poder de los soviets y el sistema soviético de gestión con los más recientes progresos del capitalismo. Es necesario organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, experimentación y su adaptación sistemática.» Lenin, *Las tareas inmediatas del poder soviético*, 1918.

pos represivos en los momentos decisivos... En fin, Stalin (¡al que luego se intentará culpar de todo!) llevará esta obra a su punto culminante con los campos de trabajo, por los cuales pasaron más de 15.000.000 de trabajadores, y por representar la dirección de una sociedad en la que el capital liquidó hasta tal extremo toda forma de lucha contra la explotación, que «trabajador», y sobre todo «trabajador a un ritmo ejemplar», se transformó, por primera vez (simultáneamente que en Alemania, Italia...), junto a la propia figura de Stalin, en ídolo, en el dios, en la bestia sagrada e intocable: fue el funesto reinado de los Stakhanovs ⁴⁶.

⁴⁶ El nombre viene de un minero estalinista célebre por su capacidad física como bestia humana para trabajar, en un mismo tiempo, mucho más que sus «compañeros» (¡éstos, por supuesto, no lo consideraban tan «compañero»!) de trabajo, y que el estalinismo lo adoptó como héroe, como ejemplo. En realidad, el capitalismo no tiene otro ideal del hombre trabajador que los Stakhanovs.



Estalinismo, nazismo y castrismo

El capitalismo y su opinión pública esconden las contradicciones decisivas (comunismo-capitalismo) y en su lugar nos presentan un conjunto de falsas contradicciones (fascismo-antifascismo). Lo hemos denunciado hasta el cansancio, aunque en la guerra capitalista imperialista, las distintas burguesías asuman diferentes banderas y realicen efectivamente la guerra (pues ésta no es más que la prolongación de la competencia), su programa es esencialmente el mismo. El fascismo y el antifascismo son el mismo tipo de sociedad: el capitalismo y con mayor precisión el capitalismo recomponiéndose de la ola revolucionaria más importante de la historia del proletariado e imponiendo la más larga e impresionante contrarrevolución, cuya realización aún padecemos.

En tanto que socialismo nacional, el régimen de Stalin, contrariamente a lo que nos quieren hacer creer, tiene exactamente el mismo programa y básicamente efectuó las mismas realizaciones que el nacionalsocialismo de su antiguo aliado, Hitler. Y ello no sólo porque ambos hayan coincidido, o no, según las épocas, en el plano de la política nacional e internacional, sino fundamentalmente porque han basado la gestión de la sociedad en un proyecto nacional de socialismo, porque la ideología central se encuentra en el trabajo, en un partido del trabajo. Claro que en los discursos hay matices, y si Hitler basa su ascenso en la defensa de un socialismo que lucha contra el capital financiero y prestamista internacional ⁴⁷, contra el gobierno del dinero, la plutocracia y por un verdadero socialismo de la nación alemana; Stalin prefería decir que su socialismo (en un país) luchaba contra los «países capitalistas» y por «las democracias populares»; pero en los dos casos concentran su programa económico en un gigantesco esfuerzo laboral, en la gran industria, especialmente en la infraes-

⁴⁷ Adolf Hitler, *Mi lucha*. Hitler agrega que éste es «el punto programático más importante».

estructura de comunicaciones y energética, y en las construcciones para el «pueblo trabajador». En el centro de ambos regímenes están los Servicios del Trabajo, los campos del trabajo, la apología del trabajo y la obligatoriedad del trabajo, presentada como un honor: «El servicio obligatorio del trabajo ha de ser un honor para la juventud y un servicio prestado al pueblo. No debe suministrar mano de obra económica a la industria privada ni convertirse en una empresa competidora del Estado. Debe proporcionar un ejército de trabajadores para llevar a cabo obras públicas con fines económicos, culturales y demás de la política nacional»⁴⁸.

Hoy, frente a una situación en donde todos los regímenes del mundo llaman en nombre de los trabajadores a trabajar más comiendo menos, sobre todo en aquellas partes en donde en la dirección del Estado se encuentra un partido del socialismo nacional, un partido del trabajo ⁴⁹, como por ejemplo en Cuba, es muy importante poner en evidencia que, en el fondo, no tiene nada de tan original con respecto a sus predecesores: el estalinismo y el nazismo. Para ello, hay que insistir sobre todo en este último, sin lugar a dudas mucho menos conocido que los otros. El nazismo no es un ejemplo entre otros como partido del trabajo, sino el extremo más perfeccionado al respecto, que sus sucesores avergonzados (pues no pueden reconocerlo) no hacen más que imitar (a sabiendas o no).

En realidad, no hay ninguna originalidad en los discursos y las realizaciones de un Fidel Castro. Ni siquiera cuando éste pretende que su partido representa una lucha de los productores manuales e intelectuales contra la burguesía y que con su ascenso al

⁴⁸ Konstantin Hierl, jefe del servicio del trabajo de los nazis.

⁴⁹ Está claro que toda la burguesía hace la apología del trabajo, pero aquí tomamos aquellos sectores más representativos de esa apología del trabajo hecha por el capital; aquellos gobiernos y partidos en donde el trabajo y los «héroes del trabajo» estuvieron en el centro de toda la política económica y social.

poder de los trabajadores, representados, claro está, por ese partido socialista, conquiste la posibilidad de administrar los asuntos del Estado. «La burguesía política está siendo expulsada de la escena y en su lugar vemos avanzar a los productores manuales e intelectuales, a las fuerzas de trabajo que emprenderán su misión histórica. No se trata simplemente de una cuestión de horas de trabajo y de salarios – aunque esas reivindicaciones sean especiales y representen tal vez la más importante de las manifestaciones de la voluntad socialista–, sino que lo que más importa es la integración de un cuerpo social potente y responsable en la administración de los asuntos del Estado y, tal vez incluso, asumirá el papel principal en el futuro político de nuestra patria». NO es un discurso de Fidel Castro, sino directamente del célebre nazi Goebbels, que, con tanto cinismo como el otro, no tenía miedo en agregar: «No somos una institución de caridad, sino un partido socialista de revolucionarios»⁵⁰.

En lo que sigue, nos referiremos casi exclusivamente a los nazis. Hacer en cada caso el paralelismo explícito con citas y referencias a «realizaciones» de los socialistas actuales, no es necesario; cada lector encontrará en su medio a esos socialistas y castristas que, para desgracia de éstos, ¡los nazis hace cinco décadas se empeñaban en imitarlos!

Toda la propaganda del régimen nazi se basaba en los beneficios que según ellos habría obtenido el pueblo trabajador con dicho régimen. Antes que nada, se insistía en la eliminación completa de la desocupación, que se contraponía a la «decadencia del capitalismo corrupto». Cuando el ejército alemán ocupa Francia, se había pasado ya, en Alemania, de la desocupación de más de seis millones de desocupados al reclutamiento sistemático de trabajadores «voluntarios» fuera de Alemania para paliar la escasez de fuerza de trabajo. En realidad, esa pretendida

⁵⁰ Citado en David Shenbaum, *La Revolución Brune*, páginas 51 y 52.

«eliminación de la desocupación», no fue ni más ni menos que la obligación de trabajar para los desocupados, situación general en el mundo que con distinto éxito fue aplicada por todo el capital, desde Stalin a Roosevelt. Fue el reconocimiento generalizado de la necesidad de recurrir a la política del gasto público (luego teorizada por Keynes), de grandes trabajos, de militarización exacerbada de la economía, hacia la guerra imperialista. Para el trabajador alemán, como para cualquier otro, al que se le impone el trabajo capitalista cuando el capitalismo sólo puede ofrecer la desocupación, fue trabajo mal pagado, regimentado, militarizado que lo fue llevando a la guerra y a la muerte. Pero en la época, las cosas eran presentadas diferentes, se entrevistaba a los pobres tipos que iban a los campos ⁵¹ y éstos partían «contentos», ¡escapando a la desocupación y la decadencia para ir a «trabajar»!

Los nazis basaban sus campañas en las realizaciones «concretas», en las construcciones para obreros, en las casas y lugares de turismo para trabajadores, en la liquidación del analfabetismo y las campañas de educación popular..., ¡y que muchos socialistas latinoamericanos tengan a esto mismo como programa de socialismo, no hace más que mostrar las cosas tal como son!

Así, el programa del Partido Nacional Socialista establecía «queremos dar una patria al trabajador alemán. Queremos construir viviendas saludables con luz, aire y sol para la juventud vigorosa» ⁵² y *Gramma* o *Barricada* ⁵³ de la época, que se llamaba *Völkische Beobachter* no hacía más que aportar

⁵¹ Hay que tener en cuenta que la internación masiva de trabajadores en los campos se hizo a vista y paciencia de la burguesía mundial, y que no faltaron incluso las organizaciones burguesas judías que contribuyeron a dicha criminal empresa.

⁵² Reproducido por volantes de CEDADE, organización nazi, en Barcelona.

⁵³ Respectivamente, periódicos oficiales del «socialismo» realizado en Cuba y «en realización» en Nicaragua.

elementos «concretos»⁵⁴ de las realizaciones de casas, construcciones de «barrios obreros modernos», «nuevas instalaciones en los barrios de trabajadores»... En su rúbrica permanente, titulada *El socialismo en los actos*, ese periódico presentaba la podredumbre demagógica clásica de los idiotas útiles al servicio del Estado. David Schoenbaum ejemplifica así el contenido de dicho pasquín⁵⁵: «[...] Contaba cómo los trabajadores de una fábrica textil del sur de Alemania se habían ofrecido voluntariamente y habían realizado horas suplementarias de trabajo, para, con el producto de ese trabajo, contribuir a la caja de ayuda por accidentes de trabajo fundada por los nazis..., como los campesinos ofrecían al buró de ayuda social de las Juventudes hitlerianas la posibilidad de alojamiento para pasar vacaciones a cincuenta mil niños, y que el Grupo de mujeres nacionalsocialistas de Mannheim había proporcionado setecientos más..., que los empleados municipales de Dresde habían creado un fondo para el financiamiento de una escuadrilla de cinco aviones destinados al gobernador de Saxe y para paliar las dificultades financieras de los S.A. y los S.S..., y que hasta habían dado un 1% de sus salarios para sostener el esfuerzo nacional (*Fürderung der nationalen Arbeit*)... En la misma serie, se encontraban otras historias modelo, la realización de construcciones en barrios periféricos, el reparto de las beneficios de la *Preussische Zeitung* de Erich Koch entre sus empleados... Durante las fiestas de Navidad, los funcionarios del partido

⁵⁴ No hay ninguna duda de que es precisamente este terreno de lo «concreto», de lo «particular», «de la solución del problema de cada uno», el que más se presta a la demagogia oficial y la mentira generalizada con la que se propaga un régimen.

⁵⁵ En el libro antes citado, páginas 84 y 85. Esto resulta anecdótico y podría parecer absurdo de incluirlo aquí. Sin embargo lo hacemos porque tanto por su forma como por su contenido, en esos «ejemplos concretos de socialismo» de los nazis, el lector reconocerá los discursos de sus enemigos que hoy se dicen socialistas o comunistas.

instalan mesas en todos los barrios populares del norte de Berlín y distribuyen regalos a la población, incluso a los antiguos comunistas [!!!, NDR]». Lo que llevará a Scheumburg Lippe, adjunto de Goebbels, a declarar: «Éste es el socialismo que yo buscaba [repetimos no, no es Fidel Castro quien realiza estas declaraciones, NDR] y es un honor para mí el de haber servido a él con todas las fibras de mi ser»⁵⁶.

De la misma forma, durante el nazismo, las campañas por la cultura popular fueron intensificadas, todo el sistema de la enseñanza fue modificado y modernizado. El acceso a la educación fue generalizado y presentado como en otras partes como sinónimo de liberación humana y de socialismo. De hecho, se trataba de reorganizar la fuerza de trabajo para que sirva mejor al capitalismo, de que todos puedan recibir «la cultura», de patrocinar las carreras técnico profesionales y sobre todo de un profundo lavado de cerebro para subordinar más al trabajador como idiota útil al Estado nacional y a sus intereses. Los que se recibían y obtenían diplomas, así como los héroes del trabajo, los que demostraban con su obsesividad ser los más serviles vasallos eran tratados como héroes: «Los laureados eran tratados como los campeones de los juegos olímpicos o como grandes actores de cine, eran conducidos con gran pompa a Berlín y fotografiados al lado de Ley y de Hitler en persona»⁵⁷. Es evidente que esta «promoción social» era propagandeada a reventar. En la prensa llovían los ejemplos de trabajadores que el día antes no tenían donde caerse muertos, de «campesinos» sin nada que ponerse que se habían licenciado. Sobre lo dramático de las situaciones personales que la prensa presentaba «antes» y «después» de haber «triunfado» no es necesario insistir. Schoenbaum comenta: «Dado que la mitad de los laureados salían de familias de asalariados y que el 80% de ellos no habían alcanzado el nivel de la enseñanza secundaria, el

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Ídem.

régimen logra al menos por ese medio, en el plan de la propaganda, efectuar una glorificación espectacular de sus clases laboriosas».

Como todo cínico socialista en el gobierno de un Estado capitalista, Hitler se presentaba como el ejemplo de trabajador. Se hacía fotografiar haciendo «trabajo voluntario», siendo el «número uno en los regimientos de trabajo». Tampoco aquí los barbudos cortando caña de azúcar en Cuba tienen nada de original. Los volantes que distribuye la CEDADE hoy reproducen, por un lado, masas de musculosos trabajadores marchando firme con palas y otros instrumentos de trabajo y, por el otro, al propio Hitler, rodeado de militares, dando el ejemplo del trabajo pala en mano, cavando la tierra, y junto a todo eso algunas estrofas de la *Canción del Frente del Trabajo*: «Nuestras palas son armas de paz...»⁵⁸.

Toda esa «glorificación indiferenciada del 'trabajador' reposaba sobre una invocación casi sin límites de la movilidad social y ponía el acento agresivamente sobre el igualitarismo social»⁵⁹. Como en todos los otros dominios se daba el ejemplo del propio Hitler. Como todo régimen del Trabajo, nada mejor que demostrar que su mejor representante es un Trabajador que venía de la «clase trabajadora». Y aquí, Hitler ganaba todos los premios⁶⁰. En el partido nacional socialista se recitaba un verdadero catecismo que decía así: ¿qué profesiones ejerció Hitler? Respuesta: «Hitler fue obrero de la construcción, artista

⁵⁸ Volante de CEDADE.

⁵⁹ Schoenbaum, ídem, página 88.

⁶⁰ Si algunos regímenes aquí no son ejemplo, como el castrismo, ello se debe a que Fidel, al contrario de Hitler, proviene de la alta burguesía cubana y entonces prefieren callarse la boca. Lo cierto es que siempre que puede, la burguesía no pierde la oportunidad de confundir todo el asunto, sacando a relucir la extracción de clase, como si fuese garantía de algo. En realidad, como lo demuestra el ejemplo Hitler-Castro (¿cómo pueden encontrarse centenas!) no es la extracción de clase lo decisivo, sino la práctica real a favor o contra del régimen de esclavitud asalariada.

y estudiante» y siempre que podía (¡y que el auditorio así lo pedía!) Hitler recordaba su calidad de «obrero ejemplar y perseverante»: «Yo también, en mi juventud, fui obrero y, poco a poco, llegué a la cúspide, a fuerza de mi trabajo, de estudio y también, creo poderlo decir, de hambre» ⁶¹.

Por supuesto que la verdadera transformación del 1º de mayo, que había surgido como símbolo de la lucha contra el capital, en día del trabajo, en día de fiesta, fue obra del nazismo. Aquí, como en otros puntos, Hitler realizó el programa que siempre habían prometido los socialistas burgueses, los socialdemócratas ⁶² y los grandes desfiles y fiestas que hoy encontramos en todos lados para celebrar el repugnante servilismo de los trabajadores hacia el estado nacional —el antagonico mismo a aquellos héroes revolucionarios de Chicago ⁶³—, no pueden en absoluto ser considerados inventos de Stalin, Mao, Perón o Fidel Castro, sino obra de Hitler.

Sin lugar a dudas, las consignas centrales del régimen fueron (*Arbeit adelt*) «el trabajo ennoblece» y (*Arbeit macht frei*) «el trabajo libera», «el hombre se hace libre trabajando». Y para colmo en el más impresionante campo de concentración, en los alambrados de Auschwitz, figuraba en gigantes le-

⁶¹ Discurso dado en la fábrica Siemens, en noviembre de 1933.

⁶² «De hecho, el 'programa de socialización' que los socialdemócratas no se atrevieron nunca a realizar cuando tuvieron el poder, fue realizado en gran medida por los fascistas. De la misma manera que las reivindicaciones de la burguesía alemana no fueron satisfechas en 1848, sino luego, por la contrarrevolución que siguió, el programa de la socialdemocracia fue cumplido por Hitler. En efecto, fue Hitler, y no la socialdemocracia, quien proclamó el Primero de mayo como día de fiesta y, de una manera general, es suficiente comparar lo que los socialistas decían que querían realizar, pero que nunca realizaron, con la política practicada en Alemania desde 1933, para darse cuenta de que Hitler realizó realmente el programa de la socialdemocracia sin requerir de sus servicios.» Paul Mattick, *Intégration capitaliste et rupture ouvrière*.

⁶³ Ver al respecto *Comunismo*, nº 8.

tras *ARBEIT MACHT FREI* ⁶⁴. «No es sólo humor negro, sino la creencia real de un sistema podrido, del capitalismo en descomposición, de un sistema que lleva al hombre a su máxima perdición, al sacrificio total y completo de su vida en el altar del dios trabajo, a la muerte... «El III Reich proponía una ideología del trabajo que recurría simultáneamente a la soberbia, al patriotismo, al idealismo... El elemento central del sistema era una ética del trabajo que reposaba no tanto sobre el trabajador, sino sobre el trabajo mismo... Uno de los motivos preferidos del arte oficial era el que se encontraba en la gigantesca escultura de Jose Thorak para un monumento de autopista con tres colosales musculosos que, como Sísifo, levantaban una roca enorme. Las empresas más importantes edificaban verdaderas capillas, cuya nave central desembocaba en el busto de Hitler, colocado bajo el emblema del Frente del Trabajo, y a flancos personajes proletarios de dimensiones heroicas: eran verdaderos pequeños templos consagrados al dios nacionalsocialista del trabajo.» ⁶⁵

Es decir, que, como en el caso de Stalin, o de tantos otros de sus seguidores de hoy, el trabajador héroe no era aquel que lucha contra su propia condición, que conspira y que como tal puede ser como ha sido en la historia grande o bajo, con lentes o sin, mujer o hombre, con overol o con corbata, inmigrante o «nacional», viejo o joven, raquítrico o gordo..., sino que es la bestia laburante, el que sostiene con la fuerza de sus brazos a todo el régimen, el musculoso, exactamente el mismo personaje que ponen de moda todos los regímenes de trabajo forzado: macho, joven, fuerte, nacional, nacionalista, trabajador... ⁶⁶.

⁶⁴ Tampoco aquí el actual régimen de Uruguay, que construyó el peor de sus campos de concentración en «Libertad», superó al nazismo en cinismo.

⁶⁵ Schoenbaum, página 109. Los subrayados son nuestros, NDR.

⁶⁶ Con las revoluciones industriales posteriores a la segunda guerra mundial, la fuerza física del trabajador es hoy mucho me-

Como no podía ser de otra manera, para mantener los ritmos más altos de intensidad del trabajo, y por lo tanto de explotación, la idealización del trabajo tuvo que estar acompañada de ciertas migajas y de una organización del tiempo libre, tal que los trabajadores estuviesen siempre en buenas condiciones para recomenzar a trabajar con bríos. En esto, también los nazis fueron maestros de todos los socialistas laborales, incluido Stalin. Crearon una organización especial, *Karft durch Freude*, conocida como «KdF», es decir, la «fuerza a través de la alegría», la diversión. Esta organización, que fue financiada con los fondos de los sindicatos disueltos, tuvo indudablemente un éxito rotundo en el encuadramiento de los trabajadores. Su programa de actividades fue amplísimo: representaciones teatrales, conferencias, reuniones culturales, asociaciones deportivas subvencionadas, conciertos, clubs de danza folclórica y moderna, cursos para adultos, exposiciones de arte, cine clubs...

Hitler podía jactarse y mantener todos los mitos que permitieron el imponente aumento de la explotación en su socialismo nacionalista: «El pueblo trabaja con decisión y alegría. Y sabe que no está empeñado en una lucha por el capital de unos pocos egoístas, sino por el bienestar de la colectividad.»⁶⁷

El éxito más grande de la KdF fue su organización del turismo para los trabajadores. También aquí todos los laboristas y socialistas patriotas posteriores no son más que vulgares imitadores. La KdF llegó a organizar el tiempo libre de millones de trabajadores enviándolos, en vacaciones organizadas (¡no se precisa demasiada imaginación para hacerse una idea de las mismas!), y llevando el sector turístico, gracias al

nos importante, y, poco a poco, la imagen del trabajador modelo en los fascistas y socialismos nacionales actuales, se ha ido adaptando a esa evolución, incorporando un tipo más común de hombre y mujer.

⁶⁷ Declaraciones de Adolf Hitler, citado por CEDADE.

turismo subvencionado, a una expansión sin precedentes en el mundo. Su expansión, provocada por las necesidades del capital industrial, repercutió favorablemente en la industria, dado que la KdF impulsará la industria del transporte, a través de la construcción de dos enormes barcos y el desarrollo de la industria del automóvil, denominada primero KdFWagen, y más tarde Volkswagen. Como se sabe, todo esto servía directamente a la preparación de la guerra y luego a la guerra misma ⁶⁸.

A través de la promesa de popularización de los autos (que en su mayor parte no pasó de ser nominal) y sobre todo del turismo, que en la época eran considerados como símbolos de la riqueza, como posibilidades exclusivas de la burguesía, el nazismo sembraba la ilusión de la desaparición de las clases. Esa imponente y absurda mentira, que todos los grandes representantes del régimen se encargaban de propagandear, estaba sin embargo enormemente arraigada en la sociedad alemana. Con respecto al turismo R. Ley declaraba: «El trabajador comprende perfectamente que queremos verdaderamente elevar su posición en la escala social. Él ve bien que no es a las clases pretendidamente cultivadas que enviamos al extranjero como representantes de la nueva Alemania, sino que es a él, al trabajador alemán, a quien hacemos nuestro mensajero en el mundo entero» y en la *Conferencia Internacional acerca de la política del ocio y el tiempo libre* ⁶⁹, Ley declara oficialmente: «No hay más clases en Alemania. En los años a venir, el obrero perderá los últimos restos de los complejos de inferioridad que puedan aún quedarle del pasado.»

⁷⁰

⁶⁸ Esos barcos para el turismo sirvieron para el transporte de tropas, y los Volkswagen sirvieron de vehículos militares para todo uso.

⁶⁹ ¡Hoy, el gobierno socialista francés se considera original por tener un verdadero ministerio del tiempo libre!

⁷⁰ Las citaciones de Ley son tomadas del libro citado de Schoenbaum, páginas 132, 133 y 134.

Pero como cualquier otro régimen socialista patriota que lo que busca es la mayor explotación y mejor carne de cañón para la guerra imperialista, sus dirigentes tienen una clara conciencia de esos objetivos, y, a veces, hasta hay algunos que tienen el coraje de divulgarlos. Así, Starcke, secretario de prensa del Frente del Trabajo, declara con el máximo desparpajo: «Nosotros no enviamos a nuestros obreros en nuestros propios barcos a realizar turismo y no construimos la grandiosa infraestructura de vacaciones al borde del mar por el placer, ni para nosotros mismos, ni para todos que puedan tener la suerte de utilizarlas, sino porque queremos mantener en buen estado la fuerza de trabajo del individuo, para que vuelva a tomar su puesto con fuerzas renovadas.»⁷¹

Con este broche de oro de sinceridad clausuramos el capítulo acerca de la apología nazi del trabajo, tan igualita a la que todos los socialistas nacionales realizan en la actualidad. Por otro lado, el lector estará suficientemente asqueado de esta sopa de laborismo, de fanatismo nacional y socialista por el trabajo. Volvamos a nuestra lucha contra el trabajo.

El problema de la conciencia obrera en la lucha contra el trabajo

Todo aquel que no tiene otra cosa de que vivir que de la venta de su fuerza de trabajo, siente que el trabajo lo realiza porque no hay más remedio, porque, a pesar de todos los discursos que le hacen, es la única forma que tiene de procurarse medios de vida, porque es la única forma que le queda de subsistir.

Se trabaja lo menos posible y si se puede no se trabaja. Cuando es posible se hace creer que se está trabajando y se intenta al menos vivir un poco (si a esa vida atrofiada puede llamársele «vida»), se demora en el baño, se fuma un cigarro, se descompone la máquina, se intenta comunicar con otro trabajador, se enlentece el ritmo, tratando siempre –y en

⁷¹ Schoenbaum, ídem, página 134.

contra de los hechos- de comportarse como hombre y no como máquina, como si se pudiese recobrar la existencia humana, comunicándose con otro cuando el jefe no le ve, en las pausas del trabajo o, a escondidas, en el cuarto de baño. Si es posible se falta, uno se «enferma», le viene de golpe un agudo dolor de muelas, de cabeza o de espalda, que nadie puede verificar (no siempre es joda, a veces, por asco al trabajo, ¡uno termina enfermándose en serio!) y todo parece confirmar que son los lunes de mañana y los días en los que se vuelve de las vacaciones, en los que más se enferman los trabajadores.

El absentismo se sigue generalizando; en todas partes del mundo se denuncian a los sabotadores de la producción; respondiendo como se pueda a todo tipo de invento para aumentar el ritmo de trabajo en toda fábrica y oficina se han desarrollado miles de contrainventos para contrarrestarlos...

No ver en todos estos hechos, aparentemente inconexos, una lucha sórdida y oscura, de las dos clases antagónicas de la sociedad, sería vendarse los ojos; en cada uno de esos actos se contraponen la manutención de la esclavitud asalariada con la lucha contra el trabajo, por la sociedad comunista.

Esto son los hechos, indiscutibles, vivientes, que demuestran la putrefacción de una sociedad basada en el trabajo, y el odio que contra la misma se concentra en cada uno de sus esclavos asalariados... Como también es un hecho que cada vez, más la «hara-ganería», la «pereza», que en el fondo no son más que tímidas resistencias humanas e instintivas contra el trabajo, son, cada vez más, consideradas como un delito, por no hablar ya de los campos de trabajo para «parásitos sociales» o de los «delincuentes peligrosos» que en Cuba es, por ejemplo, sinónimo de los que sabotean la producción.

Sin embargo, en la fase actual, en la que aún al proletariado le cuesta muchísimo desprenderse de la más profunda contrarrevolución que aún lo somete, estos hechos no son aun globalizados. Incluso, los mismos que hacen lo posible por trabajar lo menos

posible, que viven trampeando a jefes y patrones y al Estado, no son capaces de comprender el alcance revolucionario de su propia acción, y no sólo en algunas circunstancias, esos tipos no se pliegan a las reivindicaciones obreras y a la lucha, sino que incluso la consigna revolucionaria «contra el trabajo» les parece un sin sentido; y hasta para alabar a otro se les escapa el eslogan burgués «es un buen hombre», «es trabajador», «es un trabajador ejemplar»...

En la vida diaria, nos encontramos todos los días con esos ejemplos, en los cuales uno se agarra la cabeza y dice: «¡Parece mentira!». La acción contra el trabajo, aunque socialmente sea masiva, se hace solo o con un pequeño grupo⁷², la conciencia de los trabajadores en general sigue atrofiada con la apología burguesa del trabajo, y los actores mismos de la lucha contra el trabajo, la condenan cuando se grita abiertamente que se pelea contra el trabajo.

Pero a esa situación no le tememos. Al contrario es la situación de siempre en la que luchan los comunistas, contra la corriente, contra el pensamiento y la conciencia de las mayorías, pero por la acción y los intereses de éstas, buscando hacer consciente los métodos de lucha que surgen espontáneamente.

Lo más importante es, precisamente por ser subversivo, el poner en evidencia que en esos actos aislados de sabotaje al trabajo que vivimos cotidianamente, se encierra la potencia revolucionaria que es necesario liberar para hacer volar en pedazos toda esta sociedad. Por eso, hoy es imperioso, no sólo luchar por trabajar menos, sino gritar claramente: «Abajo el trabajo», «Viva la lucha contra el trabajo».

⁷² Cuando se transforma en acción de una fábrica entera ya es un hecho excepcional, como ha sucedido muchas veces; cuando supere incluso esas barreras y se extienda por toda la sociedad la revolución no podrá ser detenida.

«Viva el proletariado»

Nuestros enemigos, los apologistas del trabajo, los partidos del socialismo nacional, sobre todo cuando se autoproclaman marxistas, cantan vivas al proletariado. Aquí, como en otras partes, y como lo vimos en todo el texto, el proletariado sólo les interesa como trabajador. Lo que gritan en realidad es viva el proletariado trabajando, vivan los trabajadores disciplinados, viva el desarrollo del país, y lo digan o no: «Viva la patria». De más está decir que estos vivas al proletariado son los que hace la burguesía, el antagónico mismo a los intereses elementales de la situación del proletario y, traducido más claro aún, quiere decir: trabajad mucho, ajústate el cinturón, la nación lo necesita. Y al respecto Fidel Castro o los sandinistas no nos desmienten. Es eso y nada más que eso lo que quieren. Que viva el proletariado, en el sentido de que siga existiendo por los siglos y los siglos, amén...

Cuando los revolucionarios dicen *viva el proletariado*, no sólo se trata de algo diferente, sino contrario tanto en sus premisas, como en su contenido, como en sus consecuencias. Como premisa, porque para vivir el proletariado tiene que pelear. En efecto, si para los «marxistas» el proletariado es algo así como la suma sociológica de los hombres que trabajan, para nosotros, el proletariado existe en su contraposición con la burguesía, contraposición existente en la lucha general por la vida, desde la producción de objetos materiales hasta la organización en partido y la lucha armada. Como contenido, porque la vida del proletariado no la encuentra en el trabajo, porque el proletariado vive reconociéndose a sí y a sus compañeros como seres humanos, y ello sólo puede hacerlo en la lucha contra el trabajo. En fin, como consecuencia, porque el proletariado, contrariamente a la burguesía, no tiene interés en prolongar su existencia, sino que por el contrario su existencia como contraposición al capital, su desarrollo hasta transformarse en clase dominante, tiene por objetivo

la supresión de todas las clases y por lo tanto su auto-supresión.

En síntesis, mientras que el «viva el proletariado» de nuestros enemigos, es un grito de «viva la situación actual de los proletarios», el «viva el proletariado» de los comunistas es el viva la organización del proletariado en clase, en clase dominante para su propia supresión, para liquidar totalmente la actual situación, para abolir el trabajo asalariado, para que la actividad productiva deje de una vez por todas de ser trabajo y sea vida humana, en fin, para que la humanidad pueda por fin iniciar su verdadera historia como comunidad humana.

**TRABAJO,
TE VAMOS A MACHACAR !!**



DE LA CRÍTICA AL TRABAJO A SU ABOLICIÓN

“El trabajo es probablemente la cosa más despreciable y despreciable del mundo.”

(Boris Vian, citado en: *“El fin del trabajo”* de A. Chassagne y G. Montracher. Edición Vivre / Stock2)

En este breve texto intentaremos sintetizar las diferentes críticas a la obra producidas por distintas corrientes marxistas, ortodoxas y/o heterodoxas; desde la teoría crítica del valor a los distintos componentes de la llamada *“ultraizquierdista”*. El objetivo es, a partir de entonces, tocar más allá de las consignas, ciertas perspectivas del comunismo teórico y que se ha mantenido. La crítica del trabajo es también un ángulo de ataque interesante en la crítica total del modo de producción capitalista: *“El trabajo y el capitalismo son de hecho una y la misma cosa”* (A. Hemmens: *“No trabajes nunca”*. Crisis & Critique. P.313)

Incluso si la historia del trabajo en los diferentes modos de producción se afirma y ha sido experimentada subjetivamente por las clases explotadas de muy diferentes formas; éste se concentra y queda totalmente subsumido en el capitalismo como una relación social específica que le es propia e inmanente: el trabajo asalariado (-salarido-). El trabajo asalariado es, pues, la forma definitiva en el ciclo de las sociedades de clase, del trabajo forzado, de la actividad humana alienada, separada para satisfacer su propia reproducción como especie, como ser genérico, es decir, como individuo social en ciernes en el comunismo.

“El comunismo como superación positiva de la propiedad privada en cuanto al auto-extrañamiento del hombre, y por ello como apropiación real de la esencia

humana por y para el hombre; por ello como retorno del hombre para sí en cuanto hombre social, es decir, humano.” (K. Marx: Manuscritos de 1844, traducción corregida por J. Camatte, p. 87 de las Ediciones Sociales, 1972).

Estos elementos son lo opuesto a la vulgata de izquierda-estalinista que no solo hace del trabajo un valor eterno y transhistórico, para ser liberado y humanizado, sino que toma el trabajo capitalista como el emblema mismo del movimiento obrero y revolucionario: *la hoz y el martillo*. Continuando con este giro típico de la contrarrevolución, el Partido del Trabajo de Bélgica, en su cretinismo congénito, se gana la palma de la estupidez ya que se autodenomina Partido del Capital (de Bélgica además, ¡qué miseria!!!).

En efecto, el trabajo y el capital son sólo dos aspectos, dos momentos, de la misma totalidad capitalista mundial, inseparable y complementaria. Uno genera el otro, que se alimenta de él como los vampiros de las nuevas distopías del espectáculo integrado. Si bien la crítica del trabajo puede parecer anecdótica, incluso folclórica, no obstante se deriva de una práctica obrera recurrente tan antigua como el propio proletariado: desde el Ludismo hasta todas las formas de sabotaje, desde el absentismo hasta la “*pe-luca*”⁷³, incluso hasta el rechazo rotundo del trabajo sin reclamos ni recuperación sindical clásica: simplemente parando la producción y por tanto la explotación.

⁷³ Es una práctica de resistencia de los trabajadores al trabajo que se define de la siguiente manera: “*Es la utilización de materiales y herramientas por parte de un trabajador, en el lugar de la empresa, durante el horario laboral, con el objetivo fabricar o de transformar un objeto fuera de la producción reglamentaria de la empresa*”

(<https://www.lesutopiques.org/desobeissance-a-lusine-perruque-ouvriere/>)

La crítica del trabajo es, por tanto, la condición preliminar de toda crítica del capital, al igual que: “*la crítica de la religión es la condición preliminar de toda crítica.*” (K. Marx: La contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel (1843). En cualquier caso, como anticipó Paul Lafargue⁷⁴, el trabajo, hoy se ha convertido plenamente en una religión de Estado; con sus sacerdotes directivos, sus dignatarios “*R.H.*”, sus lugares de culto en cada pueblo: “*los servicios públicos de Empleo Estatal*”... ¡e incluso sus ocasionales “*milagros*”! La crítica al trabajo es, pues, un tema político actual, en una situación caracterizada por la ausencia de luchas autónomas de los trabajadores y la pérdida de memoria asociada a ella.

El trabajo como categoría histórica de sociedades de clases

Si consideramos las diferentes formas básicas de la ideología dominante, el trabajo sería lo que diferenciaría al hombre del reino animal. Esta obra trans-histórica tendría, pues, un valor ontológico eterno. Sería el medio privilegiado de hominización y domesticación de la naturaleza. Si tomamos como ejemplo las principales religiones, podemos ver que la obligación del trabajo forzado, cualquiera que sea su forma, es constante y ampliamente compartida en todo caso por las clases bajas.

Esta obligación divina sirve para castigar al hombre por un pecado original del que debe arrepentirse eternamente y traduce desde el punto de vista teológico el instrumento de tortura que etimológicamente significa la palabra trabajo (“*Tripalium*” en latín). El aspecto punitivo del trabajo ya no habrá escapado a nadie, excepto a las diferentes clases dominantes que históricamente han hecho del “*no trabajo*” un valor

⁷⁴ En su obra: La religión del capital, en el capítulo: “*El catecismo de los trabajadores*”, se pregunta: “¿Cómo te llamas? Respuesta: *asalariado*.”. (P. Lafargue: Editions L’aube p.17).

distintivo de su dominación, el signo mismo de su “nobleza” y su “ciudadanía”.

Como cualquier forma social, el trabajo está determinado por el modo de producción dominante y la relación social que le es específica. Así, en el modo de producción esclavista, la esclavitud, es decir la compra de un hombre privado de la propiedad de su persona como simple bien material, la fuerza animal, es la forma preferida de producción de riqueza. Las condiciones de trabajo del esclavo están, por tanto, inscritas en esta determinada relación social de la misma manera que las condiciones de trabajo del trabajador moderno están inscritas estrictamente en la relación social del asalariado.

En la propia relación de esclavitud asalariada (trabajo asalariado), lo que busca el trabajador no es trabajo, sino salario. Es típico de una inversión espectacular creer y hacer creer que el trabajador busca trabajo; sólo lo busca en la medida en que socialmente es la única forma de obtener un salario, es decir, un trabajo remunerado, necesario para la reproducción de su fuerza de trabajo y para su supervivencia. *“Como el trabajador recibe su salario sólo después de haber realizado su trabajo, y como sabe que lo que realmente le da al capitalista es su trabajo, necesariamente se le aparece el valor o el precio de su fuerza de trabajo como el precio o el valor de su trabajo.”* K. Marx: Salario, precio y plusvalía en Rubel / Sociología crítica. Payot p.265).

Por supuesto, otra parte del trabajo, el trabajo excedente o plustrabajo, no se paga y una vez que esta fracción se realiza monetariamente, mediante la venta de todos los bienes producidos, el resultado es una ganancia. Es precisamente gracias al sistema asalariado, al intercambio igualitario, libre y contractual entre el tiempo de trabajo y el salario, que incluso el trabajo excedente (trabajo no remunerado) aparece en la reificación o cosificación propia de la economía política, como pagado. Es el juego de manos del Modo de Producción Capitalista (MPC) que, a diferencia de otros modos de producción, camufla y vela las

relaciones de explotación a través de una relación jurídica igualitaria, base misma de la mistificación democrática.

Por tanto, es totalmente inútil y reaccionario luchar o reclamar, “*ad nauseam*”, un salario más justo o más equitativo, porque es una imposibilidad inherente al propio sistema salarial. La única solución realista es la abolición del trabajo asalariado. Esto es lo que ya había entendido Marx cuando criticó a los sindicatos: “*En lugar del eslogan conservador: “Un salario justo por una jornada laboral justa”, deberían inscribir en su bandera la palabra de un orden revolucionario: “Abolición del trabajo asalariado”*” (K. Marx: Salario, precio et plus-valor en Rubel / Revolución y socialismo, Payot p.92-93).

Si el trabajo asalariado es la relación social característica del MPC, el trabajo subsumido por él es, por tanto, generalmente trabajo asalariado. En la historia concreta del capitalismo, también hemos podido encontrarnos, hasta hoy, con otras formas mixtas y bastardas de relaciones sociales como la esclavitud o la servidumbre, sometidas y anexadas por el MPC en función de ciertas necesidades específicas. Esto no sólo confirma la fuerza integradora del modo de producción específicamente capitalista, sino que significa que las diferentes formas sociales que adopta el trabajo corresponden a los diferentes modos de producción, haciendo del trabajo una categoría adaptativa y adaptada, al ciclo de las sociedades de clases.

La supresión/destrucción del capitalismo por la revolución comunista implica necesariamente la destrucción del trabajo como una actividad separada e inhumana. “*Todas las anteriores revoluciones dejaban intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de ésta, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, al paso que la revolución comunista va dirigida contra el carácter anterior de actividad, elimina el trabajo y suprime la dominación de todas las clases, al acabar con las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como*

clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la actual sociedad.” (Marx-Engels: La ideología Alemana; Ediciones Sociales, p. 68).

Trabajo alienado

Todo el enfoque invariante de Marx radica, desde su tesis sobre Demócrito y Epicuro, hasta sus números manuscritos inéditos y/o filtrados, en la búsqueda de las causas de la alienación humana para fundamentar su lucha por lo que hay de humano en el hombre.

Después de haber considerado en su período feuerbaquiano la causa de la alienación humana en la alienación religiosa, él pasó a la crítica de la alienación estatal y política en textos como *“La Crítica del Estado hegeliano”* (1843) o *“Sobre la cuestión judía”* (1843). Pero fue en 1844, en París, cuando comenzó una crítica lo que llamó *“esta mierda de la economía política”* por la que comenzó a ver la base de la alienación humana en la propiedad privada y el trabajo en sí. Tenía que escribir este trabajo en unos meses, pero no pudo terminarlo porque murió antes.

“El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El asalariado se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas. El trabajo no sólo produce mercancías; se produce también a sí mismo y al obrero como mercancía, y justamente en la proporción en que produce mercancías en general. Este hecho, por lo demás, no expresa sino esto: el objeto que el trabajo produce, su producto, al que se enfrenta como un ser extraño, como un poder independiente del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado en un objeto, que se ha hecho cosa; el producto es la objetivación del trabajo. La realización del trabajo es su objetivación. Esta realización del trabajo aparece en la economía como la pérdida de la realidad del asalariado; la

objetivación como pérdida del objeto y la servidumbre a él; la apropiación como alienación, como renuncia.

Hasta tal punto aparece la realización del trabajo como renuncia del asalariado, que éste pierde su realidad hasta llegar a la muerte por inanición. La objetivación aparece hasta tal punto como pérdida del objeto que el asalariado se ve despojado no sólo de los objetos más necesarios para la vida, sino incluso para el trabajo. Es más, el trabajo mismo se convierte en un objeto del que el asalariado sólo puede apoderarse con el mayor esfuerzo y las más irregulares interrupciones.

La apropiación del objeto aparece en tal medida como alienación, que cuantos más objetos produce el asalariado, tantos menos alcanza a poseer y tanto más sujeto queda a la dominación de su producto, es decir, del capital. Todas estas consecuencias están determinadas por el hecho de que el trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como un objeto extraño. Porque esto es obvio por hipótesis: cuanto más se exterioriza el asalariado en su trabajo, más poderoso se vuelve el mundo extraño y objetivo que crea frente a él, más se empobrece a sí mismo y más su mundo interior se vuelve pobre, menos posee.

Partiendo de este supuesto, es evidente que cuánto más se vuelca el asalariado en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extranjero, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo. El asalariado pone su vida en el objeto. Pero a partir de entonces ya no se pertenece a él mismo, sino al objeto. Entonces, cuanto mayor sea esta actividad, más irrelevante es el asalariado. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el asalariado. La alienación del trabajador en su producto significa no solo que su trabajo se convierte en un objeto, una existencia externa, sino que su trabajo existe fuera de él, independientemente de él, y se convierte en un poder autónomo frente a él. , que la vida que le ha prestado al objeto se le opone, hostil o

ajena.” (K. Marx: Manuscritos de 1844, idem, p.57, 58).

Se trata, en efecto, de una crítica al trabajo en sí mismo como actividad -esencia-, y no sólo a las formas fenomenológicas que puede tomar en su curso hacia el aumento de su productividad y la disminución del valor de la fuerza de trabajo.

“La Economía Política oculta la alienación en la esencia del trabajo porque no considera la relación directa entre el asalariado (el trabajo) y la producción. Ciertamente el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce indigencia para el trabajador. Produce palacios, pero para el trabajador asalariado. Produce belleza, pero deformidades para el asalariado. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja una parte de los asalariados a un trabajo bárbaro, y los convierte en parte de las máquinas. Produce espíritu, pero origina estupidez y cretinismo para el asalariado.” (Idem, p.59).

La lucha de Marx contra la alienación humana y por tanto, la obra que la sintetiza y generaliza, se encuentra en todas sus obras principales como los *“Grundrisse”* y *“El capital”*. Es en el primer capítulo del Libro I titulado *“La mercancía”* que Marx revela: en el punto 4 *“El carácter fetiche de la mercancía y su secreto”*, reubicando el análisis de la forma mistificada y misteriosa de la mercancía constituida por el trabajo.

“La igualdad de los trabajos humanos adopta la forma material de la igual objetividad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humano por su duración, cobra la forma de la magnitud del valor que alcanzan los productos del trabajo; por último, las relaciones entre los productores, en las cuales se hacen efectivas las determinaciones sociales de sus trabajos, revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo. Es por medio de este quid pro quo [tomar una cosa por otra] como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sin sentido o cosas sociales. De modo análogo, la impresión luminosa de una cosa sobre el nervio óptico no se

*presenta como excitación subjetiva de ese nervio, sino como una forma sensible de una cosa situada fuera del ojo. Hay que decir que, el acto de ver se proyecta efectivamente la luz desde un objeto exterior, sobre otro objeto, el ojo. Es una relación física entre cosas físicas. Pero la forma de valor y la relación de valor de la mercancía producida, no tienen absolutamente nada que ver con la naturaleza física, ni con las relaciones, propias de cosas, que se derivan de tal naturaleza. Es sólo una determinada relación social entre los hombres entre sí, lo que aquí para ellos adquiere la forma fantástica de una relación de cosas entre ellos. Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre ellos.” (K. Marx: *Le Capital*, Ediciones sociales p.69).*

El desvelo de esta forma fantástica permite descubrir lo que tienen en común todas las mercancías, a saber, ser productos del trabajo humano abstracto, del gasto abstracto de energía humana indiferenciada, medido por el tiempo socialmente necesario que corresponde al tiempo promedio requerido para producir una mercancía en particular. Este promedio social de trabajo simple e indiferenciado constituye la sustancia misma del valor: el trabajo abstracto.

*“También podemos señalar que Marx utiliza hasta en sus últimos textos temas dialécticos y referencias hegelianas que difícilmente militan a favor de las tesis de una ruptura con la antropología del trabajo esbozada en los Manuscritos de 1844, bajo la influencia directa de Hegel. Es la alienación del trabajo, la pérdida de su dominio como hilo conductor, lo que explicaría todo el edificio teórico del Capital, así como el desarrollo del fetichismo de la mercancía y el redoblamiento de las fuerzas sociales cosificadas a partir de la forma de mercancía y de trabajo abstracto ” (JM Vincent: *Critique du travail*; Critical Editions, p.163).*

Crítica fenomenológica y sustancial del trabajo

Si seguimos a los “*nuevos teóricos del valor*” (grupo Krisis, R. Kurtz, A. Jappe...), tendríamos que presentar dos Marx criticando el trabajo; uno “*exotérico*”: el teórico de la lucha de clases y otro: “*esotérico*”: el teórico del carácter fetiche de la mercancía. Hace unos años el filósofo neo-estaliniano L. Althusser ya nos había tocado una partitura similar destacando una “*ruptura epistemológica*” entre el joven idealista hegeliano Marx y el materialista y “científico” de la madurez. Estos diferentes revisionismos apuntan a hacer añicos la totalidad concreta que representan la obra y el enfoque de Marx, para convertirla en una crítica empírica, anticuada, cuando no obsoleta. Ahora bien, esta totalidad concreta es la expresión más fuerte del carácter radical y subversivo de su obra, precisamente a través de una unidad contradictoria y dialéctica de distintas determinaciones abstractas y un método que expresa, no la lógica formal y vulgar, pero que: “*se eleva de lo abstracto a lo concreto (...) pero no es en modo alguno el proceso de la génesis de lo concreto mismo.*”(Marx: “*El método de la economía política*”, Introducción de 1857 en “*Grundrisse*” T.1 p.35. Ediciones Sociales, 1980).

Lo mismo ocurre cuando afirmamos la existencia de una crítica circunstancial y “*artística*” del trabajo y otra, más seria y sustancial. En cuanto a la primera, se trata de la crítica “*aristocrática*” y epicúrea, en la tradición de lo “*bohémio*”, desarrollada y amplificadas en el siglo XX por las corrientes artísticas revolucionarias como el dadaísmo, el surrealismo, hasta los situacionistas y su famoso: “*NUNCA TRABAJES*”.

Lejos de reducirse a sus aspectos “*folclóricos*”, estas corrientes amplían los análisis anticipatorios de ciertos “*socialistas utópicos*”, entre ellos Fourier y su crítica anti-civilizadora. Además, se complementan en gran medida con las numerosas descripciones y encuestas sobre las condiciones de trabajo en las empresas y las fábricas modernas. Estos últimos permiten establecerse solo con la mecanización y la

disminución del valor de la fuerza de trabajo; el aumento de la productividad significa necesariamente un aumento de la tasa de explotación. (= tasa de plusvalor).

“Desde que el modo de extorsión del plustrabajo se vuelve específicamente capitalista, que él es mediatizado por la devaluación de la fuerza de trabajo; desde que el trabajo muerto vence al trabajo vivo y que la fuerza mecánica domina la fuerza humana; desde que el saber-hacer está del lado del capital fijo, existen las condiciones generales que son la base de la indiferencia real del trabajo, su abstracción real.” (H. Nadel : Marx et le salariat ; Ediciones Le sycomore, p.197 ; 1983).

Es esta realidad la que expresarán todos los movimientos sociales que, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, de Italia a Estados Unidos a través de España; de Fiat-Mirafiori 69 a G.M.-Lordstone 72⁷⁵, vía Roca 68 (Gava: suburbio de Barcelona);... son caracterizados por la resistencia, **sabotaje y rechazo del trabajo** que implica la imposibilidad de su reforma y *“humanización”*.

La resistencia al trabajo es, pues, la forma elemental, consciente o no, de la lucha de clases.⁷⁶ La otra crítica, llamadas *“sustancial”*, apunta al trabajo como una sustancia del valor, basándose y persiguiendo la contribución esencial del revolucionario ruso Issak I. Rubin, asesinado por la contra-revolución estalinista y publicado en la década de los años 20: *“Ensayos*

⁷⁵ Sur le site web :

http://cras31.info/IMG/pdf/lordstown_72_ou_les_deboires_de_l_a_general_motors.pdf

⁷⁶ C.F : *Résistances au travail de Stephen Bouquin , Louis-Marie Barnier, José Calderon (...), Editions Syllepse, 2008.* « En resumen, las nuevas formas de sabotaje están sustituyendo a las luchas colectivas en un contexto en el que los trabajadores están a menudo atomizados, llenos de sentimientos individuales de resentimiento e injusticia e incapaces de prever formas abiertas de acción colectiva » (p.230). «... El sabotaje es un hecho social, y de gran importancia, porque es un indicador central de la tendencia a rechazar un determinado orden socioeconómico. » (Idem, p.222).

sobre la teoría del valor de Marx.” “La teoría del fetichismo de la mercancía se transforma en una teoría general de las relaciones de producción de la economía mercantil, en una propedéutica de la economía política.” (I. Rubin: Ensayos sobre la teoría del valor de Marx; Ediciones Maspero, p. 23, 1977).

Marx definirá así el valor mediante tres caracterizaciones: el cuanto (medida): el tiempo; forma: valor de cambio y sustancia: trabajo abstracto. Este último punto está en clara ruptura con la teoría del valor/trabajo de D. Ricardo. En efecto, no se trata simplemente de un trabajo particular y concreto, sino de un trabajo simple, indiferenciado, reducido al simple gasto del trabajo humano en general. El trabajo, como todas las demás mercancías, tiene un doble carácter, por un lado, el trabajo concreto, útil y correspondiente al valor del uso, y por otro lado, el trabajo abstracto, generador y portador de valor.

Como señala muy acertadamente F. Engels en un comentario en la cuarta edición de Capital: “*El idioma inglés tiene la ventaja de tener dos palabras diferentes para estos dos aspectos diferentes del trabajo: “work” por el trabajo que crea los valores de uso y se determina cualitativamente, en oposición al “labour”, trabajo que crea el valor y se mide sólo cuantitativamente.*” (P.53; Ediciones Sociales en la traducción de 1983 de J-P Lefebvre). El trabajo abstracto es la cristalización de esta sustancia social que es común a todos los trabajos y que, por tanto, permite medirlo. Si no existiera esta abstracción, nos sería imposible comparar una hora de trabajo de un fontanero con una hora de un neurocirujano.

De hecho, los dos aspectos, fenomenológico y sustancial, se complementan y son complementarios. Y esto, tanto más como con el desarrollo de la fase específicamente capitalista, la subsunción real del trabajo bajo el capital, el trabajo está cada vez más no sólo determinado sino siendo fagocitado por el capitalismo. Sus formas fenomenológicas tienden cada vez más a ser nada más que vehículos para la creación de valor. El trabajo muerto acumulado en un

grado inimaginable conduce a una desvalorización consecuente, que el trabajo vivo lucha por valorizarse suficientemente.

Así, las nuevas formas de precarización del trabajo asalariado tienden a hacer que el trabajo vivo sea tanto más vital que pueda parecer superfluo y difuso en los nuevos espacios productivos. Es, pues, el propio capital y su vanguardia empresarial los que vislumbran y hablan cada vez más de: “*el fin del trabajo*”. No se trata de la destrucción del capitalismo y del fin del ciclo de las sociedades de clases, sino de su “*utopía*”: del valor que se valoriza sin trabajo vivo; dinero que siempre crea más dinero sin una clase productiva.

Hacia la abolición del trabajo

Para ver el proceso de abolición del trabajo, debemos concebirlo como un proceso contradictorio de abolición/realización. La abolición del trabajo alienado, que hoy es esencialmente asalariado, implica la realización de la actividad humana que se subsume en y bajo el capital. Esta dialéctica de represión/realización se aplica a todas las categorías capitalistas; de la filosofía al arte, de la propia clase obrera al trabajo que la caracteriza: (trabajo abstracto/concreto, trabajo simple/complejo, trabajo manual/intelectual...) y que por tanto implica el fin de todas las separaciones.

Cualquier crítica está determinada en parte por el objeto mismo de lo que critica. Por eso, metodológicamente, Marx siguiendo a Hegel no utiliza la simple negación, sino que exige la negación de la negación. El comunismo, por tanto, no es un simple anticapitalismo como quería hacernos creer la vulgata izquierdista, sino que se afirma como un movimiento de destrucción y realización de la totalidad concreta del MPC. Estos dos “*momentos*” están “*en movimiento*”, es decir, contradictorios.

“*Es un hecho de experiencia común que tiene un sinnúmero de cosas contradictorias, instituciones con-*

trascriptorias, etc., cuya contradicción no sólo tiene su origen en la reflexión externa, sino que reside en las cosas y las propias instituciones.” (G.W.F. Hegel: Ciencia de la lógica volumen II, p.68).

La dialéctica materialista parte del todo, para avanzar hacia las partes como una realidad contradictoria: universal/singular; fenómeno/esencia; sujeto/objeto; identidad/diferencia; cantidad/calidad; valor de uso/valor de cambio; clase en sí /clase para sí; capital/ trabajo... *“Literalmente dialéctica es el estudio de la contradicción en la esencia misma de las cosas.”* (Lenin: Works, Cahiers philosophiques, volumen 38, p.239).

La resolución de la contradicción-síntesis- nunca es, por tanto, la afirmación de uno de sus polos (simple negación), sino el ir más allá o mejor dicho, *“aufhebung”* porque este término tiene al mismo tiempo un significado positivo y negativo: supresión y realización. Lo mismo ocurre con la cuestión del trabajo.

Otra vía para abolir el trabajo es el desarrollo del tiempo disponible, es decir, el tiempo libre; y esto es gracias a la automatización que implica la destrucción del actual sistema capitalista de máquinas. Estas pistas se desarrollan principalmente en los manuscritos *“Grundrisse”*.

“El capital es en sí mismo la contradicción en proceso, ya que se esfuerza por reducir al mínimo el tiempo de trabajo, mientras que, por otro lado, plantea el tiempo de trabajo como la única medida y fuente de riqueza. Por eso disminuye el tiempo de trabajo en forma de trabajo necesario para aumentarlo en su forma de trabajo superfluo; y así plantea cada vez más el trabajo superfluo como condición —una cuestión de vida o muerte— para el trabajo necesario. Por un lado, entonces, da vida a todos los poderes de la ciencia y la naturaleza, así como a los de combinación y comunicación social para hacer la creación de riqueza independiente (relativamente) del tiempo de trabajo, que se le asigna. Por otro lado, quiere medir en tiempo de trabajo estas gigantescas fuerzas sociales así creadas, y aprisionarlas dentro de

los límites que se requieren para preservar como valor el valor ya creado.

Las fuerzas productivas y las relaciones sociales — ambas son los dos lados diferentes del desarrollo del individuo social— aparecen al capital sólo como medios y son para él sólo medios para producir desde la base limitada de miras que es la suya. Pero de hecho son las condiciones materiales para volar esta base”. (K. Marx: “Grundrisse” volumen II Social Ediciones p.194.).

(...) “Cuanto más se desarrolla esta contradicción, más resulta que el crecimiento de las fuerzas productivas ya no puede estar encadenado a la apropiación del trabajo excedente de otros. Pero deben ser las propias masas trabajadoras las que se apropien de su trabajo excedente.

Cuando lo haya hecho, y por tanto el tiempo disponible deje de tener una existencia contradictoria, entonces, por un lado, el tiempo de trabajo necesario tendrá su medida en las necesidades del individuo social, por otro lado, el desarrollo de la fuerza productiva social crecerá con tanta rapidez que, si bien la producción se calcula en lo sucesivo por la riqueza de todos, el tiempo disponible para todos aumentará, Entonces ya no es el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible lo que mide la riqueza.” (K. Marx: ídem, p. 196). Este tiempo disponible así liberado, no es todavía el momento de un nuevo modo de actividad, sino la condición necesaria para el desarrollo del proceso que podría conducirlo.

Esta tendencia, debida al extraordinario incremento de la productividad laboral (generando más plusvalía relativa y, temporalmente para los más competitivos, extra plusvalía), ha sido sin embargo percibida y analizada por los diversos “especialistas”, sociólogos y otros directivos, pagados por el MPC. Desde finales del siglo pasado, obras como “El fin del trabajo” de Jeremy Rifkin analizan, desde el punto de vista del capital, las múltiples consecuencias de esta paulatina desaparición del trabajo asalariado en determinados sectores, su descalificación, su “flexibilización” y su “precarización”.

Las consecuencias de este fortalecimiento de la explotación se reflejarán no en una “*liberación*” de una época emancipada de las determinaciones capitalistas, sino en un aumento de la pauperización de las clases bajas, incluidas las llamadas medias, y en una exasperación de las disparidades y antagonismos sociales. Otra vía radica en el entendimiento previo de que las fuerzas productivas no son neutrales; que ellas también están subsumidas en y bajo el capital. Ninguna técnica, ninguna ciencia, ninguna fuerza productiva puede existir independientemente de las relaciones sociales capitalistas; son las fuerzas productivas del capital.

En el misticismo social-demócrata y estalinista, las fuerzas productivas serían “*neutrales*”, independientes de todas las determinaciones sociales; existirían “*en sí mismas*”, y bastaría por tanto, cambiar la dirección la propiedad de sus medios de producción, para ver un cambio en las relaciones sociales. Sin embargo, este no es el caso, cambiar el patrón o la forma legal de ninguna manera elimina la relación de explotación capitalista. Aquí estamos en el corazón mismo de una de las peores mistificaciones del siglo XX, que aún perdura en gran parte; a saber, que un simple cambio en la forma de dominación podría cambiarlo, cuando en realidad se trata de perpetuarlo, porque el modo mismo de actividad permanece inalterado y se refuerza precisamente gracias a estos cambios cosméticos.

Este es el caso emblemático de la autogestión, donde otra forma de gestión, incluso colectiva y democrática, que comprenda a todos los productores mismos, dejaría de estar sujeta a las leyes inmanentes del MPC; a la competencia y a la ley del valor.

El colmo de la mistificación se encuentra en el hecho de que, gracias a esta pirueta, la tasa de explotación puede aumentar debido a la participación activa de los proletarios en su propia explotación.

“En los años setenta, por tanto, surge la última ideología del capital, la más “positiva” y la más “socialista” a la vez: la autogestión de la fábrica por parte de los

trabajadores, es decir, la explotación bajo el control de los explotados, en forma de control de los trabajadores sobre la producción. Y esto aparece donde el odio de los trabajadores por su trabajo toma formas colectivas y políticas muy fuertes, frente a las cuales el capital no puede hacer otra cosa que intervenir de inmediato, donde es necesario y urgente hacer aceptar a los trabajadores el hecho de permanecer asalariados.” (Matériaux pour l' intervention : Trabajadores contra el Estado; Denegación de trabajo, p. 106; 1973)

También se trata claramente de nuevas tendencias de gestión que apuntan a integrar cada vez más al trabajador en el capital; convertirlo en un “*empresario capitalista*”: de objeto de explotación a “*sujeto del capital*”; de la conciencia de clase a la “*falsa conciencia*”. El camino hacia el comunismo es al revés; implica necesariamente la abolición del trabajo porque actúa como destructor de la ley del valor. La continuidad de la relación capitalista, con su sistema de máquinas y sus fuerzas productivas inmanentes, debe romperse.

Como dijo A. Negri, antes de convertirse en el cantor de las “*multitudes*”, en sus comentarios sobre los “*Grundrisse*”: “*El comunismo no es de ninguna manera un producto del desarrollo capitalista, es una reversión radical, es la desmitificación que se convierte en la reversión del desarrollo capitalista. (...) Es importante destacar que, en esta situación precisa de extinción de la función racionalizadora de la ley del valor, la medida, las proporciones y la finalidad del desarrollo del modo de producción comunista surgen íntegramente del rechazo del trabajo, de la práctica subjetiva, planificada cada vez más colectivamente, de la supresión del trabajo.*” (Marx más allá de Marx; Ediciones C. Bourgois, 1979, p.287 y 290). El ciclo “*prehistórico*” de las sociedades de clases ha terminado, comienza una nueva historia consciente.

“Toda teoría crítica debe, por tanto, proscribir imágenes-proyecciones sobre el futuro que surgen de insatisfacciones y frustraciones mal controladas. El futuro liberado solo se puede idear en negativo y mostrar lo que

no debe o no puede ser. ” (J-M Vincent: Critique du travail Idem, p.225).

El punto de partida del comunismo es entonces, la abolición del trabajo, no es su prolongación ni su liberación. Esta exigencia es la condición necesaria para el libre desarrollo de la actividad humana y social, abriendo la fase donde finalmente la historia la hace la comunidad humana, consciente de sí misma.

Indice

ANTAGONISMO (México)

- EL TRABAJO NO REDIME
SINO QUE EMBRUTECE pg. 7

COORDINADORA ANTICAPITALISTA (España)

- NO DISFRUTAMOS EN EL PARO
NI DISFRUTAMOS TRABAJANDO pg. 13

CUADERNOS DE NEGACIÓN (Argentina)

-ABAJO EL TRABAJO pg. 19

AGITACIÓN INMANENTE (Chile)

- REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO
Y LA EXPLOTACIÓN HUMANA pg. 33

GRUPO COMUNISTA INTERNACIONALISTA (REVISTA COMUNISMO) (Bélgica)

- CONTRA EL TRABAJO pg. 43

MATÉRIAUX CRITIQUES (Francia)

-DE LA CRÍTICA AL TRABAJO
A SU ABOLICIÓN pg. 109

“El principio moral fundamental es el derecho de los hombres al trabajo [...] Según mi parecer, no hay nada más abominable que una vida ociosa. Ninguno de nosotros tiene derecho a algo semejante. En la civilización no hay sitio para gente ociosa.” -- Henry Ford --

¿Cuántas veces hemos escuchado la monserga expiatoria, de que el trabajo es una actividad dignificante para el ser humano? Esta verborrea ideológica, es una mentira más que nuestros explotadores, usan para perpetuar el sistema capitalista; la idolatría que se vierte sobre la figura del trabajador se impregna de una asquerosa esperanza sintética donde el Estado, los burgueses, la sociedad del espectáculo y todos los arlequines del reino del capitalismo, sumergen al proletariado en una somnolienta fantasía, donde “cada uno debe de entregarse en su totalidad al trabajo, para “vivir como se quiere” y así poseer todo lo que “se necesita”, porque además, sin su trabajo del proletariado, el mundo, las naciones y el progreso, se retrasan. También, el trabajo ha pasado a ser visiblemente influenciado por la espectacularidad y la “necesidad social de pertenencia”, al grado que los trabajadores, muchas veces defienden los intereses de los capitalistas y son capaces de ofrendar su vida por la empresa; los publicistas, mercadólogos y demás ideólogos de la mercancía han hecho del proletariado la víctima predilecta de estas manifestaciones, al nivel de que los trabajadores expresan orgullosos los lemas de sus explotadores como si existiera la necesidad de anunciarle al mundo cuál amo es más poderoso entre todos, siendo que en realidad al defender eso, están defendiendo la vorágine capitalista que les aplasta robándoles su tiempo, su salud y su felicidad..

Por eso nosotros los anarcocomunistas escupimos sobre la idealización del trabajo y en la premisa burguesa de que “el trabajo dignifica a las personas”. Señalamos al trabajo como el primer fundamento de enajenación, control y explotación al que somos sometidos, arrancándonos toda posibilidad de soñar, de amar, de liberarnos y vivir, acusamos al trabajo de extinguir todo rasgo de comunidad humana, y conminamos a nuestros camaradas y hermanos de clase a sumarse frontalmente a la lucha contra el capital y sus elementos materiales: dinero, salario, mercancía, valor, mercado, Estado... negando directamente estas relaciones sociales e imponiendo revolucionariamente nuestras verdaderas necesidades humanas.

¡Por la abolición de la propiedad privada, el intercambio y el trabajo, por la destrucción del Estado!